

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24.

NUM. 282.

LA

ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
MUSEO DE BARCELONA

Director: JOSÉ LÁZARO

JUNIO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

ESTUDIO FILOLÓGICO

DE LA SEMANA HEBRAICA, VASCONGADA Y ASIRIO-BABILÓNICA

Las palabras que hoy usamos, dice Max Müller, podemos decir que las usaron nuestros antepasados los ários hace un gran golpe de siglos. Yo me atrevo a añadir que, de la propia manera, podemos asegurar que las usaron los primeros hombres que hablaron en el mundo.

Algo gastadas las empleamos, es cierto, de como se pronunciaron muchos siglos atrás, o a veces retocadas y compuestas con nuevo material; pero el material añadido y el de la palabra heredada es cierto de toda certeza que pertenecen al habla de los hombres que primero hablaron. Son monedas que con el roce se desgastan y a veces hay que aumentarles algo de metal; pero no hay metal que aquí se traiga de las minas; no sabemos sacarlo más que de otras monedas corrientes. Como en las ciencias físico-naturales, en la Filología nada se crea de nuevo, y aun puede decirse que nada se pierde enteramente, conservándose en uno u otro idioma la masa entera del habla de nuestros antepasados. Siendo esto así, ¡cuántas cosas no pudieran decirnos las palabras, si supiéramos preguntárselo!

Han corrido tantas tierras, han visto salir y ponerse tantos soles, hanse posado en tantos labios, que deben estar cargadas

de noticias, cansadas de saber, duchas de vivir. Acaso por eso cierran el pico y son menester todas las mañas y artilugios de los filólogos para hacerles soltar prenda, y aun con todo eso, a las veces se la pegan al más pintado. ¿Sabránme decir los más sabiondos filólogos de dónde procede y por qué se dijo, nada, la palabra *bagatela*? No es menuda bagatela ponerse a responder a esta pregunta. ¿Será tan rehacia y cerrada la palabra *semana*, que me he propuesto descifrar en estos momentos? Es una de esas monedas de larga historia, que la llevan en su propia leyenda; pero a veces la leyenda es tan borrosa, tan ceñida y densa, que no bastan los reactivos más fuertes para ponerla de manifiesto. Hay que acudir a otras monedas semejantes, a otras palabras parecidas, y aun no basta; hay que recurrir a la Historia y a los antiguos autores para que nos den alguna luz. Cinco o seis siglos fueron menester para que la voz *sedmana*, como entonces se decía, llegase a perder la *d* y suavizarse en *semana* entre las gentes que hablaban puro castellano, porque hasta entonces los leoneses y otros del Noroeste decían *selmana*. Ambas formas vienen de *septimana*, habiendo necesitado otros doce siglos para perder la *p* y la *i* y suavizar la *t* en *d* antes de perderse esa vocal. *Sedmana* viene de *sedimana*, pues sólo así pudo hacerse *d* la *t*, estando entre vocales, y *sedimana* viene de *setimana*, y ésta de *septimana*. Para que veáis cuánto miran por sí las palabras, no dejándose perder ni tocar a un pelo de la ropa, ya que tantos siglos son menester para desgastarles dos o tres sonidos. Las palabras siempre pertenecieron al partido conservador. No tanto, sin embargo, como algunos graves señores, entre los que tienen asiento en las Academias, pues pasados siglos y siglos después de gastadas las palabras, tienen el capricho de ponerlas tan flamantes de la mañana a la noche, que dejan de ser castellanas sin volver del todo a ser latinas.

Ejemplo, la palabra *Setiembre*, emparentada con *semana*, como que una y otra vienen de *septem*, siete. De esperar es que, ya que dichos señores pretenden que digamos *Septiembre*, lleven adelante su misericordioso propósito de desenterrarles los

huesos a los muertos, aun a trueque de enterrar a los vivos, haciéndonos decir *siepte*. Y hallándonos tan docilones que todos con ellos digamos *siepte*, como ya decimos *Septiembre*, o lo escribimos, mejor dicho, que pronunciarlo nadie lo pronuncia, no pararán hasta hacernos pronunciar o escribir *Septem*, *September* y *Septimana*, con lo cual acabarán con el idioma castellano a fuerza de darle lustre y más lustre, hasta convertirlo otra vez en latín.

Bien sabéis que *septimana*, como se halla en el Código de Teodosio, no fue nombre latino hasta que los cristianos lo sacaron del adjetivo *septimanus*, *septimana*, *septimanum*. *Septimani militis* se llamaban los de la legión séptima, como *secundani* los de la segunda y *sextani* los de la sexta, y *septimanæ nonæ* eran las nonas que ocurrían el día siete del mes, como *quintanæ* las que ocurrían el día quinto. *Septimanus* es un derivado del superlativo o numeral *septim-us séptimo*, con el sufijo *-anus*, como *quint-anus*, con el mismo sufijo, de *quintus* y *sextanus* de *sextus*. La voz *septem* tiene sus formas hermanas en los demás idiomas indoeuropeos; pero como ya no nos podrían decir más acerca de la institución de la semana, las dejaremos por ahora.

Y notad de paso cómo procede la filología comparada. La filología antigua acaso hubiera dicho que *septi-mana* derivaba de *manus* mano, porque son siete las manos, seis de trabajo que pone el obrero y una de descanso. Por lo menos, de una manera parecida procedía cuando sacaba *matri-monium* de *mater* madre, y *munus* cargo; y dígoles por si algún legisperito lo aprendió así en el texto que estudió y lo sigue creyendo, que todo pudiera suceder, aun en tiempos tan filológicos como los nuestros, pues textos modernos he visto yo de Derecho y aun Diccionarios latinos españoles donde tal niñería sigue repitiéndose. *Vadimonium* o fianza y *vadium* con el mismo sentido, vienen de *vador*, *vadari* fiar, sin que el *munus* pueda venir a cuento, como no viene en *matrimonium* ni en *patrimonium*, porque *mon-ium* es sencillamente un sufijo derivativo.

Volviendo a la semana, hay que suponer, ante todo, que es institución extraña a griegos y latinos. Los griegos dividían los treinta días de su mes en tres décadas; los romanos hasta los tiempos del Imperio conservaron su semana de ocho días, que llamaban *nundinum* de *novem dies*. Con todo, no dejan de hallarse entre los griegos algunas huellas de esta institución, que todos creen ser antiquísima y oriental, pues además de los siete años y siete días recordados en Homero como épocas determinadas, en Hesiodo el primero y séptimo día del mes están consagrados a Apolo, que, como es sabido, es el sol, al cual se consagró el domingo, y por los cristianos a la resurrección del Sol de Justicia, Jesucristo. Tenemos dos testimonios de cuenta que nos aseguran de que los griegos y todos los pueblos, por bárbaros que fuesen, conocían la semana, y en alguna manera la practicaban. Estos dos testimonios son de Filón y de Josefo. El primero escribe en su libro *De opificio mundi*, § 43: «Tiénese en aprecio la semana entre los más distinguidos de entre los griegos y los bárbaros.» Josefo, *Contra Apion*, 2, 39, 2: «No hay ni una ciudad de griegos ni de bárbaros ni pueblo alguno, donde no se guarde la semana que nosotros celebramos.»

A Roma llegó de Caldea, llevada por los astrólogos, como lo ha probado V. G. Gundermann (*Die Namen der Wochentage bei den Römern, Zeitsch. für deutsche Wortforsch.* 1, 175), y se ve por la denominación de los días con los nombres de los planetas, cuya serie es, según Dion Casio (37, 19): Κρόνος o Saturno, Ἥλιος o Sol, Σελήνη o Luna, Ἄρης o Marte, Ἑρμῆς o Mercurio, Ζεὺς o Júpiter, Ἀφροδίτη o Venus; así tenemos: Dies Lunae o Lunes, Martis o Martes, Mercurii o Miércoles, Jovis o Jueves, Veneris o Viernes, trocados por los cristianos el Sábado de Saturno por el nombre hebreo del día del descanso, y el Domingo del Sol por el nombre del Señor, o *Dominus, dies dominicus* o *dominica*, κυριακή en griego, de κύριος del Señor, κύριος señor. También se ve por comenzar la semana con el *Dies Saturni*, que era el primero de la serie caldea, lo cual duró hasta

el siglo III, y fue cosa desconocida de judíos y cristianos. De Roma pasó a las provincias, mientras que en el Oriente helénico y en el ritual cristiano se siguió la costumbre judía de llamar los días feria 1.^a de la semana al Domingo, feria 2.^a al Lunes, etc., acabando con el Sábado. Sólo se hizo novedad en llamar al πρώτη σαββάτου con el adjetivo κυριακή, *Dies Dominicus*, como he dicho, y que después fue el comienzo de la semana; y entre los gentiles en Roma en llamar desde el siglo IV *dies Solis* al que antes fue *dies Saturni*, esto último, no por influjo del cristianismo, sino por el culto oriental del sol, tan en boga en aquellos tiempos. Todavía en la liturgia se dice *feria secunda* el Lunes, etc.

La semana se llama en griego ἑβδομάς o septenario, de donde *hebdamas* en latín, además de *septimana*. De esta última voz se dijo en irlandés *sechtman*, en antiguo cornoico *seithun*, del irlandés *secht*, britano *seith*, el siete. El albanés *javë* es neologismo del hebreo *shābūagh*, que responde al sánscrito *saptāha* y al persa *haftah* septenario. El nombre de la semana en las lenguas germánicas viene de la misma raíz que *vix vez*, por la sucesión y vuelta: en godo *wikō*, en norso *vika*, antiguo alemán *wēhha*, alemán *Woche*. Los nombres de los días de la semana fueron traducidos a las germánicas y célticas; así el Lunes en alemán *Montag* o día de la Luna; *Dienstag* de *Tinxsus* el Marte del Norte; Miércoles *Mittwoch* o media semana; Jueves *Donnerstag* de *Donar*; Viernes *Freitag* de *Freia*, la diosa Venus, Sábado *Sonnabend* o víspera del Domingo, y éste *Sonntag*, día del Sol.

* *

Entre los sabios se había creído hasta poco ha que el origen de la semana había que buscarlo en las riberas del Éufrates. Hace poco refutó en parte esta opinión P. Jensen (*Die siebentägige Woche in Babylon und Ninive*), demostrando que no hay pruebas de la semana asirio-babilónica, aunque confesando que las hay del número siete aplicado a ciertos días com-

parables con los nefastos de los romanos, en que no se abrían los tribunales. Los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes de treinta días, es decir, el 7 y sus múltiplos, eran «días malos», en los cuales no se podían hacer ciertas cosas, y en los cuales por el contrario, se hacían ciertos sacrificios. Además, se menciona un día llamado *shabattu*, como consagrado para «descanso del corazón» (de los dioses). Cada día del mes tenía su divinidad o par de dioses. Hallamos, pues, en Asiria y Babilonia recuerdos de un grupo de siete días y añadiduras particulares, como la de consagrar los días a ciertos dioses, pudiendo sacarse en consecuencia, que o no nació allí la semana, o que sufrió mayores modificaciones que entre los hebreos. Entre éstos, todos convienen en que es institución antiquísima, y puede verse bien comprobado en Th. Nöldeke (*Die Namen der Wochentage bei den Semiten*), y el ciclo periódico y regular de la festividad del Sábado o día del descanso, se halla, como es sabido, en el Decálogo. Pero puede decirse que la Torah toda entera no tiene otro fin que el de zanjar sobre firmes cimientos la festividad del Sábado, día por excelencia consagrado al Señor. Moisés comienza el Génesis, el libro más antiguo de los judíos, por la narración de la Creación, y la reparte en seis cuadros o días, como memorialín o símbolo de los seis días de trabajo, añadiendo como final el Sábado o día en que el Criador descansó y en que han de descansar los israelitas. Lo más probable es que dicha descripción y la semana no nacieran por primera vez en la cabeza del legislador hebreo, autor del Génesis, sino que son cosas bastantes más viejas y tradicionales en la estirpe de Abraham, el cual debió de traerlas de Ur Kashdim, Ur de Caldea, su patria. Jensen se inclina a tener por semítico el origen de la semana, o por lo menos de los semitas occidentales, mientras que Nöldeke persiste en tenerlo por babilonio, a pesar de no aparecer claro el uso de la semana en Babilonia.

El número 7, como sagrado lo relacionan efectivamente los babilonios con los siete planetas por ellos divinizados. Verdad es que la aplicación de estos planetas a los días de la semana

parece posterior en Babilonia, de donde pasó a Europa. (Cfr. A. Thumbs, *Die Namen der Wochentage im Griechischen*, p. 163); pero todas estas ideas acerca del número 7 tienen en las doctrinas astrológicas de aquellas tierras muy hondos fundamentos, no menos que las tradiciones del diluvio, de la torre de Babel y de la creación, y parecen derivarse, aunque modificadas por mil maneras, de la misma fuente antiquísima de la cual se derivan entre los hebreos. Esas fuentes están al parecer tan perdidas, traspuestas y desconocidas para nosotros, como para los antiguos lo estaban las fuentes del Nilo.

Pero hoy puede beberse agua del Nilo en sus fuentes, y acaso un día conozcamos el origen de estas añejas doctrinas tan claramente como el origen del telégrafo. Porque con datos, señores, no hay problema que tarde o temprano no tenga solución, y el lenguaje es un monumento tan viejo como el hombre, y es cosa que la traemos entre manos, y la filología se ha empeñado en desmenuzarlo y descifrarlo sacándole todo el jugo.

* * *

Vais a dispensarme el que acuda a la lengua más antigua que conocemos, para ver si ella nos da alguna luz en esta parte. No es la lengua sagrada de los judíos, como se creía hace un siglo y siguen creyendo aquí algunas personas doctas, porque aquí solemos ir de un siglo atrás a la rezaga de lo que por Europa se sabe. Sin dar por enteramente averiguado lo que afirma el más autorizado tratadista de la religión védica, el eminente Bergaigne, de que los Vedas se compusieron un siglo solamente antes de J. C. y se pulieron y se pusieron en verso una docena de siglos después, el sanskrit clásico, moldeado en sus cenobios por los bragmanes, aparece a medio formar en las inscripciones de Asoka después de Alejandro, es decir, después del siglo iv antes de J. C. El Avesta y escritos de Zaratustra son, según Darmesteter, del siglo iii en adelante, después de J. C. La civilización oriental no asoma en Europa

antes del siglo XIII, según se ve por los descubrimientos de Micenas, Tirinto, Egipto y Chipre.

Antes del siglo XIII había ya civilización en Europa y se conocía el bronce. Los indo-europeos se remontan hasta la época neolítica, pero no más allá, como se saca del estudio de sus lenguas, y probablemente su asiento primitivo fue al Sur de Rusia. No hay más que echar una ojeada por el mapa para ver el orden en que fueron inmigrando hacia Poniente. La raza céltica fue la primera en desgajarse camino del Noroeste. El primer establecimiento de los galos entre el Rhin y el Océano es por el año 600 antes de J. C., y un siglo después bajaron por Francia, ocupada entonces por los ligures, y al Sur por los iberos, y penetraron en España, mezclándose con los iberos españoles en la meseta central y formando la población llamada celtíbera. Los iberos dominaban todo el Sur de Francia aún en el siglo IV, según el Periplo de Scylax, y mezclados con los ligures, se extendieron hasta el Ródano. Supone Humboldt que desde los tiempos más remotos los iberos ocuparon, como habitantes originarios, la Italia y las islas del Mediterráneo. La segunda desmembración de los indo-europeos fue la de las ramas itálica y helénica, ya formaran antes un tronco común, ya los italiotas estuvieran más emparentados con los celtas. Después hacia el Norte subieron los Germanos, y últimamente los Eslavos, sin contar la rama ario-irania, que tomó el camino de Oriente, pasando al Asia. Así, la raza más antigua del Occidente de Europa es la ibera, que desde tiempo inmemorial habitó en España y Sur de Francia. El oleaje de los pueblos, que se empujan unos tras otros, fué dejándolos estacionados por su orden, conforme llegaban, al modo que acabo de exponer.

Haeckel y Fr. Müller dividen la raza mediterránea prehistórica, una de las doce primitivas, en cuatro: Indoeuropeos, Semitas, Caucásicos y Bascos. En la clasificación de Peschell, las dos últimas tienen carácter indeterminado, lo cual quiere decir que no se les conoce el origen, que son las más antiguas.

Si los iberos del Cáucaso son los mismos iberos de España, como muchos siguen creyendo tras el Gerundense, San Jerónimo y los autores clásicos, los Iberos son la más antigua y única primitiva raza mediterránea. De todos modos, la raza ibera está reconocida por la más antigua del Occidente de Europa. Huxley dice que en la época neolítica había en la Europa occidental cuatro tipos antropológicos: pequeño de cabeza larga, los Iberos; grande de cabeza corta, los Celtas; grande de cabeza larga, los Escandinavos; pequeño de cabeza corta, los Ligures. Los Celtas eran arios puros, de origen posterior, que no se remonta más allá de la edad de la piedra pulimentada o neolítica; los otros tres, más antiguos sin duda, fueron más o menos arianizados con el tiempo. La raza más antigua y prehistórica conocida en Europa es la de Cro-Magnon de Broca, dolicocefala, de gran talla, frente ancha y abombada, 1,61 metros de talla, índice cefálico 64,3—74,1, circunferencia craneana 543 533 milímetros, índice nasal 42,7. A esta raza, según se cree, pertenecen los Iberos, primitivos habitantes de España. Desde el Barón de Humboldt en su obra «Los primeros habitantes de España», hasta Hübner en su «Monumenta iberica», y Gerland en «Die Basken und die Iberer» en el «Grundriss der Romanischen Philologie», todos los sabios convienen en que el Vascuence fue la lengua de los iberos, y que con ellos estaba derramada por toda España y Mediodía de Francia.

*
* *

Triste cosa, que haya tenido que echar por delante todos esos hechos históricos para poderos pedir, bien guardadas las espaldas, y con algún menor empacho, que prestéis atención a lo que la lengua vascongada o Éuskera pueda enseñarnos acerca de la semana. Porque aquí, en la propia casa y solar prehistórico de iberos o éuskaros y del éuskera o vascuence, son menester no menguados arrestos y extraordinario valor para sacar la cara por esa veneranda lengua de nuestros antepasados,

arriesgándose a que no sólo los castellanos le salgan a uno con aquello de Mariana, de que el vascuence es lengua cerril, que no admite policía, o de que alabar al vascuence es dar pie a los separatistas bizcaitarras, sino a que estos mismos bizcaitarras se le echen a uno encima, mohinos y enojados porque defiende que castellanos y vascos son de una raza, y que el vascuence fue el padre, ya que el latín fue la madre de la lengua castellana; que de unos y de otros, de acá y de allá, he tenido que soportar y llevar en paciencia y sufrir sin chistar tan desafortadas quejas, con no haber pretendido siempre más que salir por los fueros de la verdad científica y aficionar a mis compatriotas al estudio de nuestras cosas, de nuestra historia y de nuestro idioma, de nuestros orígenes y de nuestros antepasados.

*
* *

A la vez que al vascuence, tengo que recurrir a la narración o pintura que de la creación del mundo hace Moisés al principio del Génesis para zanjar con firmeza el precepto del descanso el día del Sábado, y canonizar el trabajo del hombre durante la semana. No se os hará de nuevas oír que la serie de cuadros que allí pinta, condensa por maravillosa manera cuanto la Cosmogonía, la Geogenia, la Geología y la Paleontología no han sabido descubrir hasta estos últimos tiempos. Bien conozco que algunos de vosotros suponéis que semejante paralelo sólo vive en las cabezas de algunos exégetas católicos. Conviene deshacerse de cierta enemiga contra la Biblia y contra la religión, que personas de gran talento y cordura suelen traer á las cuestiones científicas, si se han de tratar serenamente; bien así como las personas religiosas deben olvidarse de la ciega fe a la autoridad, y sólo atender a las pruebas de hecho, cuando de ciencia pura y humana se trata. El famoso pensador Romanes escribía en la *Nature* del mes de Agosto de 1881: «El orden en que la flora y la fauna, según la

relación mosaica, aparecieron sobre la tierra, corresponde con lo que la teoría de la evolución indica y las enseñanzas de la Geología prueban.» Bien veis que no sólo los exégetas católicos son los que han visto ese paralelismo. Menos exégeta y menos católico fue Haeckel. Con todo eso escribió Haeckel estas palabras: «Podemos manifestar, por tanto, nuestra justa y sincera admiración al gran legislador de los judíos, por sus conocimientos de la Naturaleza y su hipótesis, sencilla y natural de la creación.» Lo que admiró Haeckel no está bien, señores, que nosotros lo despreciemos, porque ni habrá entre nosotros quien con peores ojos que él mire las cosas religiosas, ni, aunque le iguale en talento, carecerá de la modestia suficiente para no confesar que hasta ahora por lo menos no le ha aventajado en obras y fama. Todavía pudiera alguno salirme al paso con que la ciencia no admite hoy la creación de la nada y que por consiguiente es en balde citar para nada la descripción de Moisés. Aun los que, como Haeckel, no admitáis la creación ex-nihilo, podéis admitir la evolución de la materia, en la que Moisés y la ciencia van a la par, como el mismo Haeckel y Romanes lo confesaron, no sin maravillarse de que en una época, en que no se conocía la ciencia moderna, Moisés acertara en lo que acertó. Fuera de esto, señores míos, convendréis conmigo en que esta vuestra opinión, la más común entre los sabios sin duda, no pasa de ser una opinión y no llega a verdad demostrada, ni mucho menos a verdad evidente. «Nada se hace a sí mismo», dijo Buda. Ahí tenéis la opinión contraria, y es opinión de un sabio en quien fían más millones de gentes que en todos los sabios juntos europeos. Los que siguen la opinión del Buda discurren de esta manera: Que nada se haga a sí mismo, sino que todo efecto tenga su causa, es un hecho de la experiencia de todos los días: luego lo probable es que lo mismo haya sucedido siempre, y por consiguiente, la primera cosa que hubo en el mundo hubo de tener otra causa distinta de la misma cosa, y esa causa última que no pudo tenerla, que sería proceder in infinitum, es lo que lla-

mamos Dios. El principio de la inercia, que es el más hondo de la materia, explica el por qué «nada se hace a sí mismo», pues lo inerte necesita de otro para moverse. La primera causa no puede por lo mismo ser cosa material para que no esté sujeta a la inercia: ha de ser no material, y tal concebimos a Dios. El principio de causalidad probó Schopenhauer que es el principio que informa el entendimiento humano, es la ley de la mente, como lo es de la materia. Ved, pues, cómo los que suponéis la eternidad de la materia, podéis tener una opinión; pero los que suponen un comienzo, también tienen la suya, tan respetable por lo menos como la vuestra.

A-satah sed ajāyata, de lo que no era (*a-sat*) lo que es nació, dice el Rig-Veda: «El caos fue lo primero que fue hecho» (γένετο), añade Hesiodo. Ya veis cómo hasta los primitivos indoeuropeos admitían la creación. Es más (y ya estoy en el tema), los sabios suponen esta segunda opinión al explicar la formación lenta del universo desde una nebulosa informe de una materia homogénea y sutil y hasta sin movimiento, de aquel *prótilo*, que hoy dicen los sabios, en cuyo mismo nombre está el concepto de comienzo, *protos* primero en griego, *hyle* materia.

Bastaba el más ligero vaivén de una sola molécula para que comenzase el movimiento, se trasmitiese y corriese a toda la masa, fuese creciendo en velocidad, excitase la diferenciación molecular y la consiguiente lucha por una parte, y la atracción por otra, la formación de cuerpos compuestos, que en química todavía llamamos simples, por no haber alcanzado a destrabar aquellos primitivos engarces moleculares, en fin, para que el ligerísimo voltear no sólo de cada átomo en centros infinitos dentro de la masa cósmica, sino de toda la masa en torno de un punto céntrico, formase un sistema de fuerzas centrífugas y centrípetas, subdividido en otros y otros infinitos sistemas, como el solar con sus planetas y satélites, dando así comienzo a la excelsa y universal danza de los astros, cuyo voltear en giros matemáticos llegaba en forma de rítmica y

numérica música a los oídos de Pitágoras y del Profeta, que de ella arrebatado exclamaba: «Los cielos y sus astros cantan, Señor, tu gloria, se la dicen unos a otros, trenzan coros y danzas sempiternas en tu loor.» Ahora, los creacionistas argumentan de esta manera: Este caminar, según la ciencia, de lo menos a lo más, este evolucionar de lo sencillo a lo complejo, ¿no os dice, señores, que supone un comienzo? Todo progreso supone un primer paso, todo camino un punto de partida. La materia, de suyo inerte, allí se hubiera quedado, formando el negro caos para siempre jamás, si el dedo de Dios no hubiera tocado uno de sus átomos, metiendo en él el desequilibrio y el consiguiente movimiento, madre de todo el obrar de la Naturaleza, lo que hoy llaman energía. La materia de suyo no dice movimiento; antes a él se opone, es inerte; necesita un desequilibrio para moverse, algo que le venga de fuera, la energía, que a su vez pide una materia donde asentarse. La causa de esa materia inerte y de esa energía o movimiento, que a la materia sobrevino, ha de ser un sér *in actu* y nunca *in potentia*, un sér eterno y *a se*, Dios. Así discurren muchos sacando conclusiones de la misma ciencia atea.

* * *

Veamos ya lo que el vascuence nos dice acerca de la creación, y os ruego atendáis con un poco de paciencia y conservéis bien los vocablos vascongados. Hay un verbo en vascuence, que suena *as, as-i*, y que significa comenzar a ser, ser creado, o en activa crear. Su nombre de acción es *as-te*, el comienzo, el crear; *aste-an* en el comienzo responde al *bereshit* de Moisés, que sólo suena *en la cabeza*. Variante de *as-i* comenzar, es *az-i* semilla y brotar, el nacer de las plantas, el más claro comenzar de que tengamos ejemplo todos los días y a vista de ojos en el universo. Por aquí veréis la fuerza del valor que encierra *as-te* comienzo, creación. Si el verbo *bara*, que Moisés empleó por crear, hubiera significado á la vez semana en hebreo, los teólogos hubieran visto en ello una prueba

E. M.—Junio 1912.

de ser el hebreo la lengua primitiva. Yo sólo os diré que ese *as-te* del vascuence, además y a la vez que comienzo o creación, es el vocablo que los gizonas vascongados emplean para llamar la semana. Os maravillará, pero no es una casualidad. Porque el mismo *as-te* significa día de labor, *jai ta aste* todos los días, literalmente fiesta y día de labor. ¿Cómo significando *aste* semana, pudo significar a la vez día de trabajo, que es una parte de ella? Porque *aste* semana y día de trabajo es el mismo *aste* comienzo, creación; quiere decir que en este antiquísimo vocablo está cifrada la creación y su símbolo la semana mosaica. Pero no pára aquí la coincidencia: con estar tomados en toda Europa los nombres de los días de la semana de los latinos, sólo en éuskera nada tienen que ver con ellos; antes son nombres de los cuadros en que dividió Moisés la creación.

Moisés repartió su descripción en siete cuadros o días, como hubiera podido repartirla en doce o veinte, si seis días de trabajo no fueran lo más acomodado para las fuerzas del hombre, como confiesan hasta los sociólogos modernos, que han reparado en ello. Pero además todos, con Santo Tomás, han notado en la descripción mosaica dos partes, *opus distinctionis* y *opus ornatus*, obra de diferenciación, de los tres primeros días, y obra de hermoejamento, de los otros tres. Este reparto está tan manifiesto en el *Génesis*, que dejó maravillado a Haeckel, como oiréis por estas sus palabras (*Hist. Creac.*, I, p. 38):

«Dos grandes ideas fundamentales, comunes también a lo no milagroso, encontramos en la hipótesis mosaica de la creación con sorprendente claridad y sencillez: la idea de la separación o diferenciación, y la idea del desarrollo progresivo o perfeccionamiento. Aun cuando Moisés considerase las grandes leyes del desarrollo orgánico (para nosotros, en último término, conclusiones necesarias de la doctrina de la descendencia) como la acción directa de un Creador, con todo, en sus teorías se ve flotando la idea de un desarrollo progresivo y diferenciación de la materia simple originaria. Podemos mani-

festar, por tanto, nuestra justa y sincera admiración al gran legislador de los judíos por sus conocimientos de la Naturaleza y su hipótesis sencilla y natural de la creación.»

Advierto, señores, que Haeckel dice que «Moisés considera las grandes leyes del desarrollo orgánico como la acción directa de un Creador», y Moisés nada dice de si el Creador obra directa o indirectamente, sino que pintándole como causa última de todas las cosas, naturalmente se las atribuye, presentándole ante los ojos del pueblo como un Artífice humano, pues el pueblo tiene su lenguaje metafórico y en él le hubo de hablar. Muchos Santos Padres, y Suárez con la mayor parte de los teólogos, dicen que es más propio y digno de Dios el obrar no directamente, sino por las causas segundas, esto es, haciendo tal a la materia que ella se desenvuelva de por sí, dándole poderes para ello, bien así como es más digno de un gran príncipe valerse de sus ministros, en vez de hacérselo él todo por sus manos. Así obró y obra Dios, según la doctrina católica, y es harto mezquino el que, tomando pie de las expresiones metafóricas, sin las cuales no podemos expresarnos ni manifestar una sola idea, se haga chacota del Dios de los cristianos, pintándole como un peón de albañil, con la pella de barro en la mano izquierda para hacer el muñeco del hombre y la llana en la derecha para alisarle las mejillas y la frente.

Bien; pues ese reparto entre el *opus distinctionis* y el *opus ornatus* está tan de manifiesto en éuskera, que valiendo *aste* ese comenzar a ser, ese crear y esa diferenciación, propia de los tres primeros días, sólo llevan *aste* los nombres de los tres primeros días de la semana euskérica, y no lo llevan los demás, que sólo fueron de desenvolvimiento, y no de aparición y diferenciación. El Lunes se dice en éuskera *aste-len*, el Martes *aste-arte*, el Miércoles *aste-azken*, que todos tres llevan *aste*, y falta en los nombres de los demás días. No comienza la semana por el Domingo, conforme al uso cristiano, sino por el Lunes, por el primer día de trabajo o de la creación, y se dice *aste-len*, que suena primer *aste*; el Martes *aste* entremedio, el Miércoles

último *aste*. Si *aste* vale semana, cualquiera diría que la semana se cerraba en tres días, pues *len* vale primero, *arte* entre, y *azken* último o fin: de modo que el Lunes es la primera creación y primer día de trabajo de la semana, el Martes el segundo o medio, y el Miércoles el tercero y último y final. Y, con todo, no hay la menor noticia de que la semana haya tenido entre los vascongados solos tres días. Es que *aste* vale aquí creación y separación o diferenciación, en el sentido mosaico, y ésta sólo tuvo tres días o se pintó en tres cuadros.

También se saca de aquí que los llamados siete días de la creación no fueron días, sino períodos de tiempo, fases de la creación o cuadros acomodados a los siete días que se intentaban poner en la semana del trabajo humano. ¿Cómo iba a decir Moisés que eran días solares, si, según él, no hubo sol ni luz para la tierra hasta el cuarto día, como asimismo lo dice la ciencia? La luz fue el día primero, pero sol no hubo para la tierra hasta que la tierra se apartó del globo del sol y en ella se liquidó y se solidificó en parte su materia y se aclaró la atmósfera, donde reaccionaban con nieblas horribles y estruendo de formidable herrería todos los cuerpos químicos en estado gaseoso. Así, *aste* en los nombres de esos tres primeros días no vale día, sino creación: *aste-len* principio de la creación, *aste-arte* entremedio o duración de la creación, *aste-azken* fin o último de la creación; o, de otra manera, creación primera, media y última; que una y otra cosa suenan estos vocablos, y esto sin retorcerlos lo más mínimo, porque aun por separado ya he dicho que *aste* vale creación y comienzo y aparición, y *len* primero, *arte* medio o intervalo, *azken* fin y último: podéis preguntárselo a cualquier vascongado.

Vengamos ya a cada día en particular. Es maravilloso que Moisés pusiera tres cuadros, que son tres ojeadas: la primera cosmogónica o de formación del cosmos; la segunda geogónica o de formación del globo terrestre, como apartándose del globo del sol; la tercera geológica o de diferenciación de los elementos, ya en la tierra así apartada; porque la ciencia mo-

derna distingue tan bien estos tres cuadros, que ha hecho de ellos tres ciencias: la Cosmogonía, la Geogenia y la Geología. Pero más maravilloso es todavía que en éuskera sólo haya tres *aste* o días de labor, cuando son seis los de la semana, porque sólo tres fueron los días de la labor de la creación.

«Al principio, en el primer *aste*, o *aste-len*, como nombra el vascuence al Lunes, dijo Dios: «Sea Luz.» Y fue Luz.»

Luz no es más que movimiento o energía. En aquel caos inerte y estantio de la materia, enrarecida de una manera que ni podemos concebir, porque el aire mismo es densísimo y como sólido respecto de lo que aquella materia fue, Dios no tuvo más que tocar un átomo, no tuvo más que echar el habla de la boca para que con su aliento se menease ese átomo; que ello solo bastó para que comunicado el movimiento de átomo en átomo se rebuliese toda la ingente masa, y cada vez con mayor ligereza hasta resplandecer en viva luz.

No hubo luz allí, porque todo el Universo fue luz a la vez, sin un rincón que no resplandeciese: «Sea luz, y fue luz.» En esta sublime fórmula condensa Moisés lo que dice la ciencia, que la nebulosa primitiva, a fuerza de moverse y condensarse y chocar de sus átomos, se hizo luminosa. La creación de la materia y del movimiento en ella con todas sus consecuencias, sobre todo la luz, forman la primera creación o *aste-len*.

Tras la ojeada cosmogónica del primer cuadro viene la geogénica del segundo, que se refiere a la nebulosa terrestre o apelotonado vellón de oro encendido, dentro del cual ardían como en inmensa fragua los cuerpos que habían de formarla después, cuando por la fuerza centrífuga fue apartada de la muy mayor nebulosa solar y lanzada por esos espacios, quedando con todo, en virtud de la fuerza centrípeta, encadenada a voltear en torno del horno solar de donde fue lanzada. La tierra forma así un todo distinto del resto de los mundos, quedando en medio la inmensidad del espacio, aquel *raq̄agh*, que tan desmañadamente tradujeron los LXX intérpretes alexandrinos por *firmamento*, por la manera de considerar que tenían

los egipcios la bóveda celeste, y que nuestros judíos vertieron harto mejor por espondidura. Lo propio del segundo día es esta separación entre la tierra como mundo a parte del resto del Universo, que se llamó cielo, dejando entre ambos el espacio, espondidura o *raqiagh*, que el éuskera expresa por la voz *arte*, en el nombre del Martes, *aste-arte*, creación media o del intervalo, del espacio o firmamento.

El tercer día es una ojeada geológica, y pinta la diferenciación en el globo tierra de sus elementos constitutivos, repartidos en el macizo terrestre, las aguas de los mares y la atmósfera gaseosa. Aquí entran las turbaciones geológicas de tierras y aguas, los levantamientos, hundimientos y vuelcos de la costra todavía blanda y resquebrajada por mil partes, el alzarse sobre los mares islas y continentes, y la consiguiente estratificación de los terrenos con las primeras plantas, propias de cada uno de ellos, comenzando del paleozóico. Es la última separación, diferenciación y aparición, el último comienzo o *aste-azken*.

*
**

Aquí acaban los *aste* o comienzos; los tres días siguientes son de desenvolvimiento, ya de tierras y mares, formándose nuevos posos y estratificaciones en el fondo de las aguas, ya de los organismos vivos, de vegetales y animales, cada vez más acabados.

Para entender el nombre del Jueves, reparad en que *ek* en vascuence vale salir a fuera, manifestarse, él o cualquiera en cuanto agente, o ellos, *no él*: así *ek i* es el sol en un dialecto, y *eg-i* es todo saliente, la esquina, lo manifiesto, lo que se ve, la verdad; *eg-un* significa el día, o espacio de *ek*, como *il-un* significa tinieblas o espacio de *il*, que en vascuence significa muerte, desaparición y lunación; *e-gu* significa hoy, y suena espacio del *ek*. El Jueves se llama, pues, en éuskera *egu-ena*, superlativo de *egu* hoy. Suena, por consiguiente, *egu-ena* el hoy por excelencia, el día verdadero, la manifestación por excelencia, como *egu-s-ki* es el sol, el hacedor del *egu* hoy.

Cabalmente la Biblia pone el cuarto día la aparición de las lumbreras sobre la haz de la tierra, del sol, luna y estrellas. La luz fue creada el primer día; pero no fue vista por la tierra en forma de estos astros hasta que la atmósfera terrestre fue enrareciéndose y transparentándose lo bastante para que la atravesase la luz del sol, y hasta que el mismo sol condensándose brillase tan vivamente que atravesando su luz la atmósfera de la tierra, llegase a alumbrarla. Todo ello no pudo suceder hasta el día cuarto, después de separada la tierra del sol el segundo día y de diferenciadas en la tierra el día tercero las partes macizas, líquidas y gaseosas, quedando la atmósfera libre de los gases que la oscurecían, y despejada, una vez liquidados los gases en mares y cuajados en tierras y macizos de la costra terrestre.

Entonces fue cuando en ese día cuarto aparecieron para la tierra las lumbreras del sol, luna y estrellas, que distinguieron los días de las noches, y sirvieron para medir los meses y los años, como dice Moisés. Este fue, pues, el primer hoy de luz, el primer verdadero hoy para la tierra, que es lo que suena *eguenta* o Jueves, y lo que significa el estar consagrado ese día a Júpiter, que es el cielo brillante, como que el vocablo día viene de la misma raíz *div* brillar, de la cual se derivó el nombre de Ζεύς o *Iupiter* o *Diespater*, *Iovis* o *Jueves*. *Jueves* y *eguenta* significan, por consiguiente, lo mismo, el aparecer de las lumbreras celestes a la tierra, el ser el primero y verdadero día, distinto de la noche que antes había durado siglos en la confusa mescolanza de los elementos terrestres durante los largos siglos que encierra el día tercero. Por manera, que los días anteriores al cuarto no fueron días como el hoy, como los actuales, alumbrados del sol, sino oscuros y tenebrosos. La ciencia está acorde con esto, pues sólo desde la flora pérmica hubo de haber luz sobre la tierra, según se saca de su estructura; mientras que la flora hullera anterior se desenvolvió entre nieblas y oscuridades más o menos densas.

Y con todo, la oscuridad en la época o día anterior no de-

bió de ser completa, pues por muchos vapores que enturbiaran la atmósfera y poco condensado que estuviese el sol, su luz había de trasminarse por lo menos de una manera difusa. Esto mismo nos da a entender otro nombre del día anterior o Miércoles, que es en éuskera *egu-asten*, además del ya declarado *aste-azken*. *Egu-asten* es el comienzo por excelencia del *egu*, del hoy, que sólo llegó a ser completo hoy el día siguiente o Jueves = *egu-ena*. Consta *egu-asten* del mismo *egu* hoy y del superlativo de *aste* comienzo; es, pues, el comienzo por excelencia del *egu*, del hoy, de los días actuales de sol y luna. El Miércoles acaba toda creación y diferenciación, y se llama *aste-azken*; pero comienza el día de hoy, la vida que aun lleva la tierra de días y noches, meses y años: por eso también se llama *egu-asten*.

El Jueves o *egu-ena*, día acabado del todo, día verdadero de sol, tiene además otros dos nombres en éuskera: *ost-egun* y *orz-egun*, según los dialectos, y constan de *egun* día y *ost* u *orz*, que convienen en significar la tempestad y el trueno, es decir, que *orz-egun* u *ost-egun* es el día del estruendo, cuando el globo tierra, del estado gaseoso pasó en parte al estado líquido, y luego en parte al sólido. Todos conocéis la *mezcla detonante*, que llaman, al formarse unas gotas de agua por la combinación de un poco de hidrógeno con otro poco del oxígeno del aire: ¡qué horrísono estampido, señores, no produciría la combinación del hidrógeno y oxígeno de aquella densísima atmósfera, cuando produjeron todas las aguas de los mares!

Al propio tiempo, y en aquel mismo día cuarto, el fuego central con sus sacudidas y volcanes resquebrajaba, hundía y levantaba continentes. Estos cataclismos y esta mezcla detonante de inaudito estruendo es lo que se pinta en el día cuarto, *orz-egun* u *ost-egun*, día de los estruendos y tempestades, con las cuales la atmósfera se enrareció, dejándose ver las lumbreras celestes, por lo que también se llamó *egu-ena*.

El día quinto o Viernes, según la Biblia, prosigue el des-

envolvimiento de los estratos geológicos, pues pone el reinado de los monstruosos reptiles en las aguas y luego de las aves en el aire. Todavía hallamos soterrados los esqueletos de los primeros en las capas terrestres hundidas, y cuanto a que las aves siguieran a los montruos marinos, es cosa de que la misma ciencia se ha maravillado; y, sin embargo, antes que la Paleontología lo había dicho Moisés.

Es, según la ciencia, la época secundaria, llamada por los paleontólogos *reinado de los reptiles*, en que aparecieron todo linaje de monstruos más o menos acuáticos, todos esos espantosos vestiglos y horribles alimañas, hoy desaparecidas, y además las aves acuáticas, mitad aves, mitad peces, como los otros bicharrajos eran mitad peces, mitad bestias. En éuskera al día quinto o Viernes se llama *ost-ira la, orz-ira-la, orz-ira-le*, palabras que significan en los varios dialectos la misma cosa, el que continúa o lleva adelante (*ira-la, ira-le*), el *ost* u *orz*, las sacudidas de las tierras, las turbaciones estruendosas de las aguas y de las tempestades de la atmósfera, enterrando bosques, que hoy desentrañamos de la tierra en forma de carbón, sepultando los monstruos que hoy descubrimos, levantando del fondo del mar montañas, en cuyas cimas hallamos capas de varios kilómetros de espesor, formadas por trilobitas, y otro sinfín de conchillas microscópicas, que vivieron en los abismos del mar o cayeron en ellos estratificando sus fondos.

* * *

El día sexto o Sábado fue el del desenvolvimiento de los animales terrestres y de la creación del hombre, que con ellos le pone de esta manera la Biblia no menos que la ciencia. Es la época terciaria de la ciencia, en la que aparecen los mamíferos y se perfeccionan los reptiles terrestres. Menciona por su orden Moisés los cuadrúpedos herbívoros, los reptiles terrestres o animales rastreros, las salvajinas o fieras, y en fin, el hombre. Cabalmente fue este el orden en que fueron apareciendo, según

la ciencia. En éuskera, el día sexto o Sábado, se llama *ira-koitz* progreso especial, *egu-bakoitz* día especial y *lar-un-bata* el uno o primero de la piel amarilla (1). Que esto de la piel amarilla aluda a los cuadrúpedos o al hombre, y que lo del progreso especial y día especial se refieran a la creación del hombre, que la Biblia distingue de todo lo anterior, empleando el verbo *bara* crear, sólo usado al principio al sacar la materia de la nada, conforme lo interpretan los católicos, y presentando a Dios en consejo, déjolo a las entendederas de cada cual.

El Domingo se dice *igan-de*, ascensión del Señor, único nombre cristiano en la semana vascongada. No hay nombre para el Sábado, que indique descanso, porque se tomó el Domingo por el Sábado de los Hebreos, adelantando así en un día la semana, que comienza por el Lunes. El Lunes o día primero tiene además el nombre de *il-en*, que hay que interpretar como llamamente suena en vascuence, el más muerto, el muerto o faltoso por excelencia, pues es un superlativo de *il* morir, faltar, como *egu-en* lo es de *egu* hoy, día actual. Natural es que el nombre del primer día sea símbolo de la nada o del caos, de que Moisés habló al principio. Así, *as* es el nacer o comenzar, *il* el morir, *aste* el nacimiento; y el primer día o Lunes, llamado *aste-len* primera creación, pudo también decirse *il-en*, el día del caos, del *tohu va bohu*, invisible e informe, que traducen los LXX, ἀόρατος καὶ ἀκτασκεύατος; *inerte y confusa*, que dice Simmaco; *vanidad y nada*, que vierte Teodoción; *una nulidad y un nada*, según Aquila; *solitudo et inanitas*, conforme a la de Walton; *inanis et vacua*, de la Vulgata; *vana y vacía*, que tradujeron nuestros judíos. La frase hebráica se repite en Jeremías (4, 23) con el valor de *vaciedad y nulidad*, y eso es lo que vale cabalmente *il-en*, lo más *il*, lo más muerto, lo más *sin*, faltoso y vano. *Il-en* es la carencia del ser por excelencia, que por eso vale *il* lunación, por ser carencia de luz, desaparición o

(1) *Larunba* pálido o amarillo de color, *laruen* ictericia, *lar-undo* epidermis, *larru* piel del hombre y de los animales.

muerte, mudanza, *il-un* oscuro, como *eg-un* día, espacio de *il* y de *ek*, de tinieblas y de luz, de no manifestarse nada y del manifestarse las cosas.

Y ya podemos juntar en un solo haz las opiniones de las más antiguas civilizaciones. Reminiscencia de este nombre *il-en*, dado al primer día, fue entre los Asirio-Caldeos el consagrarlo a la Luna, símbolo de las mudanzas, tanto que por eso en vascuence *il* es lunación y mes que por ella se mide. De la propia manera el segundo día, de la separación del sol y de la tierra, fue consagrado al dios batallador, al rojizo Marte; el Miércoles, en que se acaban las creaciones y comienzan los días actuales, al mensajero de los Dioses Mercurio; el Jueves, o día de luz por excelencia, a Júpiter o dios del cielo brillante autor del *día*; el Viernes, o día de progreso, a la fecunda Venus; y el último de progreso especial al rey Saturno, cuyo reinado fue la edad de oro de las tradiciones caldeas, helénicas e itálicas. Todo ello muestra que en Caldea y Asiria quedó la misma tradición, que Abraham sacó y se llevó consigo a la tierra de promisión. Cómo y por qué hubo de quedar mejor estampada, que en ninguna parte, en la semana vascongada, es cosa que comprenderá fácilmente el que vaya leyendo mi obra «Tesoro de la lengua castellana».

En sustancia, la tradición helénica, iránica y védica vienen a decir lo mismo que la caldea, semítica y vascongada. Para no entreteneros y molestaros más tiempo, sólo apuntaré algunos hechos. En vano el autor del Upanishad (6, 2), ya en plena evolución de la doctrina emanatista, que en la India sucedió a la primitiva creacionista, combate el principio de que el ser viene del no ser; pues está, y no puede menos de reconocerlo, en los Vedas: *asatah sed ajāyata* de lo que no era, lo que es nació. El *χάος* (*cavus* en latín) de Hesiodo en la Teogonía (116) como comienzo de la creación, significa no confusión, sino vaciedad, nada, de *χαίνω* haber un vacío, y responde al *asat* védi-

co, lo que no es, y al *tamas* u oscuridad, *inanis et vacua*. El espíritu, que en el Génesis empollaba las aguas, como la gallina empolla sus huevos, *rūajh elohīm mrajhefet*, dió margen en todas las cosmogonías orientales al mito del huevo del mundo.

El espíritu es el 'Ερος o Amor de Hesiodo (*Theog.* 120), el *Kāma* o Amor del Rigveda (10, 129), esto es lo que une fecundamente los elementos cosmogónicos, la moderna energía o movimiento, el espíritu o soplo del Criador sobre la materia enrarecida e inerte. Las aguas, de donde todo salió, fecundándolas el Espíritu, es el ὠκεανὸς, ὅσπερ γένεσις παντεσσι τέτυκται, el Océano o conjunto de aguas, de las cuales todo se fraguó, según Homero: son los elementos en estado gaseoso y luego acuoso, antes de dividirse en astros, entre ellos la tierra, y de macizarse su corteza terrestre. Conforme al Zend Avesta, fue la Naturaleza en su origen a manera de huevo, puesto por el Criador en el seno del espacio vacío, esto es, de la nada, y que un día brilló súbitamente como cien soles. Al decir del libro primero de Manu, partiéndose el huevo de oro o ardiente, dentro del cual Brahma se había encerrado un año, se formaron el cielo y la tierra. En las tradiciones asirio-babilónicas de Beroso, Bel o el Señor formó el cielo y la tierra, partiendo en dos el huevo cósmico primitivo *Omoroka*.

Por tan extraña y maravillosa manera se conciertan las tradiciones del extremo Oriente arrio-iranio con las de Grecia, Babilonia y Caldea, y con las del extremo Occidente vascongado en la explicación del origen del universo, simbolizado para siempre, desde el éuskera hasta el hebreo, el griego, latín y las lenguas todas modernas de Europa, en los nombres de la semana y de cada uno de los días que la componen.

JULIO CEJADOR

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

Amor, dolor, compasión y personalidad.

Cain.
Let me, or happy or unhappy, learn
To anticipate my immortality.
Lucifer. Thou didst before I came upon thee.
Cain. How?
Lucifer. By suffering.
(Lord Byron: *Cain*, act. II, scene 1.)

Es el amor, lectores y hermanos míos, lo más trágico que en el mundo y en la vida hay; es el amor hijo del engaño y padre del desengaño; es el amor el consuelo en el desconsuelo, es la única medicina contra la muerte, siendo como es de ella hermana.

Fratelli, a un tempo stesso, Amore e Morte
Ingeneró la sorte,

como cantó Leopardi.

El amor busca con furia a través del amado, algo que está allende éste, y como no lo halla, se desespera.

Siempre que hablamos de amor tenemos presente a la memoria el amor sexual, el amor entre hombre y mujer para perpetuar el linaje humano sobre la tierra. Y esto es lo que hace que no se consiga reducir el amor, ni a lo puramente intelectual, ni a lo puramente volitivo, dejando lo sentimental o,

si se quiere, sensitivo de él. Porque el amor no es en el fondo ni idea ni volición; es más bien deseo, sentimiento; es algo carnal hasta en el espíritu. Gracias al amor sentimos todo lo que de carne tiene el espíritu.

El amor sexual es el tipo generador de todo otro amor. En el amor y por él buscamos perpetuarnos y sólo nos perpetuamos sobre la tierra a condición de morir, de entregar a otros nuestra vida. Los más humildes animalitos, los vivientes ínfimos, se multiplican dividiéndose, partiéndose, dejando de ser el uno que antes eran.

Pero agotada al fin la vitalidad del sér que así se multiplica, dividiéndose de la especie, tiene de vez en cuando que renovar el manantial de la vida mediante uniones de dos individuos decadentes, mediante lo que se llama conjugación en los protozoarios. Únense para volver con más brío a dividirse. Y todo acto de engendramiento es un dejar de ser, total o parcialmente, lo que se era, un partirse, una muerte parcial. Vivir es darse, perpetuarse, y perpetuarse y darse es morir. Acaso el supremo deleite del engendrar no es sino un anticipado gustar la muerte, el desgarramiento de la propia esencia vital. Nos unimos a otro, pero es para partirnos; ese más íntimo abrazo no es sino un más íntimo desgarramiento. En su fondo el deleite amoroso sexual, el espasmo genésico, es una sensación de resurrección, de resucitar en otro, porque sólo en otros podemos resucitar para perpetuarnos.

Hay, sin duda, algo de trágicamente destructivo en el fondo del amor, tal como en su forma primitiva animal se nos presenta, en el invencible instinto que empuja a un macho y una hembra a confundir sus entrañas en un apretón de furia. Lo mismo que les confunde los cuerpos, les separa, en cierto respecto, las almas; al abrazarse se odian tanto como se aman, y sobre todo luchan, luchan por un tercero, aun sin vida. El amor es una lucha, y especies animales hay en que al unirse el macho a la hembra la maltrata, y otras en que la hembra devora al macho luego que éste la hubo fecundado.

Hase dicho del amor que es un egoísmo mutuo. Y de hecho cada uno de los amantes busca poseer al otro, y buscando mediante él, sin entonces pensarlo ni proponérselo, su propia perpetuación, busca consiguientemente su goce. Cada uno de los amantes es un instrumento de goce inmediatamente y de perpetuación mediatamente para el otro. Y así son tiranos y esclavos; cada uno de ellos tirano y esclavo a la vez del otro.

¿Tiene algo de extraño acaso que el más hondo sentido religioso haya condenado el amor carnal, exaltando la virginidad? La avaricia es la fuente de los pecados todos, decía el Apóstol, y es porque la avaricia toma la riqueza que no es sino un medio como fin, y la entraña del pecado es esa, tomar los medios como fines, desconocer o despreciar el fin. Y el amor carnal que toma por fin el goce, que no es sino un medio, y no la perpetuación, que es el fin, ¿qué es sino avaricia? Y es posible que haya quien para mejor perpetuarse guarde su virginidad. Y para perpetuar algo más humano que la carne.

Porque lo que perpetúan los amantes sobre la tierra es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte. El amor es hermano, hijo y a la vez padre de la muerte, que es su hermana, su madre y su hija. Y así es que hay en la hondura del amor una hondura de eterno desesperarse, de la cual brotan la esperanza y el consuelo. Porque de este amor carnal y primitivo de que vengo hablando, de este amor de todo el cuerpo con sus sentidos, que es el origen animal de la sociedad humana, de este enamoramiento surge el amor espiritual y doloroso.

Esta otra forma del amor, este amor espiritual, nace del dolor, nace de la muerte del amor carnal; nace también del compasivo sentimiento de protección que los padres experimentan ante los hijos desvalidos. Los amantes no llegan a amarse con dejación de sí mismos, con verdadera fusión de sus almas, y no ya de sus cuerpos, sino luego que el mazo poderoso del dolor ha triturado sus corazones remejiéndolos en un mismo almirez de pena. El amor sensual confundía sus cuerpos, pero separaba sus almas; manteníalas extraña una a otra; mas

de ese amor tuvieron un fruto de carne, un hijo, Y este hijo engendrado en muerte, enfermó acaso y se murió. Y sucedió que sobre el fruto de su fusión carnal y separación o mutuo extrañamiento espiritual, separados y fríos de dolor sus cuerpos, pero confundidas en dolor sus almas, se dieron los amantes, los padres, un abrazo de desesperación, y nació entonces, de la muerte del hijo de la carne, el verdadero amor espiritual. O bien, roto el lazo de carne que les unía, respiraron con suspiro de liberación. Porque los hombres sólo se aman con amor espiritual cuando han sufrido juntos un mismo dolor, cuando araron durante algún tiempo la tierra pedregosa unidos al mismo yugo de un dolor común. Entonces se conocieron y se sintieron, y se con-sintieron en su común miseria, se compadecieron y se amaron. Porque amar es compadecer, y si a los cuerpos les une el goce, úneles a las almas la pena.

Todo lo cual se siente más clara y más fuertemente aun cuando brota, arraiga y crece uno de esos amores trágicos que tienen que luchar contra las diamantinas leyes del Destino, uno de esos amores que nacen a destiempo o desazón, antes o después del momento o fuera de la norma en que el mundo, que es costumbre, los hubiera recibido. Cuantas más murallas pongan el Destino y el mundo y su ley entre los amantes, con tanta más fuerza se sienten empujados el uno al otro, y la dicha de quererse se les amarga y se les acrecienta el dolor de no poder quererse a las claras y libremente, y se compadecen desde las raíces del corazón el uno del otro, y esta común compasión, que es su común miseria y su felicidad común, da fuego y pábulo a la vez a su amor. Y sufren su gozo gozando su sufrimiento. Y ponen su amor fuera del mundo, y la fuerza de ese pobre amor sufriente bajo el yugo del Destino les hace intuir otro mundo en que no hay más ley que la libertad del amor, otro mundo en que no hay barreras porque no hay carne. Porque nada nos penetra más de la esperanza y la fe en otro mundo que la imposibilidad de que un amor nuestro fructifique de veras en este mundo de carne y de apariencias.

Y el amor maternal, ¿qué es, sino compasión al débil, al desvalido, al pobre niño inerme que necesita de la leche y del regazo de la madre? Y en la mujer todo amor es maternal.

Amar en espíritu es compadecer, y quien más compadece más ama. Los hombres encendidos en ardiente caridad hacia sus prójimos, es porque llegaron al fondo de su propia miseria, de su propia aparentialidad, de su nadería, y volviendo luego sus ojos así abiertos hacia sus semejantes los vieron también miserables, aparentiales, anonadables, y los compadecieron y los amaron.

El hombre ansía ser amado, o, lo que es igual, ansía ser compadecido. El hombre quiere que se sientan y se compartan sus penas y sus dolores. Hay algo más que una artimaña para obtener limosna en eso de los mendigos que a la vera del camino muestran al viandante su llaga o su gangrenoso muñón. La limosna, más bien que socorro para sobrellevar los trabajos de la vida, es compasión. No agradece el pordiosero la limosna al que se la da volviéndole la cara por no verle y para quitárselo de al lado, sino que agradece mejor el que se le compadezca no socorriéndole a no que socorriéndole no se le compadezca, aunque por otra parte prefiera ésto. Ved si no con qué complacencia cuenta sus cuitas al que se conmueve oyéndoselas. Quiere ser compadecido, amado.

El amor de la mujer, sobre todo, decía, que es siempre en su fondo compasivo, es maternal. La mujer se rinde al amante porque le siente sufrir con el deseo. Isabel compadeció a Lorenzo, Julieta a Romeo, Francisca a Pablo. La mujer parece decir: ¡ven, pobrecito, y no sufras tanto por mi causa! Y por eso es su amor más amoroso y más puro que el del hombre, y más valiente y más largo.

La compasión es, pues, la esencia del amor espiritual humano, del amor que tiene conciencia de serlo, del amor que no es puramente animal, del amor, en fin, de una persona racional. El amor compadece, y compadece más cuanto más ama.

Invirtiendo el *nihil volitum quin praecognitum*, os dije que *nihil cognitum quin praecognitum* que no se conoce nada que de un modo o de otro no se haya antes querido, y hasta cabe añadir que no cabe conocer bien nada que no se ame, que no se compadezca.

Creciendo el amor, esta ansia ardorosa de más allá y más adentro, va extendiéndose a todo cuanto ve, lo va compadeciendo todo. Según te adentras en ti mismo y en ti mismo ahondas, vas descubriendo tu propia inanidad, que no eres todo lo que no eres, que no eres lo que quisieras ser, que no eres, en fin, más que nonada. Y al tocar tu propia nadería, al no sentir tu fondo permanente, al no llegar ni a tu propia infinitud, ni menos a tu propia eternidad, te compadeces de todo corazón de ti propio, y te enciendes en doloroso amor a ti mismo, matando lo que se llama amor propio, y no es sino una especie de delectación sensual de ti mismo, algo como un gozarse a sí misma la carne de tu alma.

El amor espiritual a sí mismo, la compasión que uno cobra para consigo, podrá acaso llamarse egotismo; pero es lo más opuesto que hay al egoísmo vulgar. Porque de este amor o compasión a ti mismo, de esta intensa desesperación, porque así como antes de nacer no fuiste, así tampoco después de morir serás, pasas a compadecer, esto es, a amar a todos tus semejantes y hermanos en aparentialidad, miserables sombras que desfilan de su nada a su nada, chispas de conciencia que brillan un momento en las infinitas y eternas tinieblas. Y de los demás hombres, tus semejantes, pasando por los que más semejantes te son, por tus convivientes, vas a compadecer a todos los que viven, y hasta a lo que acaso no vive, pero existe. Aquella lejana estrella que brilla allí arriba durante la noche, se apagará algún día y se hará polvo, y dejará de brillar y de existir. Y como ella, el cielo todo estrellado. ¡Pobre cielo!

Y si doloroso es tener que dejar de ser un día, más doloroso sería acaso seguir siendo siempre uno mismo, y no más que uno

mismo, sin poder ser a la vez otro, sin poder ser a la vez todo lo demás, sin poder serlo todo.

Si miras al universo lo más cerca y lo más dentro que puedes mirarlo, que es en ti mismo; si sientes y no ya sólo contemplas las cosas todas en tu conciencia, donde todas ellas han dejado su dolorosa huella, llegarás al hondón del tedio, no ya de la vida, sino de algo más: al tedio de la existencia, al pozo del vanidad de vanidades. Y así es como llegarás a compadecerlo todo, al amor universal.

Para amarlo todo, para compadecerlo todo, humano y extrahumano, viviente y no viviente, es menester que lo sientas todo dentro de ti mismo, que lo personalices todo. Porque el amor personaliza todo cuanto ama, todo cuanto compadece. Sólo compadecemos, es decir, amamos, lo que nos es semejante y en cuanto nos lo es, y tanto más cuanto más se nos asemeja, y así crece nuestra compasión, y con ella nuestro amor a las cosas a medida que descubrimos las semejanzas que con nosotros tienen. O más bien es el amor mismo, que de suyo tiende a crecer, el que nos revela las semejanzas esas. Si llego a compadecer y amar a la pobre estrella que desaparecerá del cielo un día, es porque el amor, la compasión, me hace sentir en ella una conciencia, más o menos oscura, que la hace sufrir por no ser más que estrella, y por tener que dejarlo de ser un día. Pues toda conciencia lo es de muerte y de dolor.

Conciencia, *conscientia*, es conocimiento participado, es con-sentimiento, y con-sentir es com-padecer.

El amor personaliza cuanto ama. Sólo cabe enamorarse de una idea personalizándola. Y cuando el amor es tan grande y tan vivo, y tan fuerte y desbordante que lo ama todo, entonces lo personaliza todo y descubre que el total Todo, que el Universo es Persona también, que tiene una Conciencia, Conciencia que a su vez sufre, compadece y ama, es decir, es conciencia. Y a esta Conciencia del Universo, que el amor descubre personalizando cuanto ama, es a lo que llamamos Dios. Y así el alma compadece a Dios y se siente por Él compadecida,

le ama y se siente por Él amada, abrigando su miseria en el seno de la miseria eterna e infinita, que es al eternizarse e infinitarse la felicidad suprema misma.

Dios es, pues, la personalización del Todo, es la Conciencia eterna e infinita del Universo, Conciencia presa de la materia, y luchando por libertarse de ella. Personalizamos al Todo para salvarnos de la nada, y el único misterio verdaderamente misterioso es el misterio del dolor.

El dolor es el camino de la conciencia y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí. Porque tener conciencia de sí mismo, tener personalidad, es saberse y sentirse distinto de los demás seres, y a sentir esta distinción sólo se llega por el choque, por el dolor más o menos grande, por la sensación del propio límite. La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación. Me siento yo mismo al sentirme que no soy los demás; saber y sentir hasta donde soy, es saber donde acabo de ser, desde donde no soy.

¿Y cómo saber que se existe no sufriendo poco o mucho? ¿Cómo volver sobre sí, lograr conciencia refleja, no siendo por el dolor? Cuando se goza olvidase uno de sí mismo, de que existe, pasa a otro, a lo ajeno, se en-ajena. Y sólo se en-simisma, se vuelve a sí mismo, a ser él en el dolor.

*Nessun maggior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria*

hace decir el Dante a Francesca de Rimini (Inferno V, 121-123); pero si no hay dolor más grande que el de acordarse del tiempo feliz en la desgracia, no hay placer, en cambio, en acordarse de la desgracia en el tiempo de la prosperidad.

«El más acerbo dolor entre los hombres es el de aspirar mucho y no poder nada (πολλά φρονεοντα μηδενος κρατειν)», como, según Heródoto (lib. IX, cap. 16), dijo un persa a un tebano en un banquete. Y así es. Podemos abarcarlo todo o casi todo con el conocimiento y el deseo, nada o casi nada con la volun-

tad. Y no es la felicidad contemplación, ¡no!, si esa contemplación significa impotencia. Y de este choque entre nuestro conocer y nuestro poder surge la compasión.

Compadecemos a lo semejante a nosotros, y tanto más lo compadecemos cuanto más y mejor sentimos su semejanza con nosotros. Y si esta semejanza podemos decir que provoca nuestra compasión, cabe sostener también que es nuestro repuesto de compasión, pronto a derramarse sobre todo lo que nos hace descubrir la semejanza de las cosas con nosotros el lazo común que nos une con ellas en el dolor.

Nuestra propia lucha por cobrar, conservar y acrecentar la propia conciencia, nos hace descubrir en los forcejeos y movimientos y revoluciones de las cosas todas una lucha por cobrar, conservar o acrecentar conciencia, a la que todo tiende. Bajo los actos de mis más próximos semejantes, los demás hombres, siento—o consiento más bien—un estado de conciencia como es el mío bajo mis propios actos. Al oírle un grito de dolor a mi hermano, mi propio dolor se despierta y grita en el fondo de mi conciencia. Y de la misma manera siento el dolor de los animales y el de un árbol al que le arrancan una rama, sobre todo cuando tengo viva la fantasía, que es la facultad de intuimiento, de visión interior.

Descendiendo desde nosotros mismos, desde la propia conciencia humana, que es lo único que sentimos por dentro y en que el sentirse se identifica con el serse, suponemos que tienen alguna conciencia, más o menos oscura, todos los vivientes y las rocas mismas, que también viven. Y la evolución de los seres orgánicos no es sino una lucha por la plenitud de conciencia a través del dolor, una constante aspiración a ser otros sin dejar de ser lo que son, a romper sus límites limitándose.

Y este proceso de personalización o de subjetivación de todo lo externo, fenoménico u objetivo, constituye el proceso mismo vital de la filosofía en la lucha de la vida contra la razón y de ésta contra aquélla. Ya lo indicamos en nuestro anterior ensayo, y aquí lo hemos de confirmar desarrollándolo más.

Juan Bautista Vico, con su profunda penetración estética en el alma de la antigüedad, vió que la filosofía espontánea del hombre era hacerse regla [del universo guiado por *istinto d'animazione*. El lenguaje, necesariamente antropomórfico, mitopeico, engendra el pensamiento. «La sabiduría poética, que fue la primera sabiduría de la gentilidad—nos dice en su *Scienza Nuova*,—debió comenzar por una metafísica no razonada y abstracta, cual es la de los hoy adocotrados, sino sentida e imaginada, cual debió ser la de los primeros hombres... Esta fue su propia poesía, que les era una facultad connatural, porque estaban naturalmente provistos de tales sentidos y tales fantasías, nacida de ignorancia de las causas, que fue para ellos madre de maravillas en todo, pues ignorantes de todo, admiraban fuertemente. Tal poesía comenzó divina en ellos, porque al mismo tiempo que imaginaban las causas de las cosas, que sentían y admiraban ser dioses... De tal manera, los primeros hombres de las naciones gentiles, como niños del naciente género humano, creaban de sus ideas las cosas... De esta naturaleza de cosas humanas quedó la eterna propiedad, explicada con noble expresión por Tácito al decir no vanamente que los hombres aterrados *fingunt simul creduntque*.»

Y luego Vico pasa a mostrarnos la era de la razón, no ya la de la fantasía, esta edad nuestra en que nuestra mente está demasiado retirada de los sentidos, hasta en el vulgo, «con tantas abstracciones como están llenas las lenguas», y nos está «naturalmente negado poder formar la vasta imagen de una tal dama a que se llama Naturaleza simpatética, pues mientras con la boca se la llama así, no hay nada de eso en la mente, porque la mente está en lo falso, en la nada». «Ahora—añade Vico—nos está naturalmente negado poder entrar en la vasta imaginación de aquellos primeros hombres.» Mas, ¿es esto cierto? ¿No seguimos viviendo de las creaciones de su fantasía, encarnadas para siempre en el lenguaje, con el que pensamos, o más bien el que en nosotros piensa?

En vano Comte declaró que el pensamiento humano salió

ya de la edad teológica y está saliendo de la metafísica para entrar en la positiva; las tres edades coexisten y se apoyan, aun oponiéndose, unas en otras. El flamante positivismo no es sino metafísica cuando deja de negar para afirmar algo, cuando se hace realmente positivo, y la metafísica es siempre, en su fondo, teología, y la teología nace de la fantasía puesta al servicio de la vida, que se quiere inmortal.

El sentimiento del mundo, sobre el que se funda la comprensión de él, es necesariamente antropomórfico y mitopeico. Cuando alboreó con Tales de Mileto el racionalismo, dejó este filósofo al Océano y Tetis, dioses y padres de dioses, para poner al agua como principio de las cosas, pero esta agua era un dios disfrazado. Debajo de la naturaleza, φύσις, y del mundo κόσμος, palpitaban creaciones míticas, antropomórficas. La lengua misma lo llevaba consigo. Sócrates distinguía en los fenómenos, según Jenofonte nos cuenta (*Memorabilia* i. I. 6-9), aquellos al alcance del estudio humano y aquellos otros que se han reservado los dioses, y execraba de que Anaxágoras quisiera explicarlo todo racionalmente. Hipócrates, su coetáneo, estimaba ser divinas las enfermedades todas, y Platón creía que el sol y las estrellas son dioses animados, con sus almas (*Phileb* c, 16. *Leyes* X), y sólo permitía la investigación astronómica hasta que no se blasfemara contra esos dioses. Y Aristóteles, en su *Física*, nos dice que llueve Zeus, no para que el trigo crezca, sino por necesidad, ἐξ ἀναγκῆς. Intentaron mecanizar o racionalizar a Dios, pero Dios se les rebelaba.

Y el concepto de Dios, siempre redivivo, pues brota del eterno sentimiento de Dios en el hombre, ¿qué es sino la eterna protesta de la vida contra la razón, el nunca vencido instinto de personalización? ¿Y qué es la noción misma de sustancia, sino objetivación de lo más subjetivo, que es la voluntad o la conciencia? Porque la conciencia, aun antes de conocerse como razón, se siente, se toca, se es más bien como voluntad, y como voluntad de no morir. De aquí ese ritmo de que hablábamos en la historia del pensamiento. El positivismo nos trajo una

época de racionalismo, es decir, de materialismo, mecanicismo o mortalismo; y he aquí que el vitalismo, el espiritualismo vuelve. ¿Qué han sido los esfuerzos del pragmatismo sino esfuerzos por restaurar la fe en la finalidad humana del universo? ¿Qué son los esfuerzos de un Bergson, v. gr., sobre todo en su obra sobre la evolución creadora, sino forcejeos por restaurar al Dios personal y la conciencia eterna? Y es que la vida no se rinde.

Y de nada sirve querer suprimir ese proceso mitopeico o antropomórfico y racionalizar nuestro pensamiento, como si se pensara sólo para pensar y conocer, y no para vivir. La lengua misma, con la que pensamos, nos lo impide. La lengua, sustancia del pensamiento, es un sistema de metáforas a base mítica y antropomórfica. Y para hacer una filosofía puramente racional, habría que hacerla por fórmulas algébricas o crear una lengua —una lengua inhumana, es decir, inapta para las necesidades de la vida— para ella, como lo intentó el Dr. Ricardo Avenarius, profesor de filosofía, en Zúrich, en su «Crítica de la experiencia pura» (*Kritik der reinen Erfahrung*), para evitar los preconceptos. Y este vigoroso esfuerzo de Avenarius, el caudillo de los empiriocriticistas, termina en rigor en puro escepticismo. El mismo nos lo dice al final del prólogo de la susomentada obra: «Ha tiempo que desapareció la infantil confianza de que nos sea dado hallar la verdad; mientras avanzamos, nos damos cuenta de sus dificultades, y con ello del límite de nuestras fuerzas. ¿Y el fin?... ¡Con tal de que lleguemos a ver claro en nosotros mismos!»

¡Ver claro!... ¡ver claro! Sólo vería claro un puro pensador, que en vez de lenguaje usara álgebra, y que pudiese libertarse de su propia humanidad, es decir, un sér insustancial, meramente objetivo, un no sér, en fin. Mal que pese a la razón, hay que pensar con la vida, y mal que pese a la vida, hay que racionalizar el pensamiento.

Esa animación, esa personificación va entrañada en nuestro mismo conocer. «¿Quién llueve? ¿quién truena?» pregunta

el viejo Estrepsiades a Sócrates en *Las Nubes*, de Aristófanes, y el filósofo le contesta: «No, Zeus, sino las nubes.» Y Estrepsiades: «Pero ¿quién sino Zeus las obliga a marchar?», a lo que Sócrates: «Nada de eso, sino el torbellino etéreo.» «¿El Torbellino?—agrega Estrepsiades,—no lo sabía... No es, pues, Zeus, sino el Torbellino el que en vez de él rige ahora.» Y sigue el pobre viejo personificando y animando al Torbellino; que reina ahora como un rey no sin conciencia de su realeza. Y todos, al pesar de un Zeus cualquiera a un cualquier torbellino, de Dios a la materia, v. gr., hacemos lo mismo. Y es porque la filosofía no trabaja sobre la realidad objetiva que tenemos delante de los sentidos, sino sobre el complejo de ideas, imágenes, nociones, percepciones, etc., incorporadas en el lenguaje, y que nuestros antepasados nos transmitieron con él. Lo que llamamos el mundo, el mundo objetivo, es una tradición social. Nos lo dan hecho.

El hombre no se resigna a estar, como conciencia, solo en el Universo, ni a ser un fenómeno objetivo más. Quiere salvar su subjetividad vital o pasional haciendo vivo, personal, animado al Universo todo. Y por eso y para eso ha descubierto a Dios y la sustancia, Dios y sustancia que vuelven siempre en su pensamiento de uno o de otro modo disfrazados. Por ser conscientes nos sentimos existir, que es muy otra cosa que saber-nos existentes y queremos sentir la existencia de todo lo demás, que cada una de las demás cosas individuales sea también un yo.

El más consecuente, aunque más incongruente y vacilante idealismo, el de Berkeley, que negaba la existencia de la materia de algo inerte y extenso y pasivo, que sea la causa de nuestras sensaciones y el abstracto de los fenómenos externos, no es en el fondo más que un absoluto espiritualismo o dinamismo, la suposición de que toda sensación nos viene, como de causa, de otro espíritu, esto es, de otra conciencia. Y se da su doctrina en cierto modo la mano con las de Schopenhauer y Hartmann. La doctrina de la Voluntad del primero

de estos dos y la de lo Inconciente del otro, están ya en potencia en la doctrina berkeleyana, de que sér es ser percibido. A lo que hay que añadir: y hacer que otro perciba al que es. Y así el viejo adagio de que *operari sequitur esse*, el obrar se sigue al sér, hay que modificarlo diciendo que ser es obrar y sólo existe lo que obra, lo activo, y en cuanto obra.

Y por lo que a Schopenhauer hace, no es menester esforzarse en mostrar cómo la voluntad que pone como esencia de las cosas, procede de la conciencia. Y basta leer su libro sobre la voluntad en la Naturaleza, para ver cómo atribuía un cierto espíritu y hasta una cierta personalidad a las plantas mismas. Y esa su doctrina le llevó lógicamente al pesimismo, porque lo más propio y más íntimo de la voluntad es sufrir. La voluntad es una fuerza que se siente, esto es, que sufre. Y que goza, añadirá alguien. Pero es que no cabe poder gozar sin poder de sufrir, y la facultad del goce es la misma que la del dolor. El que no sufre tampoco goza, como no siente calor el que no siente frío.

Y es muy lógico también que Schopenhauer, el que de la doctrina voluntarista o de personalización de todo, sacó el pesimismo, sacara de ambas que el fundamento de la moral es la compasión. Sólo que su falta de sentido social e histórico, el no sentir a la humanidad como una persona también, aunque colectiva, su egoísmo, en fin, le impidió sentir a Dios, le impidió individualizar y personalizar la Voluntad total y colectiva: la Voluntad del Universo.

Compréndese, por otra parte, su aversión a las doctrinas evolucionistas o trasformistas puramente empíricas, y tal como alcanzó a ver expuestas por Lamark y Darwin, cuya teoría, juzgándola sólo por un extenso extracto del *Times*, calificó de «ramplón empirismo» (*platter Empirismus*), en una de sus cartas a Adán Luis von Doss (de 1.º Marzo 1860). Para un voluntarista como Schopenhauer, en efecto, en teoría tan sana y cautelosamente empíricas y racionales como la de Darwin, quedaba fuera de cuenta el íntimo resorte, el motivo

esencial de la evolución. Porque, ¿cuál es, en efecto, la fuerza oculta, el último agente del perpetuarse los organismos y pugnar por persistir y propagarse? La selección, la adaptación, la herencia, no son sino condiciones externas. A esa fuerza íntima, esencial, se le ha llamado voluntad, por suponer nosotros que sea en los demás seres lo que en nosotros mismos sentimos como sentimiento de voluntad, el impulso a serlo todo, a ser también los demás sin dejar de ser lo que somos. Y esa fuerza cabe decir que es lo divino en nosotros, que es Dios mismo, que en nosotros obra porque en nosotros sufre.

Y esa fuerza, esa aspiración a la conciencia, la simpatía nos hace descubrir en todo. Mueve y agita a los más menudos seres vivientes, mueve y agita acaso a las células mismas de nuestro propio organismo corporal, que es una federación más o menos unitaria de vivientes; mueve a los glóbulos mismos de nuestra sangre. De vidas se compone nuestra vida, de aspiraciones, acaso en el limbo de la subconciencia, nuestra aspiración vital. No es un sueño más absurdo que tantos sueños que pasan por teorías valederas el de creer que nuestras células, nuestros glóbulos, tengan algo así como una conciencia o base de ella rudimentaria, celular, globular. O que puedan llegar a tenerla. Y ya puestos en la vía de las fantasías, podemos fantasear el que estas células se comunicaran entre sí, y expresara alguna de ellas su creencia de que formaban parte de un organismo superior dotado de conciencia colectiva personal. Fantasía que se ha producido más de una vez en la historia del sentimiento humano, al suponer alguien, filósofo o poeta, que somos los hombres a modo de glóbulos de la sangre de un Sér Supremo, que tiene su conciencia colectiva personal, la conciencia del universo.

Tal vez la inmensa vía láctea que contemplamos durante las noches claras en el cielo, ese enorme anillo de que nuestro sistema planetario no es sino una molécula, es a su vez una célula del universo, Cuerpo de Dios. Las células todas de nuestro cuerpo conspiran y concurren con su actividad a mantener

y encender nuestra conciencia, nuestra alma; y si las conciencias o las almas de todas ellas entrasen enteramente en la nuestra, en la componente, si tuviese yo conciencia de todo lo que en mi organismo corporal pasa, sentiría pasar por mí al universo, y se borraría tal vez el doloroso sentimiento de mis límites. Y si todas las conciencias de todos los seres concurren por entero a la conciencia universal, ésta, es decir, Dios, es todo.

En nosotros nacen y mueren a cada instante oscuras conciencias, almas elementales, y este nacer y morir de ellas constituye nuestra vida. Y cuando mueren bruscamente, en choque, hacen nuestro dolor. Así en el seno de Dios nacen y mueren—¿mueren?—conciencias, constituyendo sus nacimientos y sus muertes su vida.

Si hay una Conciencia Universal y Suprema, yo soy una idea de ella, y ¿puede en ella apagarse del todo idea alguna? Después que yo haya muerto, Dios seguirá recordándome, y el ser yo por Dios recordado, el ser mi conciencia mantenida por la Conciencia Suprema, ¿no es acaso sér?

Y si alguien dijese que Dios ha hecho el universo, se le puede retrucar que también nuestra alma ha hecho nuestro cuerpo tanto más que ha sido por él hecha. Si es que hay alma.

Cuando la compasión, el amor nos revela al universo todo luchando por cobrar, conservar y acrecentar su conciencia, por concientizarse más y más cada vez, sintiendo el dolor de las discordancias que dentro de él se producen, la compasión nos revela la semejanza del universo todo con nosotros, que es humano, y nos hace descubrir en él a nuestro Padre, de cuya carne somos carne; el amor nos hace personalizar al todo de que formamos parte.

En el fondo, lo mismo da decir que Dios está produciendo eternamente las cosas, como que las cosas están produciendo eternamente a Dios. Y la creencia en un Dios personal y espiritual se basa en la creencia en nuestra propia personalidad y

espiritualidad. Porque nos sentimos conciencia, sentimos a Dios conciencia, es decir, persona, y porque anhelamos que nuestra conciencia pueda vivir y ser independientemente del cuerpo, creemos que la persona divina vive y es independientemente del universo, que es su estado de conciencia *ad extra*.

Claro es que vendrán los lógicos, y nos pondrán todas las evidentes dificultades racionales que de esto nacen; pero ya dijimos que, aunque bajo formas racionales, el contenido de todo esto no es, en rigor, racional. Toda concepción racional de Dios es en sí misma contradictoria. La fe en Dios nace del amor a Dios, creemos que existe por querer que exista, y nace acaso también del amor de Dios a nosotros. La razón no nos prueba que Dios exista, pero tampoco que no pueda existir.

Pero más adelante, más sobre esto de que la fe en Dios sea la personalización del universo.

Y recordando lo que en otro de estos ensayos dijimos, podemos decir que las cosas materiales, en cuanto conocidas, brotan al conocimiento desde el hombre, y del hombre brota el universo sensible o material en que las conglobamos, y las cosas ideales brotan del amor y del amor brota Dios, en quien esas cosas ideales conglobamos, como en Conciencia del Universo. Es la conciencia social, hija del amor, del instinto de perpetuación, la que nos lleva a socializarlo todo, a ver en todo sociedad, y nos muestra, por último, cuán de veras es una Sociedad infinita la Naturaleza toda. Y por lo que a mí hace, he sentido que la Naturaleza es sociedad cientos de veces al pasearme en un bosque y tener el sentimiento de solidaridad con las encinas, que de alguna oscura manera se daban sentido de mi presencia.

La fantasía, que es el sentido social, anima lo inanimado y lo antropomorfiza todo; todo lo humaniza, y aun lo humana. Y la labor del hombre es sobrenaturalizar a la Naturaleza, esto es: divinizarla humanizándola; hacerla humana, ayudarla a que se concientice, en fin. La razón, por su parte, mecaniza o materializa.

Y así como se dan unidos y fecundándose mutuamente el individuo—que es, en cierto modo, sociedad—y la sociedad—que es también un individuo—inseparables el uno del otro, y sin que nos quepa decir dónde empieza el uno para acabar el otro, siendo más bien aspectos de una misma esencia, así se dan en uno el espíritu, el elemento social que al relacionarnos con lo demás nos hace concientes, y la materia o elemento individual e individuante, y se dan en uno fecundándose mutuamente la razón, la inteligencia y la fantasía, y en uno se dan el Universo y Dios.



¿Es todo esto verdad? ¿Y qué es verdad?—preguntaré a mi vez como preguntó Pilato. Pero no para volverme a lavarme las manos sin esperar respuesta.

¿Está la verdad en la razón, o sobre la razón, o bajo la razón, o fuera de ella, de un modo cualquiera? ¿Es sólo verdadero lo racional? ¿No habrá realidad inasequible, por su naturaleza misma, a la razón, y acaso, por su misma naturaleza, opuesta a ella? ¿Y cómo conocer esa realidad si es que sólo por la razón conocemos?

Nuestro deseo de vivir, nuestra necesidad de vida quisiera que fuese verdadero lo que nos hace conservarnos y perpetuarnos, lo que mantiene al hombre y a la sociedad; que fuese verdadera agua el líquido que bebido apaga la sed y porque la apaga, y pan verdadero lo que nos quita el hambre porque nos la quita.

Los sentidos están al servicio del instinto de conservación, y cuanto nos satisfaga a esta necesidad de conservarnos, aun sin pasar por los sentidos, es a modo de una penetración íntima de la realidad en nosotros. ¿Es acaso menos real el proceso de asimilación del alimento que el proceso de conocimiento de la cosa alimenticia? Se dirá que comerse un pan no es lo mismo que verlo, tocarlo o gustarlo; que del uno modo entra en nuestro cuerpo, mas no por eso en nuestra conciencia. ¿Es verdad

PERTENECER A LA B
DEL

esto? ¿El pan que he hecho carne y sangre mía no entra más en mi conciencia de aquel otro al que viendo y tocando digo. ¡Esto es mío!? Y a ese pan así convertido en mi carne y sangre y hecho mío, ¿he de negarle la realidad objetiva cuando sólo lo toco?

Hay quien vive del aire sin conocerlo. Y así vivimos de Dios y en Dios acaso, en Dios espíritu y conciencia de la sociedad y del Universo todo, en cuanto éste también es sociedad.

Dios no es sentido sino en cuanto es vivido, y no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Él. (Mat. IV, 4. Deut. VIII, 3.)

Y esta personalización del todo, del Universo, a que nos lleva el amor, la compasión, es la de una persona que abarca y encierra en sí a las demás personas que la componen.

Es el único modo de dar al Universo finalidad dándole conciencia. Porque donde no hay conciencia no hay tampoco finalidad que supone un propósito. Y la fe en Dios no estriba, como veremos, sino en la necesidad vital de dar finalidad a la existencia, de hacer que responda a un propósito. No para comprender el *porqué*, sino para sentir y sustentar el *para qué* último, necesitamos a Dios; para dar sentido al Universo.

Y tampoco debe extrañar que se diga que esa conciencia del Universo esté compuesta e integrada por las conciencias de los seres que el Universo forman, por las conciencias de los seres todos, y sea, sin embargo, una conciencia personal distinta de las que la componen. Sólo así se comprende lo de que en Dios seamos, nos movamos y vivamos. Aquel gran visionario que fue Manuel Swedenborg, vió o entrevió esto cuando en su libro sobre el cielo y el infierno (*De Coelo et Inferno*, 52) nos dice que: «Una entera sociedad angélica aparece a las veces en forma de un solo ángel, como el Señor me ha permitido ver. Cuando el Señor mismo aparece en medio de los ángeles, no lo hace acompañado de una multitud, sino como un solo sér en forma angélica. De aquí que en la Pala-

bra se le llama al Señor un ángel, y que así es llamada una sociedad entera. Miguel, Gabriel y Rafael no son sino sociedades angélicas, así llamadas por las funciones que llenan.»

¿No es que acaso vivimos y amamos, esto es, sufrimos y compadecemos en esa Gran Persona envolvente a todos, las personas todas que sufrimos y compadecemos y los seres todos que luchan por personalizarse, por adquirir conciencia de su dolor y de su limitación? ¿Y no somos acaso ideas de esa Gran Conciencia total que al pensarnos existentes nos da la existencia? ¿No es nuestro existir ser por Dios percibidos y sentidos? Y más adelante nos dice este mismo visionario, a su manera imaginativa, que cada ángel, cada sociedad de ángeles y el cielo todo contemplado de consuno, se presentan en forma humana, y que por virtud de esta su humana forma, lo rige el Señor como a un solo hombre.

«Dios no piensa, crea; no existe, es eterno», escribió Kierkegaard (*Afslutende uvidenskabelige Efterskrift*); pero es acaso más exacto decir con Mazzini, el místico de la ciudad italiana, que «Dios es grande porque piensa obrando» (*Ai giovani d'Italia*), porque en Él pensar es crear y hace existir a aquello que piensa existente sólo con pensarlo, y es lo imposible lo impensable por Dios. ¿No se dice en la Escritura que Dios crea con su palabra, es decir, con su pensamiento, y que por éste, por su Verbo, se hizo cuanto existe? ¿Y olvida Dios lo que una vez hubo pensado? ¿No subsisten acaso en la Suprema Conciencia los pensamientos todos que por ella pasan una vez? En El, que es eterno, no se eterniza toda existencia?

Es tal nuestro anhelo de salvar a la conciencia, de dar finalidad personal y humana al Universo y a la existencia, que hasta en un supremo, dolorosísimo y desgarrador sacrificio llegaríamos a oír que se nos dijese que si nuestra conciencia se desvanece es para ir a enriquecer la Conciencia infinita y eterna, que nuestras almas sirven de alimento al Alma Universal. Enriquezco, sí, a Dios, porque antes de yo existir no

me pensaba como existente, porque soy uno más, uno más aunque sea entre infinitos, que como habiendo vivido y sufrido y amado realmente, quedo en su seno. Es el furioso anhelo de dar finalidad al Universo, de hacerle conciente y personal, lo que nos ha llevado a creer en Dios, a querer que haya Dios, a crear a Dios, en una palabra. ¡A crearle, sí! Lo que no debe escandalizar se diga ni al más piadoso teísta. Porque creer en Dios es en cierto modo crearle, aunque El nos cree antes. Es El quien en nosotros se crea de continuo a sí mismo.

Hemos creado a Dios para salvar al Universo de la nada, pues lo que no es conciencia y conciencia eterna, conciente de su eternidad y eternamente conciente, no es nada más que apariencia. Lo único de veras real es lo que siente, sufre, com-padece, ama y anhela, es la conciencia; lo único sustancial es la conciencia, Y necesitamos a Dios para salvar la conciencia; no para pensar la existencia, sino para vivirla; no para saber por qué y cómo es, sino para sentir para qué es. El amor es un contrasentido si no hay Dios.

Veamos ahora eso de Dios, lo del Dios lógico o Razón Suprema, y lo del Dios biótico o cordial, esto es, el Amor Supremo.

MIGUEL DE UNAMUNO

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE JUVENTUD

XVI

Un hombre galoneado llega a mi casa.

Cursando el segundo de Anatomía, respecto a sucesos escolares, poco hay que decir; adelantaba sin contratiempos.

El pobre de Aragonés hacía esfuerzos sobrehumanos; solía quejarse de dolores de cabeza, y podía advertirse alguna puerilidad en su conversación y como cierta ternura en su afecto hacia mí.

Cursábamos también Fisiología con Porto; leí el Magendie, cuyo era el texto, y bastó para formarme una idea general de las funciones. Además, Porto explicaba muy bien la asignatura, aunque hacía escasos experimentos en algunas ranas, y en un perro cierta vez, al tratar del jugo gástrico y la digestión estomacal.

Por aquel entonces fue nombrado Director de trabajos anatómicos D. Vicente Domínguez. Plaza de nueva creación, su nombramiento alteraba las prerrogativas del Claustro. Excepto D. José María López, nombrado de Real orden, la costum-

bre establecida era entrar por oposición, formando el tribunal todo el Claustro, y eligiendo el Claustro mismo al candidato, sin más que la posterior aprobación del Gobierno. Domínguez fue recibido cortés, pero fríamente, viéndose desligado de cierto oligarquismo que por tradición formaban los maestros. Tal espíritu ofrecía allí sus ventajas y sus inconvenientes: uno de ellos, la tendencia a la casta; los hijos de los catedráticos salían siempre victoriosos, y en su defecto, los cuñados, o los novios de las hijas de los catedráticos.

Los Gobiernos moderados establecieron el principio de la centralización absoluta, apoderándose de todas las atribuciones y de todos los nombramientos.

Era ministro Pacheco, diputado por Écija; la familia de Domínguez, los grandes electores del distrito.

D. Vicente, concluída la carrera, fué a París para perfeccionar sus estudios y doctorarse. Entrado en deseos de ser catedrático, Pacheco, para complacerle, discurrió crear una plaza de Director de trabajos anatómicos; disponiendo luego que dichos directores pasaran a ser catedráticos de Anatomía. Así quedaron elector y elegido satisfechos, a costa del presupuesto; viéndose aquí cómo una medida acertada y necesaria tuvo su origen, más que en un acto de buen Gobierno, en un acto de favoritismo.

Por ventura, el favorecido resultó muy digno del favor. Había estudiado la Anatomía en París con gran aprovechamiento, y trajo a la Escuela gaditana los últimos adelantos en la materia, sacándola de los moldes, ya un poco envejecidos, del barón Boyer.

Cuando le ví preparar, comprendí que lo hacía mejor que los Ayudantes disectores, y procuré imitarle; no así Pepe Dios ni Manuel Benjumeda, quienes tomaron a mala parte las innovaciones.

Ascendido D. Vicente a Catedrático, no le agradaba ninguna preparación, excepto las que yo hacía sin obligación y sólo por estudiar.

Así terminó el segundo curso, en la expectativa para mí de hacer oposición a la plaza de Ayudante disector que debía vacar por dar fin Manuel Benjumeda al último año de Medicina.

El cargo debía proveerse entre candidatos del tercero; el tribunal habían de formarlo los dos catedráticos de Descriptiva y el de Regiones y Anatomía patológica.

Nos disputábamos la plaza Imperial Iguino y yo; verdaderamente, la lucha era insensata.

Los puntos que calzaba mi contrincante los conoce el lector; pero, aunque así no fuese, sería el primer caso en que entrando en oposiciones un hijo de catedrático no saliera victorioso.

Como la necesidad fabrica ilusos, a despecho de todo, hacía yo cuanto se puede hacer para ganar la plaza.

«Debo ganarla (me decía): Iguino contestará a todo como si leyera el Boyer, pero yo daré con más seguridad idea de las cosas; Imperial ha disecado poco, yo he disecado mucho. Se trata de una plaza de Disector; y, cuando su preparación se presente al lado de la mía, nadie podrá desconocer la diferencia.»

El sueldo de la plaza no era ninguna gollería: seis duros al mes, una peseta diaria; pero una peseta ganada por mí, en las circunstancias en que me hallaba, valía como un tesoro. Una del empleo, otra de las labores, total dos pesetas y casa pagada. ¡Cuánta felicidad en lontananza! ¡Y con qué amargura venía a cortarla la realidad!—«Es imposible, no me la darán.»

Pensaba ir a Iguino y decirle:

«—Sé generoso con tu pobre amigo. Esta es mi situación. Tú no careces de nada; no te acuestas ninguna noche sabiendo que al día siguiente no tendrán tu madre y tus hermanos ni pan que llevarse a la boca, si la Providencia no hace un milagro.»

Mas, ¿para qué iba a descender a tales súplicas de mendigo? ¿No se traslucía la pobreza de mi situación? ¿Ignoraba na-

¿die que éramos la familia del desterrado, contando sólo con el día y la noche?

Por otra parte, si Imperial seguía siendo buen camarada, a pesar del disimulo de la buena educación, asomaba el resentimiento de las rivalidades. No estaba acostumbrado a llevar a nadie delante; y aunque sólo fuese el paralelo, lastimaba su amor propio.

Considerábame empeñado cual si luchase con las olas en un mar sin fin; y como en tales situaciones el espacio que la vista abarca toca y se confunde con el cielo, así mi ánimo afligida miraba al cielo, esperando de Dios y de su Santa Madre (que como criatura carnal se ve más cerca de nosotros) que me prestaran el auxilio divino, en el combate mío, abiertamente opuesto a la naturaleza de la condición humana.

El tiempo discurría con lentitud, alargado por mis ansias; pues no parece sino que se complace en ser fugaz para el dichoso, como prolijo y tardo para el desgraciado. El rezar me consolaba; tranquilizábame así una interior penumbra, mitad de fe ciega, mitad de vaga esperanza.

Llegó al fin el mes de Octubre del año 1845. Apareció en la tablilla de Secretaría la convocatoria para la oposición: Imperial la firmó, yo la firmé. Pasados quince días, constituyóse el tribunal y comenzaron los actos.

¿Cómo resultaron? Sólo sé que los de Imperial fueron buenos; los míos no lo sé. Con sinceridad: no lo recuerdo. Sólo puedo decir que recé como en la noche del último día que fui a la escuela del fraile. Sé también que los ejercicios de ambos opositores fueron aprobados y calificados de sobresalientes.

Salieron los jueces, y se dispersaron. Salió después D. Vicente Domínguez, y me acerqué a preguntarle, contestándome con emoción:

—Primer lugar Iguino, por tres votos contra uno a favor de usted; segundo lugar usted, por unanimidad.

¡Todo estaba perdido! Quedé resignado, y me consolé diciendo:

—Dios no me abandonará; la Virgen me abrirá otras puertas.

Dos días después, a eso de las ocho de la noche, un hombre con galones llegó a mi casa, portador de un *oficio*. Creí que fuese una equivocación; pero el sobre venía a mi nombre y tenía el sello del Jefe político. ¡El Jefe político! Sin duda habría averiguado que jugaba a las conspiraciones, y me impondría algunos azotes.

El hombre de los galones se fué; temí que mi pobre madre, al enterarse, acreciera su padecer; y guardé el *oficio*, para enterarme a solas. Haciendo el disimulado salí a la calle, y a la luz de la redoma de una botica leí lo siguiente:

«En virtud de la autoridad que me corresponde, y en vista de las propuestas hechas por el Tribunal de oposiciones a la plaza de Ayudante disector del Colegio de Medicina, he tenido a bien nombrar a usted para el ejercicio de dicho cargo con el haber de *mil cuatrocientos cuarenta* reales anuales.—Lo que participo a usted para su conocimiento y satisfacción.»

XVII

* Explicaciones.

Cosas pasan en la vida que no se pueden describir. Renuncio a pintar mi júbilo y el de mi madre. Seis pobres duros cada mes, adquiridos así, causaron tal impresión de felicidad como no he sentido otra semejante. ¡Ah, todo está compensado! Lo que para un dichoso es indiferente, suele constituir la mayor ventura de un infertunado.

Pero, ¿cómo había ocurrido aquello? ¿Qué tenía que ver con el Jefe político el Colegio de Medicina? ¿Sería una equivocación? ¡La duda me azoraba!

Salí en busca de D. Vicente Domínguez, y lo encontré en su casa. Estaba con rostro alegre, y me recibió diciéndome:

—Ya sé a qué viene usted; le doy la más cordial enhorabuena.

—¿Conque es cierto? ¿He sido nombrado?

—Sí, señor; es usted mi Ayudante.

—Pero, ¿cómo ha sido esto? Siempre ha hecho el Director el nombramiento, en nombre del Claustro, y ha recaído en el primer lugar de la propuesta; nunca el Jefe civil, ni otra Autoridad.

—Pues ahí está el *quid*, que va usted a saber muy pronto. La tarde misma en que se concluyeron los actos, al retirarme a casa encontré en ella una carta urgente del Jefe político, en la cual me decía que a la mayor brevedad hiciera el favor de ir a su despacho. Al llegar a Cádiz le había visitado en nombre de Pacheco, entregándole una carta de éste, donde le decía que me atendiera y considerara en todo como si fuese persona de su propia familia. El Jefe político me recibió con muchas atenciones; había tenido ya otra carta particular del ministro, en que le hablaba de mí. En vista de la urgencia de la cita acudí inmediatamente, y el Jefe me dijo: «—Disimule usted que le haya incomodado: En el correo de esta mañana he recibido una Real orden, la cual dispone que los Rectores de las Universidades no sean nombrados por el Claustro, sino por el Gobierno; y que en los Institutos y Colegios de estudios de carrera separados de Universidad ejerzan los Jefes políticos las funciones de Rector. Como esto es nuevo y algo extraño para mí, deseo consultarle respecto a cuáles son mis atribuciones en el Colegio de Medicina.» Leímos despacio la Real orden, y le especifiqué como pude cuáles eran las prerrogativas de los Rectores, pareciéndome que la Dirección del Colegio debería quedar convertida en Decanato y la Jefatura política en Rectorado como inmediato representante del Gobierno. Después que aclaramos estos puntos, me acordé de usted y le dije: «—A propósito, me alegro de este cambio. Va usted a empezar deshaciendo una injusticia. En el Colegio existe arraigada la costumbre de convertirlo en patrimonio familiar. Allí no entra

nadie como no sea hijo o sobrino de catedrático. A mí me miran de reojo, porque he sido nombrado fuera de la familia. Se acababan de hacer oposiciones a una plaza de Ayudante disector, y han puesto en primer lugar a un hijo del catedrático D. Imperial Iguino. Es muchacho instruído y listo, pero muy corto de vista y no sabe disecar. Mas, como tiene el padre alcalde, han postergado al otro opositor que disecciona bien y sabe mucha Anatomía. Sólo falta que se reúna el Claustro y se extienda el nombramiento. Pero, como ahora las cosas han variado, no es al Claustro ni al Decano, sino a usted, a quien compete el nombramiento, pudiendo deshacerse la parcialidad y nombrar al segundo, pues los actos de los dos fueron aprobados y con la misma calificación de sobresalientes.» Después que me hubo oído, hizo que le dejara nota del nombre de usted; y ya tiene explicado lo que ha sucedido.

En efecto, los moderados llevaban la centralización a paso de carga. Me aprovechó, gracias a múltiples y milagrosas coincidencias; sin su raro concurso no hubiera conseguido llegar a disector, ni por ende a operador afortunado.

La centralización por sí misma, sin las demás circunstancias, hubiérame sido muy nociva. Bastara la influencia de don Imperial para que cualquier cacique gaditano, hablando al Jefe político, hubiese conseguido para el hijo lo que D. Vicente Domínguez para mí.

XVIII

* Influencias del oficio.

Si el hombre labora, su labora labra en él. ¿Tira el marinero de la cuerda? Pues la cuerda tira de las manos del marinero, las encallece y agranda. Así todos los oficios, al igual sobre el cuerpo que sobre el alma,

El cargo de Disector produjo en mí profundas modificaciones. Los cadáveres ahuyentaron a las musas, y éstas ya no me soplaron una mala copla en lo sucesivo.

Trabajaba bastante. Pepe Dios y yo teníamos que preparar muchas lecciones: dos para los catedráticos de Anatomía descriptiva, una para el de Topográfica; las autopsias de las Clínicas; y además, cuidar y dirigir los trabajos de Anfiteatro en las clases prácticas. Necesitábamos también concurrir a las cátedras de nuestros cursos respectivos.

Pepe Dios terminó su carrera aquel mismo año, remplazándole un estudiante aplicado, pero poco ágil de manos. Con esto vino sobre mí el peso de toda la carga. Por otra parte, los profesores se daban al diantre si las lecciones que habían de explicar no estaban por mí preparadas; favor que les agradecía, pero que hubiera agobiado a otro de complexión menos robusta.

Ocupadas las horas del día con mis aulas y en las labores anatómicas, quedábanme libres parte de la tarde y la noche, tiempo que dedicaba a preparar las lecciones. Según la labor, unas veces comenzaba a las seis, otras a las ocho; concluyendo los trabajos por lo común a las diez, y en ocasiones a las dos o las cuatro de la madrugada.

Cinco años así, desmenuzando cadáveres y reflexionando a solas, produjeron los efectos que la maroma en las manos del marinero.

Cuando se llega a dominar cualquier labor, parece que ella se hace por sí misma. La atención queda libre, y el pensamiento se va por donde quiere. Pasa el tiempo de puntillas, sin dejarse sentir; y si el dolor en los lomos, de estar doblado tantas horas, no me avisase, llegara el alba dando la mano al crepúsculo vespertino.

Las cosas sencillas pueden hacerse por todo el mundo; mas es el caso que, por sencillas que sean, pueden hacerse mal, medianamente ó bien.

Cortar... ¿Quién no sabe cortar? Pues aseguro que cortar bien es una habilidad extraordinaria.

Mil personas robustas y forzudas tomen sables iguales y bien cortantes todos ellos. Propóngaseles que de un revés di-

vidan una barra de hierro de ocho centímetros de espesor, que se sostenga vertical en el suelo por su propio peso. Evidentemente, ninguno de los mil dividirá en dos el férreo cilindro, como no sepa dar al sable la velocidad y el movimiento preciso para obtener el efecto apetecido. No es la fuerza sola; es la resultante de fuerza, velocidad y dirección lo que ha de concurrir de un cierto modo no fácil de enseñar, sino reservado a la esfera de la aptitud intuitiva, amaestrada por la práctica.

Si una materia homogénea se corta bien de un modo, otra materia de varia estructura, aunque resulte siempre divisible, también por ende resulta muy difícil de dividirse bien, de ser bien dividida.

Cortar bien los tejidos humanos: véase tan sencilla empresa, y se notará cuán difícil. Así como hay literatos y poetas que tienen una letra y una ortografía sumamente malas, así he conocido yo operadores celebrados con justicia, que operan bien, pero que cortan mal.

Dígolo para llamar la atención sobre minucias que pasan inadvertidas por su propia pequeñez para el arte pedagógico, y que, sin embargo, dan la clave de cosas mayores.

Obligado a trabajar con malos instrumentos, deteriorados por el mucho uso, eso mismo imponía buscar mañas con qué vencer las dificultades.

Escaseces de luz educaron el tacto, dando cada tejido al filo del bisturí una sensación distinta; sin necesidad de los ojos llegué (cual si viese) a sentir y conocer con segura evidencia la parte sobre qué obrara, y por ella saber todas las inmediatas o mediatas. Esto y mucho más, que por evitar prolijidades no refiero, ocurrió en lo que atañe a mis sentidos.

Por lo que toca al espíritu, desarrolló más la atención, la observación y el juicio propio. Trocáronse mis idealidades poéticas juveniles en imaginaciones discursivas pseudofilosofantes.

Quedaron reprimidos mis naturales ímpetus; pero, si me-

nos frecuentes, más atropellados, una vez que estallan, y más violentos.

Perdí el apetito de comer, así como el de movimiento. La interior tristeza de antes, extendió su mancha en fondo de una igual melancolía semejante al sentimiento que engendra el mar un día lluvioso del invierno.

XIX

* Un herido en la lucha.

Como ya se habrá conocido, D. Antonio Aragonés era todo un carácter; un carácter digno de estudio y de gran estimación. He contado su historia, el lector la sabe: de simple mozo de tahona, a obrero en una fábrica de fideos; de obrero a maestro, de maestro a copartícipe, de copartícipe a fabricante, exportador y rico. Esto, conseguido a la edad de treinta años o poco más, demuestra grandes dotes de honradez, razón clara, voluntad firme y constante, persistencia en todo ello; de cuyos factores se integra su verdadero tipo, simpático en alto grado y digno de alabanza sin tasa.

Sabe el lector que, al verse rico, entró en deseos de sentirse ilustrado; cosa que su educación y labores no le habían permitido. En vez de buscar esa ilustración en la lectura y en el trato de personas sabias, fué a buscarla en los claustros de las enseñanzas oficiales. Su edad y su amor propio le impusieron la obligación de ir a la par con los mejores estudiantes.

Pero su cuerpo robusto y sus brazos membrudos, así como su cerebro en plena sazón, ya no permitían nuevos crecimientos. Atiborróse, pues, los sesos con la Física y el primer año de Medicina; llegó el segundo, y «mete que aprieta», las noches en claro a la luz del quinqué, algo debió de lastimársele por dentro. Ya advertí que su carácter mostraba alguna variación, algo como infantil, cierta tendencia a emocionarse y humedecérsele los ojos.

Al tercer año estalló. Un día, en clase, cayó al suelo sin sentido. Fuimos a él los compañeros, y D. Manuel Porto, que nos estaba explicando Patología general, gritó:

—¡Una aplopejía! ¡Sangradlo al momento!

Salí como el rayo, regresé con lanceta y cinta, y sangré a Aragonés del brazo.

Bajó el amoratamiento de la cara, pero no volvía en sí. Como pudimos, en una camilla del Hospital, lo transportamos a su casa.

La hemorragia cerebral debió de ser muy extensa. Repetí las sangrías varias veces por mandato de Porto, y otras tantas de iniciativa mía; pues, al ver en ocasiones violársele la cara, estertoroso y como si toda la sangre se le subiese a la cabeza, me pareció que se iba a morir y que yo dilataba su postrer momento volviendo a sangrarle. Sea lo que quiera, a los ocho días comenzó a abrir los ojos, más tarde a balbucear; al fin lo levantamos del lecho, con la boca horriblemente torcida, afásico y hemipléjico del lado derecho.

Así se hizo llevar, arrastras de un criado, para examinarse del tercero; y así volvió el cuarto año a clase, con puntualidad.

No podía estudiar, pero lo intentaba. Encomendé a su mujer que le quitase todo libro; Aragonés rabiaba, exasperándose, furioso. Ejercía yo bastante influjo en su voluntad; y, no obstante, me era difícil vencer su obstinación.

Aunque menores, le repitieron los ataques. Examinóse del cuarto año y se matriculó en el quinto; pero, antes de abrirse el curso, sucumbió Aragonés, y yo le cerré los ojos.

No sólo es el militar, no sólo es el obrero quien sucumbe a los rigores de su oficio. Lo que pasa es que las heridas debajo del pellejo no se ven, no escandalizan.

XX

* Nuevas relaciones.

Como todo no puede contarse al mismo tiempo, volveremos atrás: próximamente, a los días en que D. Pedro O'Cruley yacía en su escondite.

Al pasar a cosa de la una por la plaza de San Juan de Dios, vi un grupo de gente mal pergeñada, y que me pareció de patriotas. Llenaba los portales del Ayuntamiento, y me agregué, como quien dice: «¡Aquí viene otro!» No me equivoqué; pero no estaban en ademán hostil, sino como unidos por un interés común.

Hacía de cabeza un hombre chiquitín, de barba negra muy cerrada, desenvuelto de movimientos, desastrado y sucio en el vestir. Por su pelaje se colegía que no era menestral ni obrero, sino de la clase de los pobres de levita. Por la suya no hubieran dado una peseta en el Boquete; ni aun dando él además, de propina, los pantalones y el sombrero, según estaba todo de roto, sucio y deshilachado.

Lo que más hirió mi atención fue que aquel hombre mostraba una altivez y una energía cual si fuese un general con mando en jefe y vestido de gala. ¡Cosa extraña para mí, que cuando llevaba zurcidos los calzones iba avergonzado! .

Esta circunstancia hizome simpático el sujeto. Me parecía un espíritu fuerte, con cierta estima de sí mismo, y dándosele tres higas de su ropa.

Me acerqué al grupo. En los sentimientos políticos hay mucho que estudiar; tienen cierta cosa que unifica rápidamente lo más heterogéneo, el sabio con el ignorante, el tonto con el discreto, el culto y bien educado con el zafio y grosero, el pillo con el hombre de bien.

A poco de haber cabeceado por entre la gente, me enteré de lo que pasaba. Veíase en juicio la denuncia de *El Nacional*.

Iba de defensor el chiquitillo mal afeitado de la barba negra. Echaba pestes por la boca; y en aquellas circunstancias, bien se daba a entender que con tanto cuidado le tenía ir a la cárcel como el que se le daba de su pelaje.

Su valor me hizo más gracia; me puse frente a él en la primera fila, y le hice coro como aquel que dice: «¡Después que tú, entro yo!» Algo hubo de encontrar en mí, pues nos cogimos del brazo y echamos a pasear juntos, rompiendo el corro, yo escuchándole, él dando voces y manotadas al aire. A poco, desde la puerta del Ayuntamiento, gritó un portero:

—¡Denuncia de *El Nacional!*—y todos nos precipitamos al zaguán, subiendo la escalera.

En la galería alta se hallaba constituido el Juzgado en audiencia pública. El fiscal leyó el artículo denunciado, y dijo lo que le pareció. Tratábase de injurias, por decir lo impreso que el Ayuntamiento estaba formado contra ley, por nombramiento de la Corona, y que era un intruso.

—Tiene la palabra el autor del artículo denunciado.

—Presente—contestó mi hombre.

—¿Cómo se llama usted?

—D. Francisco Sánchez del Arco.

—¿Reconoce usted por suyo el artículo denunciado?

—Sí, señor, que lo reconozco.

—¿A quién ha nombrado usted por defensor?

—Yo no necesito defensor; yo vengo a defender mi artículo.

—Tiene usted la palabra.

—El artículo denunciado sólo dice la verdad. La Ley está sobre todo. El Gobierno arbitrario que manda contra Ley no debe ser obedecido, sino denunciado y llevado a la barra...

—Al orden, Sr. Sánchez del Arco.

—Lea V. S. la Ley, y vea lo que dispone: que los Ayuntamientos sean hijos de la elección y no del capricho de una real orden. Pido que se lea la Ley. Si el Presidente no la lee, yo la leeré; la traigo en el bolsillo.

—No es necesario.

—Pues, si no es necesario, el Tribunal la conocerá y absolverá el artículo; porque de otro modo, sería el tribunal de Poncio Pilatos. (*Aplausos.*)

—Al orden...

—Sí, señor, de Poncio Pilatos. (*Aplausos.*)

—La guardia arrojará del local a quienes perturben el orden. Y usted hable con el respeto debido.

—He dicho que la Ley está clara, y no admite interpretaciones. Y el Ayuntamiento nombrado contra Ley es intruso. (*Aplausos.*)

—Al orden...

—¡Sí, intruso, intruso!—gritó, desgañitándose. (*Aplausos.*)

—¡Al orden, al orden!

No se oía. El Presidente púsose el sombrero; los municipales cogieron a Sánchez del Arco por la solapa y lo echaron a empellones del Ayuntamiento, así como a los espectadores.

Cuando nos vimos en la plaza, Sánchez del Arco llevaba una solapa cual un gallardete guindando, y más abollado el sombrero. Todavía al quedar solos esperaba verle desahogar el pecho. ¡Cuál sería mi asombro al oírle prorrumpir en nasales carcajadas!

—¡Ga, ga, ga! ¿No han denunciado el artículo porque les decía intrusos? ¡Ga, ga, ga! Pues, les he dicho *intrusos* en sus barbas.

—No está mal, pero me parece que el Juez le va a encausar por desacato.

—¡Ga, ga, ga! ¿Qué importa? En la causa tendré el gusto de ponerlo como un trapo.

—¿De modo que a usted le da lo mismo por lo va que por lo que viene?

—No, señor; me gustan las peripecias. Nada hace reír tanto como lo último que me pasó en Conil. Estaba de Secretario del Ayuntamiento. Había traído de cabeza a los *cangrejos* de allí, que eran los principales de la población. Pronunciada contra

Espartero toda España, y estando Concha en Cádiz, ya no pude aguantar más. Se echaron gritando a la calle, pidiendo mi cabeza. El cura, con sus manteos, capitaneaba el motín. ¡Ga, ga, ga! Yo estaba encerrado en el Ayuntamiento. El cura gritaba golpeando la puerta, y muchos brutos con las escopetas estaban impacientes por fusilarme. ¡Ga, ga, ga! Yo, viéndome perdido, abro de repente, me meto entre el cura y sus hopalandas, lo agarro, me enredo con él... y entre si caemos o no caemos, ¡ga, ga, ga!, alcanzo la puerta de la iglesia; ya en el porche, lo dejo caer al suelo, donde dió un bravo batacazo, ¡gaga, ga!; métome en la iglesia, salgo por el postigo y me oculto en la casa de un progresista poco visible, que había al revolver de la esquina. Aquella misma noche salí de Conil, ¡ga, ga, ga!, y dejé al cura lleno de bizmas, ¡ga, ga, ga!

Como Sánchez del Arco llegó a ser una persona distinguida, y como fuese quizá quien más estimulara mi curiosidad en el estudio de los caracteres y las gentes, tendré más de una ocasión que hablar de él en lo referente a la instrucción y efectos educativos que su trato y amistad en mí produjeron.

XXI

* Los habitantes de la Luna.

Para averiguar los orígenes del Nilo, sabe Dios cuántas expediciones se llevan hechas; cuántos esfuerzos, cuántas vidas y cuánto dinero perdidos.

Si no temiese ir contra la corriente de la curiosidad, diría que importa más conocer el origen de otras cosas. Por ejemplo: el origen del nacimiento de la democracia en España; de la democracia que constituye el estado actual, que a todo informa, cuyo advenimiento vi llegar y a cuyo triunfo asistí con regocijo.

Dejando aparte referencias eruditas, doctrinas esparcidas

acá y allá, y hasta en libros especiales, la democracia apareció en España, antes que por idea, por un sentir natural o interior sentimiento.

Nada más apropiado para dar cuenta de él que relatar sencillamente cómo fue apareciendo en mí, y de qué modo fue enseñoreándose de mi voluntad.

Pero, dejemos para luego la exposición directa; sigamos reseñando los puntos que grado a grado van iniciando las cristalizaciones del espíritu.

Relaciones en la buena sociedad, las tenía; pero, voluntariamente, las corté al verme sorprendido por la pobreza. ¿Era orgullo o vanidad? Creo que no. Hemos caminado mucho, sin advertirlo. Hoy, una señora bien educada puede presentarse con un traje de percal francés limpio en cualquiera parte. Entonces y más atrás, era preciso ir lo que llamaban *decente*; no se concebía la decencia vestida con telas humildes.

Antes, y todavía hoy, siendo difícilísimo el problema de la subsistencia, el que caía y cae de su lugar económico, no queda agarrado a un escalón más o menos inferior; baja hasta lo profundo, a la ruina, y gracias si hace pie en la pobreza y no se hunde en la miseria degradante. Por eso, las personas de la clase del derribado huyen de él. Suponen (y no se equivocan) que la amistad les obliga a favorecerle; y como presienten que ya no ha de levantarse jamás y que los favores han de ser imposibles por cotidianos, se desvían cuanto antes del individuo que les causa agobio.

No sucedería esto si el trabajo resultase más honroso en el concepto social e individual, si la educación adaptara a las personas para el trabajo más que para los relatos de memoria; y si el trabajo acumulado en forma de riqueza, estimulando a lograrla por medio de él, facilitase al mismo tiempo el desarrollo de las artes útiles, del comercio y de la industria.

Pero, ¡vaya usted a encontrar nada de esto, principalmente entonces! ¡Vaya usted a encontrar trabajo para un señorito, como no sea de escribiente!

E. M.—Junio 1912.

Consecuencia de ello: que abandoné mis relaciones antiguas antes de que me dieran de lado, y tomé otras nuevas conforme iban saliendo naturalmente.

Las mejores venían del Colegio y de la esgrima; otras, de la calle, cual la de Sánchez del Arco; y otras, de una cierta aplicación que yo había hecho de la Anatomía al Mundo, expresada en este lema:

Para conocer el cuerpo humano, andar por él; para conocer el mundo y el espíritu humano, correr por ellos.

La aplicación de tal principio me divertía. Pocos sacan placer con la presencia de un ciego típico, de un sordo, de un vanidoso; yo comencé a mirarlos como a los cuadros que distraen y agradan; si hubiera sido pintor, habría obtenido bastante provecho.

Triste de ánimo, prefería los cuadros de fondo triste, con figuras irónicas, inconscientemente graciosas. Así fui llevado al conocimiento de la familia de los Baturoni.

El apellido éste suele oírse en Cádiz y poblaciones vecinas. Debe de proceder de algún tronco italiano; quizá de algún genovés emigrado a Andalucía. He conocido de tal nombre a algunos músicos. El Baturoni, jefe de la familia que voy a diseñar, debió de morir bastante tiempo atrás, porque la madre ofrecía caracteres de viuda crónica.

Ella, sus dos hijas y un hijo pueden retratarse con la misma línea: múdese tan sólo la edad (vieja una, jóvenes los otros); y con decir que eran altos, desgarbados, morenos verduzcos y de larga nariz, quedan hechos el contorno y la mancha, en particular y de la colectividad.

Mayor variedad había en los caracteres; madre e hijo, de pocas palabras; hijas y otro hijo que ahora saltará, decidores y parlanchines. Saltar y agitarse era su característica.

Era el mayor mediano de cuerpo, color claro y treinta años de edad; con veinticinco, le seguía una hermana; un año menos tendría la otra, y en los veintidós frisaría el hermano silencioso.

¿De qué vivían? Pues, las niñas cosían guantes o ribeteaban zapatos, sentadas a la luz de la reja, con lo cual veían y, además, quedaban como diciendo: «Este cuarto está vacío.»

La madre no hacía más que silencio; ¡ni aire!; sentada, parecía de barro.

El hijo mayor tocaba la guitarra, cantaba y se jaleaba, todo al mismo tiempo; en esa labor permanecía desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche. Madre e hijo menor oíanle en silencio; las ventaneras le oían cosiendo y cuchicheando.

Si algún conocido entraba en la casa, animábase la escena; complacía al artista tener público.

Cualquier recién llegado, a la primera ojeada se daba cuenta del escenario: una sala larga, una alcoba corta, más una cocina inútil (sin lumbre).

Mobiliario: en la sala seis silleteras, una mesilla de pino y encima un veloncito sin mecha; en la alcoba, un rebujo de colchones; en la cocina, cuatro platos, una alcuza, dos botellas de vidrio, una maquinilla de alcohol, una tinaja, un jarro de hojalata.

¡Y a aquella gente, que le picaran moscas! ¿De qué vivían?

Si lo digo a personas que no sean de mi tierra, pasará por exagerado y quizá por embustero. A los que han visto por sus propios ojos, cómo viven y cómo pueden vivir las gentes pobres en Andalucía, ya no les pareceré ni lo uno ni lo otro.

Cada vez que leo los últimos estudios fisiológicos relativos a la alimentación, la transformación de las fuerzas, las relaciones entre el alimento, las calorías y el trabajo... me echo a reír. Todo eso será muy verdad en los climas fríos; en Andalucía y mucha parte de España, no es verdad. Donde no se necesita el fuego, las calorías guardan otra relación con el trabajo. De sol a sol, se siega con un poco de gazpacho por todo alimento. Si come carne el trabajador, enferma irremisiblemente, *toma una borrega* (así llaman a una fiebre gástrica que degenera en tífica).

Nuestro pigmento, que pinta la piel, hace funciones cuales las de la clorofila vegetal. Esta fija en las plantas el carbono y se apropia el sol. Nuestro pigmento fija el ázoe, y cierra o abre paso a la luz y al calor, según lo necesita el organismo.

Cuando el pigmento es excesivo, para cerrar la entrada a la luz y dársela al calor solar, cual sucede en las razas negras; desde el instante en que se ponen a la sombra, sienten frío. Por eso, ved cómo el negro, en pleno verano, al medio día, cuando entra en su choza, enciende lumbre y se acuesta junto a las ascuas.

Podría probar todo lo dicho de la manera más rigurosa, si tuviera paciencia; no la tengo, ni ya quiero tenerla, ni me importa. En este punto, la ciencia está en error; lo dicho dicho, y ya vendrá el tiempo a darme razón.

¿Que cómo vivían? Pues, como voy a decir ahora.

Por la mañana, una taza de te migado con un bollo de pan por barba; por la noche, seis u ocho cuartos de pescado frito (para todos), con un bollo (para cada uno).

Pero, poquito a poco. El sempiterno cantador y guitarrista aportaba también alguna cosa. No había baile de candil, bateo, fiesta o casamiento a que no concurriera, fuese o no fuese convidado. Iba por amor al arte, sin interés alguno ni miras egoístas. Jamás le ofendieron en su dignidad ofreciéndole paga. No hay más sino que el hermano le llevaba la guitarra. Si había refresco, ¡bueno!, se enjuagaban la boca; si había terrones de azúcar, ¡mejor!, algunos al bolsillo; si bateo y dulces, ¡mejor que mejor!; eran golosos y guardaban lo que podían; si bodas o funciones succulentas, ¡aquello sí que era de ver, cómo llenaban ventrículo y bolsillos! Cuanto no deglutían ambos hermanos, repartíase luego en casa como pan bendito. Y aquí paz y después gloria.

Dos cosas sacaban de quicio a las hermanas Baturoni: que las vecinas tuviesen novio, y nunca ellas; que los vecinos fuesen a la plaza de abastos.

Las casas gaditanas ofrecen disposición distinta que las de

Madrid. En la corte pueden vivir pared por medio los vecinos, sin verse ni conocerse en veinte años. Las casas de Cádiz tienen un patio común, cercado de puertas y ventanas, por donde cada vecino se entera hasta de la respiración de los demás.

Intrigadas estaban las ribeteadoras guanteras con lo que ocurría en el otro cuarto bajo.

—Pues ¿no ves? ¡También hoy vienen de la plaza!

—¿Dónde escarbarán *los habitantes de la luna*?

—¿Habrá pillado al padre algún empleo?

—No digas disparates, mujer. ¡Si no sale de casa en todo el día!

—Pues milagros no se hacen. ¡Como no haya sido algún tesoro!

—¡Aquí hay misterio! Las chiquillas son pequeñas; fea la madre.

—Y en la casa no entra nadie.

Semejante conversación se repetía tres o cuatro veces diariamente: cuando iba o venía con el canasto el vecino o la vecina, cuando veían lumbre en el anafe, cuando olían el tufillo del puchero.

—¡Aquí hay misterio! *Los habitantes de la luna* tienen menos que nosotros. Nosotros, si nos faltan guantes, echamos mano a los zapatos; y, entre tú y yo, de tres y medio a cuatro y medio reales nos ganamos diariamente. Los vecinos, hasta hace poco, vivían peor que nosotros: debían seis meses de casa, y andaban para echarlos. Desde que al padre le quitaron el empleo, no gana un cuarto; ¡y todos los días van a la plaza! Conque, ¿me quieres tú decir qué es esto?

La taravilla no se limitaba a moverse entre una hermana y otra. Proponían la cuestión a su madre, a sus hermanos y a cuanto bicho viviente pisaba aquella casa.

En fin, entre reventar o interpelar al mismo vecino, optaron por lo último.

Una mañana, al llegar de la plaza, salieron al patio para

abrirle solícitamente el portón, y, apenas cumplieron con los «buenos días», agregaron:

—Hola, vecinito, ¿viene usted de la plaza? Parece que su posición ha variado. No sabe usted cuánto nos alegramos todos los de nuestra familia. ¡Que sea enhorabuena!

—Gracias, gracias—respondió el vecino.—También yo deseo que mejore la de ustedes. ¿Cómo está mamá?

—Regular; éntre usted en casa, éntre usted, que tendrá mucho placer en verle.

El buen hombre entró, para hacer sus cumplimientos.

—Y, díganos usted, ¿cómo ha sido eso? ¿Le han vuelto el empleo?

—Nada de eso, ¡ni por pienso! La misma necesidad, ¡la misma necesidad! que aguza el ingenio.

—¡Es curioso, es curioso! Siempre nos pareció usted un hombre listo. ¡Así lo fueran nuestros hermanos, que otro gallo nos cantara! Diga usted, diga usted.

—La cosa es bien sencilla: una ocurrencia que me vino al caletre cuando me hallaba a punto de tirarme por la muralla. Verán ustedes.

Y mi hombre, con la mayor naturalidad y casi con fruición, comenzó su relato.

Llamábanle las vecinas a él y a su familia *los habitantes de la luna*, por haber sido comandante de municipales. Qué tengan que ver esos humildes servidores del Municipio con la luna y sus habitantes, es cosa de localidad y de época, que, si no la explico, nadie la podrá hoy comprender.

Pocos años antes del tiempo a que me refiero, no existían ni se conocían los municipales, al menos en la ciudad gaditana.

Para el servicio del Ayuntamiento estaban los alguaciles y una escasa fuerza de bribones, que se llamaba la partida de Fulano o de Mengano (de Faleti, de Raimundo, etc.), según fuese el nombre de quien la mandaba.

Los hombres de *la partida* eran, por lo general, de rompe y rasga: presidiarios cumplidos, perdonavidas, matasietes y

otras gentes maleantes, más o menos arrepentidas y sujetas a la Autoridad municipal.

Vestían a lo jaque y guapetón, con el correspondiente cañés, chaquetón con vivos, calzón corto, etc., y usaban espaldón de caballería y retaco, por si fuere menester.

Llegaron tiempos más humanos (¡aquellos eran divinos!), y el Ayuntamiento ideó una fuerza que resultara más urbana, con cierta organización militar, sustituyendo a la guapeza.

Por querer imitar a los *policemen* ingleses, les encajó unos levitones hasta los tobillos; y en vez de casco, un fementido morrión tubular, estrecho por la copa y con una visera excesivamente oblicua, que los dejaba burriciegos.

Con esta facha se aparecieron de repente al público cuando menos se esperaba, y a las gentes de por allá se les ocurrió que habían caído de la luna. Llamáronlos, por consiguiente, así, *los habitantes de la luna*; y tal nombre les quedó, aun variados después los uniformes. Por eso era frecuente oír cantar ¡y con mucha gracia! a las mujeres:

La pulisia
tiene fortuna,
tiene habitantes
¡ay, sunsurito!
tiene habitantes,
como la luna.

El hombre que se permitía el lujo de ir a la plaza de abastos (lujo irritante para las de Baturoni, porque ellas no iban ni podían ir), había sido comandante de municipales. Al venir un Ayuntamiento moderado, la primera medida fue echar a la calle hasta el último portero, alguacil, escribiente y municipal. Y nuestro pobre hombre, no pudiendo volver al satélite de donde había caído, en este planeta se quedó ¡pegado a la pared!

«—Pues, verán ustedes—prosiguió.—Cuando yo era comandante de municipales y andaba por esas calles a deshoras de la noche, vigilando siempre, alguna vez tropecé con el con-

trabando que salía por los *husillos*. Ya se ve, uno solo, la gente dispuesta a todo por los intereses (¿qué quieren ustedes?), hacía la vista gorda, y ¡a vivir! Se acercaba un hombre, me saludaba con respeto y me alargaba un onza.

»Cuando me vi cesante y se acabaron todos los recursos, ¡a morir! Me metí en mi casa *aburrío*, y ¡a comernos por dentro!

»Ya estábamos en las guías, todos (ustedes lo saben) como unos esqueletos, cuando la misma hambre me dijo: *Vete a los husillos*.

»¡Y está claro! Salgo a las dos o dos y media, voy donde yo me sé; y ya por aquí, ya por allí, paseo como el que no quiere la cosa. Algún conocido de antiguo me saluda; y sus cuatro durillos, sus dos durillos, su durillo, caen; más o menos, no hay quien me los quite.»

—Vaya, vaya, ¡qué talento el de usted! Eso se llama un hombre.

—¡Si nosotras tuviéramos un hombre! ¿De qué nos sirven los zánganos de nuestros dos hermanos?

Descifrado el enigma, pasó de boca en boca todo el círculo de relaciones; así puedo hacer ésta con toda exactitud.

Además, desde aquel punto no cesaron las hermanas de instigar y soliviantar a los hermanos para que imitasen la estratagema del habitante de la luna. Llegaban hasta a insultarles. Entablaban coloquios dignos de alquilar balcones.

—¡Calla esa maldita guitarra y no cantes más, que pareces un grillo y ya nos tienes aburridas con tus coplas! Más valiera que supieses hacer zapatos; que nosotras, con ser mujeres, tenemos que manteneros ribeteándolos.

—¡No seas desvergonzada, deshollinador despalmado! ¿Puedes decir? Con mi guitarra he traído yo en los bolsillos más bollos, más aceitunas y más lonjas de jamón que caben en esta sala. Eso díselo a este zanguango de tu hermano, que no cabe por esa puerta, y no sirve más que para llevarme la guitarra.

Sería el cuento de nunca acabar. Por fin, quieras o no quieras, echaron al zangón a la calle, a las altas horas de la madrugada.

No sabía otra cosa sino que por las bocas de los *husillos* andaba el ajo, pero no por cuál o cuáles iba. Anduvo inútilmente, y se volvió mohino y cabizbajo de vacío.

—¡Torpe, bruto! ¡Si tuviéramos nosotras los calzones!

Y vuelta a empujarlo otra vez y cincuenta.

Al cabo, una noche, en un *husillo* del barrio de San Carlos, topó con un fregado y se hizo el remolón para dar tiempo. La cosa seguía y nadie se acercaba a untarle la mano.

Él siguió a paso de tortuga, silbando y mirando a los balcones. No salía de la plazoleta, y uno de los hombres le gritó:

—¡Eh, D. Lesmes! ¿Se le ha *perdido* a usted algo?

Paróse y dijo:

—No, señor.

—Pues, entonces, ¡largo, a su avío!

—Yo voy por la calle, y la calle es del Rey.

—Pues, si es del Rey, ahora lo verá.

Y con la palanqueta de levantar la losa del *husillo* se fué al pobre, asentándole un golpe que lo tendió en el suelo.

—¡Me han matado!

—Si vuelve usted a gritar, lo tiramos de cabeza al *husillo*.

Llegó a su casa.

—¿Traes algo?

—¡Sí!... ¡Dos costillas rotas!...

XXII

* Demócrata ya.

Y así era la verdad. Cuarenta días estuvo sobre un colchón, ¡y gracias!

Mi pobreza orgullosa, la indiferente y a gala de Sánchez del Arco, la crónica, sistemática y misérrima de los Baturoni, me dieron mucho que pensar.

No veía extraño que existieran desigualdades de fortuna; pero no encontraba razonables las distinciones por la mera posesión de las riquezas. Barrero, enriquecido y orgulloso, me parecía repugnante; menos digno de pública estimación que cualquier pobre sencillo, que no molesta a nadie, que trabaja por atender a su familia y mejorar su estado a ser posible.

Que por el dinero y no por la cualidad de persona humana se tuviera derecho de votar y tomar parte en el Gobierno, lo juzgué injusto. Que quien carece de riqueza sirva a la patria de soldado y quien la posea se halle exento de ese deber, lo tengo por una desigualdad inicua. Que por tener bienes pudiera exponer su pensamiento por escrito, y no pudiera hacerlo quien de ellos careciese, diputábalo por privilegio irritante. Que la comisión de un delito cual el contrabando llevara a presidio al pobre, dejando al rico impune y más enriquecido, era para mí una infamia.

Nada de esto pensaban por entonces los progresistas; hasta la Revolución del 68 no aceptaron los principios de igualdad política y civil; y eso solamente una fracción, como transacción circunstancial y aun así... a regañadientes.

XXIII

* D. José Gardoqui y D. José Gabarrón.

Juntos van los retratos de estos dos maestros míos. De ninguna manera mejor podrá conocerse el estado de la enseñanza en el Colegio de Cádiz por aquellos tiempos, que por la semblanza de sus profesores.

D. José Gardoqui tendría a la sazón cuarenta años. Era alto, proporcionado de carnes; cara seria y de expresión escasa; habla torpe, voz desagradable. Exactísimo en cátedra, desapasionado en sus juicios, justo rayando en severo.

Matemático muy notable y profesor de esa ciencia en San

Felipe Neri. Físico más que D. José María López, a pesar de que éste lo era «más que Dios». Químico y naturalista al par de los mejores.

Desposeído de toda imaginación y brillantez, no parecía andaluz, ni siquiera español. Aparte de no tener ningún dejo extranjero, cualquiera diría que era una inteligencia mitad inglesa y mitad alemana.

No cuidaba de lucirse, ni en cátedra ni en sociedad. Cifrabas sus afanes en cumplir bien y exactamente sus deberes; así, resultaba un maestro modelo.

Nunca se impacientaba con las torpezas de los estudiantes, sí con la desaplicación.

Murió antes de que yo concluyese la carrera. El Profesorado español perdió uno de los mejores maestros que he conocido en España. Me complace hacerle justicia.

Más opuesto carácter e inteligencia no podría encontrarse ni con candil, como en la persona de D. José Gabarrón, catedrático de afectos externos.

Alto también y regularmente proporcionado, moreno, gran nariz; ojos más grandes, negros y salientes; labios gruesos, péndulo el inferior; lengua gorda, que daba a su voz timbre opaco. No obstante, natural y fácil; expresaba con tal encanto el pensamiento y con gracia tal, que íbamos a su clase cual si fuéramos a una función amena.

Inexacto siempre en la hora, faltaba muchos días; circunstancia suficiente para desorganizar la asistencia de los alumnos con cualquier otro profesor, pero no con él: todos le esperábamos tres cuartos de hora, y hasta perder la esperanza de que viniese.

En concepto de todos, D. José Gabarrón era la mayor inteligencia de aquel Claustro; más digo, de toda la Andalucía: Talento como el suyo puede que se vea otro; superior, me parece difícil.

Poseía suma ilustración: perfecto latino, perito en griego,

instruído en humanidades; de todo sabía, y si algo no supiese lo adivinaba como por natural revelación. Lejos de sentirse envanecido por tantas dotes, casi se tenía por cualquiera cosa; y no por afectación de modestia, sino porque daba poco valor a lo que sabía.

Para con los estudiantes era otro estudiante, el primero entre los bromistas y los... calaveras.

Carecía de orden; desconocía toda autoridad, la suya la primera. Hacía imposibles para que no le respetáramos y, sin embargo, se le respetaba; estudiantes y no estudiantes, todos le queríamos.

Tenía alguna clientela; y eso a pesar de que veía a los enfermos como aquel a quien llevan arrastras, una vez por semana, a las altas horas de la noche, a las dos o las cuatro de la madrugada, aporreando las puertas y asustando a los vecinos.

Cierto día, en plena clase, cubiertos por los bancos, dos estudiantes jugaban al monte. En medio de la lección, dijo don José:

—¡Llevo un duro a la sota!

Y prosiguió tan tranquilo su discurso, sin perder de vista los naipes.

XXIV

* El anfiteatro.

Dos había en el Colegio; aún subsisten.

El pequeño, el antiguo, más que anfiteatro resultaba cátedra para explicar Anatomía, con una sola mesa giratoria; bastaba para un muerto cuando la enseñanza anatómica se reducía a la Descriptiva.

En el grande, el nuevo, yo fui el primer disector que trabajó allí; construyóse en mi tiempo, tomando para el solar parte en el jardín botánico, y parte en el corralón del Hospital.

Extenso, bien ventilado (mejor, azotado por los temporales), frío, encrudecido por el marmóreo suelo: seis mesas de piedra, en dos hileras a lo largo; al testero, una mesa y ocho mesas de pino; uno, dos, tres cadáveres, más o menos putrefactos, yacentes en las mesas.

De noche, la luz de la luna y su penumbra, si la había. En todo tiempo, una vela de sebo metida en el agujero occipital de una calavera habilitada de candelabro; un disector encorvado sobre el cadáver, chamuscándose el pelo para ver; otra persona viva, acurrucada en un rincón, dando cabezadas de sueño.

Allá y así pasé la mayor parte de las noches de mi florida y alegre juventud.

¿Qué aprendí allí?

Anatomía me parece que sí, aun siendo tan bruto como pensaba mi D. Diego Choquet, Isla y etc., etc. Operaciones me parece que también. ¿Algo más? No sé. Mas, ¡aquella sociedad de muertos silenciosos hablaba tanto! Descartémonos del vivo.

—Lafón, traiga otra vela; ésta va consumida. ¡Lafón! ¡Malhaya tu aguardiente! ¡Eh, Lafón! Ni a patadas despierta.

—¿Qué... qué hay?

—Que se levante y me traiga una vela; y que afeite y lave mejor otra vez los cadáveres, pues los deja llenos de inmundicias y piojos.

Dormido y beodo, se levantaba dando tumbos.

—¡Estúpido! ¿Quién conocería tu prosapia?

¿Quiere conocerla el lector? Pues, aunque no quiera, he de contársela. Lafón, el sepulturero, el mozo de anfiteatro, era nada menos que hijo de un General.

Tras la imbecilidad del alcoholismo, tras el velo de la degradación, bien se veía en su fino pelo rubio, en sus ojos azules, manos pequeñas y piel blanca, el retoño de una planta de salón, y no una flor silvestre.

Hijo natural habido en una querida, que con hijo y todo

abandonó su padre, el General diría «¡Ahí queda eso!», y se murió luego.

Pero como la soledad y las tinieblas crean fantasmagorías en la imaginación, yo no veía allí a Lafón el sepulturero: veía al General acurrucado y borracho, al mismo General convertido en mozo de una sala de disección, sin uniforme, cruces, bandas, faja ni sombrero de tres picos.

¿Y por qué no? ¿No eran la misma carne y la misma sangre? La vara que arranca de la tronca de un olivo, ¿no es el olivo mismo? Si se sustituyen en el espacio y el tiempo, ¿qué hace lo nuevo sino prolongar la misma esencial existencia de lo antiguo?

«—¡Ah, General, General!—decía para mí muchas noches.—¿Quién te había de decir que al abandonar a un hijo le condenabas a tiritar de frío y de alcoholismo, pasando las noches en cuclillas en el rincón de un anfiteatro anatómico?»

¡Cuántas veces, al sentir los deseos del amor, asomaba el sepulturero-general, diciéndome: «¡Presente!»

¿Se deberá a esto el que, gracias a Dios, haya huído los peligros de tener un hijo natural? Si es así, en el anfiteatro, Lafón fue mi maestro.

Además, el amor es muy bueno para después de haber comido. No es que ayunara: alimentábame con parquedad, pero lo bastante para reponer las fuerzas y aun tenerlas de sobra.

Quise decir, que sin alegría, sin satisfacción de ánimo, los apetitos se apagan. ¿Quién tiene ganas de jaleo bajo el peso de ansiedades y pasiones tristes?

No se achaque a virtud lo que puede depender de otras circunstancias. A ser General, imperante, pleno y satisfecho, ¿quién sabe si me hubieran salido Lafonitos, ahora abandonados para sepultureros? No sé... ¡Me parece que no!

Las cárceles, los asilos, los hospitales, los anfiteatros: he aquí cuatro lugares adonde, andando el tiempo, irán los pedagogos con determinados educandos para enseñarles cosas que no se ven ni se aprenden en excursiones ni museos.

Por la propia gravedad y naturaleza de las cosas, a cárceles, asilos, hospitales y anfiteatros van la espuma y el poso de todas las humanas desdichas. A poco estudio se descubren las causas de las mismas, y se ve también que se reducen a un común denominador, hasta a una simple unidad: *mala educación*.

Estamos hartos de oír el vocinglearo de este error: «¡Instrucción, instrucción! ¡Abrid una escuela y cerraréis un presidio!» Nada hay más equivocado. Eso no basta.

La instrucción, y menos la consistente en saber la Doctrina de carretilla, leer mal y escribir peor, ante la criminalidad es la carabina de Ambrosio; antes la refina y perfecciona. Hay pueblos absolutamente ignorantes donde la criminalidad es escasa; y *viceversa*.

La educación ya es otra cosa. ¡Basta de tomar el rábano por las hojas!

La educación puede corregir hasta a los criminales natos; dígalo *Paimogo* y el instinto de los colegiales de San Pedro.

Hoy, además, adelantando como va la Fisiología, tenemos en el opio y los narcóticos, en el hipnotismo, en la sugestión y aun en determinadas operaciones quirúrgicas, muchos recursos que añadir, con los cuales modificar y enmendar los desperfectos que originan la tendencia orgánica a la criminalidad.

XXV

* Muertos que hablan.

Necesitábanse diariamente para la enseñanza tres cadáveres, cuando menos; dos o tres lecciones para las cátedras, y luego carne para que se ejercitaran los alumnos.

Tres muertos no era mucho pedir, y casi nunca los había. Entonces, como hoy, escaseaban por no sé qué clase de conspiración para no mermar los estipendios de enterramientos. Quienes no daban un maravedí para evitar que un cristiano

se muriese de hambre, daban un duro como obra de misericordia para enterrarlo.

Así, los muertos andaban por las nubes. Algunos días, por falta de ellos, suspendíanse las cátedras. Los estirábamos hasta más no poder, disputándolos a los gusanos, hasta que la putrefacción los deshacía. Dábase una mala temporada. Tres días seguidos nos dijo Lafón:

—Hoy no hay cadáver.

Al cuarto, entrada la noche, nos anunció uno. Estábamos en lo más riguroso del invierno, llovía a cántaros; con sólo pasar el jardín, llegué calado al anfiteatro.

Los cristales retemblaban, azotados por el temporal; mugía el viento; cerradas las puertas y ventanas, penetraba, hacía correrse la vela de sebo, oblicuando su llama, y la apagaba. Era una de esas noches de temporal que los campesinos desconocen, y que a los habitantes de islas y costas les ponen pellejo de gallina, imaginando qué será del padre, del hijo, del hermano o del marido navegantes.

Escasa siempre la luz de sebo, en aquella ocasión apenas si se alumbraba a sí misma lo necesario para declarar cuándo la apagaba el viento. Agréguese que los relámpagos, penetrando súbitos, deslumbraban la retina, y así podrá imaginarse con cuánto trabajo iba a emprender la disección.

Tratábase de la región inguinal; y la calavera-palmatoria hacía garatusas con las sombras. Incindí la piel; instantáneamente la luz de un relámpago iluminó cuerpo y rostro del cadáver, presentándolo por completo a mis ojos en el momentáneo fulgor eléctrico.

Pero quedé sin vista y en un confuso estado indefinible allá por lo más hondo del sér, donde se elaboran las ideas. Como no era miedo, repuesto un tanto, me pregunté a mí mismo: «¿Qué te ha pasado?» Y no pude responderme.

Proseguí mecánicamente la disección: el pensamiento estaba en otra parte. Suspendí el trabajo y lo volví a continuar.

Meditabundo crucéme de brazos, como si quisiera ver el cadáver en las tinieblas.

En esto, un bramido del vendaval, acompañado del recio azotar de la lluvia, apaga la luz de la calavera; otro relámpago, entre rojo y azul, ilumina el cuerpo muerto; y el respectivo trueno le sigue inmediato, cual si se viniese abajo la bóveda celeste. Atolondrado, pero menos confuso, grité:

—¡Lafón, luz; trae dos velas!

Lafón, no menos borracho que otras noches, no dormía; sentado en un banco, yacía en las tinieblas de la noche y en las tinieblas de su espíritu.

Echamos fósforos, y con trábajo encendimos tres velas: la del cráneo y otras dos que tomé, una en cada mano.

Por más que había pensado acerca de la impresión que me produjo el muerto al fulgor del primer relámpago, nada había podido discernir. Pero al segundo, no obstante el atolondramiento que causa la conjunción de tan fuertes y ruidosos meteoros, me pareció que aquel cadáver era algo relacionado con mi vida, un algo confuso, así como un conocimiento de ultratumba. Por eso pedí dos velas y me puse a alumbrarle el rostro, mirándolo y observándolo con afán y cuidadosamente. ¡Y nada! Una cara gorda, fofa, inicial de cadavérica descomposición; una cabeza mal rapada, llena de cortaduras y arañazos por la trémula mano y la navaja-serrucho del sepulturero.

Volví a mi tarea; pero la negativa del reconocimiento no bastó para dejarme en paz. Iba la preparación más que mediada, cuando, volviendo y revolviendo, pregunté a Lafón:

—¿De dónde procede este cadáver?

—De los locos del Hospicio.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—Pues no pueden haberlo traído sin papeleta. ¿Dónde tienes la papeleta?

—En el depósito estará.

—Pues, vuela y tráemela en seguida.

E. M.—*Junio 1912.*

Lafón fué al depósito, contiguo al frontis Norte del anfiteatro, y trajo la papeleta. En ella leí: *Joaquín Orihuela*.

Quedé suspenso, humedeciéronse mis ojos.

¡Pobre Orihuela! Parece que en el seno de la muerte tenías empeño en que te reconociese yo a la luz de los relámpagos. ¿Qué quieres de mi infantil cariño? Mira mis ojos. ¿Que pida a Dios por ti? Yo pediré. Harto has debido de sufrir: los de Torres vendieron las viñas, dejaste de ser su capataz; bastantes veces pregunté por ti, nada sabían. ¿Me pides que te dé sepultura?

—Lafón, ¿qué cuesta el entierro más barato?

—Quince duros.

—¡Quince duros! Orihuela, ya sabes que no los tengo.

¿Será que me pides que respete tus restos y no los destroce el crudo escalpelo? ¿Si será eso?

¡No! Extraña preocupación mía. No puede ser. ¿Qué le importa a un muerto que se lo coman los gusanos entero o partido? Pero el caso es que mi mano se resiste a seguir dividiendo las carnes de mi buen amigo. ¿Quién te había de decir cuando me acariciabas, querido Orihuela, cuando me llevabas a las viñas delantero sobre el burro pío y sentía en mis espaldas el calor de tu vientre, en mi pecho tu brazo que me enlazaba amoroso para que no cayera, quién te había de decir que aquel niño de cabellos rubios había de abrir tus carnes con hierros afilados? ¡No, no seguiré!

La lección... ¡Que no haya lección mañana tampoco! Mas no puede ocultarse que hay cadáver, faltaré á mi deber, dirán que soy un gandul indigno de mi cargo...

Confesaré la verdad; contaré la historia de este muerto, mi historia... y se reirán de mí, con mucha razón. Estoy resucitando el viejo espíritu oscurantista, que, por respetuoso amor a los cadáveres, vedaba las disecciones, no permitiendo a Galeno que estudiara Anatomía más que en monos, y retrasando así la ciencia, el mejor conocimiento de las enfermedades y su curación, con tan necias preocupaciones. ¿Voy a ser yo ahora

un abogado de ignorancias? ¿Me afiliaré en la hermandad de santurrones, escobas de sacristía, que nos tienen a dieta absoluta de cadáveres?...

Seguí preparando la lección, pero sentía áspero el filo de los escalpelos; parábame fatigado, y continuaba como si hiriese a un vivo operándole contra su voluntad.

Algo da qué pensar este lúgubre suceso!

Considérase el relámpago, como el tipo de mayor instantaneidad. Son locuciones frequentísimas las de: «Ligero como un relámpago; en un relámpago sucedió tal cosa, etc.» Sin embargo, por veloz que sea, tiene momentos: uno en que alumbra y otro en que ciega; tiempos que no estarán en el relámpago en sí, pero que corresponden al ojo y al cerebro nuestros.

Un individuo a quien traté por última vez cuando yo contaba siete o a lo más ocho años, cadáver diez u once después, desnudo, al fulgor del meteoro luminoso, conmueve en mí sér algo indescifrable, algo que, si borroso, en mí subsiste. Déjame pensativo; y, como a quien preocupa la solución de un enigma, la visión se repite. Algo menos vago debió determinar, cuando pedí luz para reconocer el rostro; y sin embargo, ese reconocimiento y examen, esa hasta observación, resultan negativos. Una cara desconocida, deformada por la hinchazón, cara basta, de expresión borrada por la enfermedad mental y por la muerte: ¡nada más! Eso no obstante, pospongo lo racionalmente observado a lo indefinidamente sentido; y el pensamiento solitario vaga por los rincones del cerebro como alma en pena, y al fin me impulsa a conocer el nombre del muerto.

Y pienso que debe consistir en que damos más valor a las sensaciones cuanto son más subjetivas. Por eso, el alucinado es el más creyente en la realidad de sus sensaciones. La misma clave entiendo que puede explicar el dominio que los sentimientos ejercen sobre la razón.

Una persona recta y de inteligencia lúcida, desahogaba hace poco su pecho en mi confianza, querellándose de que a

su amada un *malvado* confesor procuraba apartarla de sus relaciones.

Es de ver cómo el poseído por cualquier sentimiento acoge poderosa la más fútil razón que favorezca su sentir; y se exagera con las más fuertes, y las rechaza si le son contrarias. Por eso es vano convencer al fanático, peligrosísimo y contraproducente predicar la verdad a las masas en efervescencia. Mientras que si llega cualquier pelafustán o malvado, y asegura la certeza del absurdo mayor que pueda imaginarse, con tal que halague o aguce el sentimiento en aquel punto dominante, arrastrará a la multitud como si tuviese una vara mágica.

Cuando luchan el sentimiento y la razón, cosa que sucede con frecuencia, se padece mucho; pero casi siempre, el sentimiento triunfa. Sufrí entre si acabar o suspender la disección en el cuerpo de mi pobre amigo. Venció la razón, porque no podía disponer libremente del cadáver; de haber podido, no hubiera continuado.

Muchas veces, después y hasta ahora mismo, sentí y siento honda pena con aquel recuerdo. El que ha visto quedársele en las manos alguna criatura, entre los horrores y la sangre de cruel operación, y al refrescar en su recuerdo el cuadro lo mira sin remordimientos y sin angustia... ¡síntese insatisfecho de sí mismo por haber dado unos cuantos cortes más en un cadáver!

Esto debe de consistir en que hay personas que viven de presente en el pasado. Como las hay que sólo viven en el día que les alumbra el sol.

Como los hay (¡no sé si más infelices o más dichosos!) que viven en lo pasado, en lo presente y en lo futuro.

XXVI

* Los muertos siguen hablando.

De ser otro mi plan, y no el propuesto (dar el cuadro de mi particular educación), fácil me sería escribir unas memorias de anfiteatro; ajustado y ceñido a referirlas, resultarían materiales para un novelador materialista y psicólogo.

Y luego, ¡qué mezcla tan horrible! Mudos los muertos para el oído, ¡qué voceadores y escandalosos para el espíritu! Todos yacentes en silencio, pero al mismo tiempo no hay uno que deje de tirar hacia sí, como diciendo: *¡Mírame!*

Ya es una vieja consumida que se ríe de ella misma y de ti que la estás mirando y del mundo entero que no la ve. Ya es un hombrón velludo y fuerte, que blasfema rígido y yerto. Ya un niño encanijado, encorvadito, sorprendido por la muerte tiritando.

Ahora nos detiene un gallardo joven, con la cabeza perforada de un balazo, cristalizadas en sus labios las quejas de la amarga suerte.

Aquí un hediondo, hinchado y ulceroso virulento, horrible de ver; allí una joven cuya belleza no se rinde a la muerte.

El mayor número se complace en declarar su historia. No parece sino que, a punto de borrarse la persona por el escalpelo y la putrefacción, se dan prisa a decir:

—¡Que soy fulano!

Una vieja nos grita:

—¡He sido guapa! ¿No lo crees? ¡Registra mi pellejo!

En efecto, difícil sería encontrar documento más fehaciente: un *tatuaje*, otro y otro; un archivo de los impuros amores (con todas sus consecuencias fisiológicas y morbosas) de aquella mujer graciosa y bella en el siglo XVIII, horrible y repugnante hacia mediados del XIX.

«Francisca Garrido» decía la papeleta; *Soy de Andrés de la*

Cruz, el primer tatuaje, seguido de un corazón bermellón atravesado por dos flechas; debajo, en negro, *Soy de Paco Fuertes, año 1790*, y un falo azul; después, *Perico Garzón*. Y así continuaban por ambos brazos rótulos y signos.

Separé y desequé aquellos pellejos, para conservarlos; hice lo con tan mal arte, que se coarrugaron y ennegrecieron al secarse, borrándose la epigrafía amorosa.

XXVII

* El maestro mundo.

Aparte de los profesores oficiales y de mis condiscípulos, ya estará convencido el paciente lector de que fueron maestros míos: la propia Naturaleza, una mona, una cigüeña, un perro, un cuervo, el campo y otros doctores extraños en quienes nadie podría pensar.

Pero, lo de «conocer el mundo, tener mundo» y demás frases por el estilo que andan en boca de todos, eso presupone que este enemigo del alma debe y tiene que ser un gran maestro.

El que nace favorecido por la Fortuna, carece de los beneficios suministrados por este supremo pedagogo.

El que nace en oscura condición, dentro de estrecho círculo de necesidades y aspiraciones, tampoco aprende gran cosa de lo que se llama mundo.

Los primeros, como los últimos, por opuestas causas, no pueden desenvolver sus facultades de observación: están lejos de sentir el acicate de necesidades insatisfechas; los unos porque gozan de todo sin trabajo, sin esfuerzo propio; los otros, porque con vegetar les basta.

El mundo no ejerce sus funciones pedagógicas sino con los que caen y pugnan por levantarse: para con la clase media en general, que tiene un pie en los abismos sociales y otro pie en las alturas de la ambición; o para con los que un tiempo próspero

mudó por otro adverso, teniendo así que conocer diversidad de gentes y lugares, sentir las espinas de las adversidades y las desilusiones, los desengaños, percatándose de lo que los afectos tienen de permanente y de tornadizo, de lo que debe esperarse de la amistad, de lo que se le puede exigir a ésta en cada caso y circunstancia, de lo que vale saber y lo que conviene ignorar o aparentar al menos que se ignora, de cuál es el temple individual de cada carácter y de qué manera nos debemos conducir para no provocar las malas inclinaciones y facilitar las buenas, tanto en nosotros mismos, como en las personas con las cuales necesitemos temporal o constantemente estar en relaciones.

El *mundo* no se desenvuelve como maestro sino a expensas de cierto poder de observación y cierta dosis de indulgencia.

Bien se puede ser gran observador, que como el espíritu no esté dispuesto a perdonar, el *mundo* nada nos enseñaría; convirtiéndose en mera causa de enfermedad moral, en causa de manía melancólica, hipocondría y tedioso pesimismo.

La práctica de observar cosas y personas, cuando se une a un espíritu indulgente, no sólo enseña, sino que las más de las veces alegre y aun hace reír. ¡Con cuánta frecuencia vense en los sabios insignes necedades, en los al parecer estultos admirable tino, en los virtuosos pequeñeces y miserias, en los criminales rasgos casi sublimes; y sin que por eso los sabios dejen de ser sabios, los estultos estultos, y criminales los criminales!

Este conocimiento del *mundo* suple muchas ignorancias, y sólo él da la pauta del arte de la vida social. Llega en algunos espíritus estrechos a un límite bien bajo, haciéndolos meramente *vividores*; quiere decir, que aprovechan su saber para reducirlo a un mezquino egoísmo o arte de medrar. Llega en otros a más nobles esferas, y sólo entonces el *mundo* viene a ser el *supremo maestro*.

Sentadas estas premisas, sigamos con los principales factores de mi *mundo* en la edad verdaderamente crítica en que me hallaba por los años del 1844 hasta el 1850.

XXVIII

* Don Francisco Sánchez del Arco.

Mi conocimiento con dicho señor, ya saben los lectores cómo fue. Ahora debo añadir que, por las singularidades de su persona y carácter, atrayéndose fuertemente mi atención, él consiguió fijarla al impulsarme a observarle, convirtiendo así una facultad inconsciente en un hábito desenvuelto y determinado de estudiar a las personas; lo cual, dicho sea de paso, no ha impedido que a veces cayera en errores de apreciación.

Hay palabras cuyo valor es de circunstancias; pasado el tiempo, casi pierden su significación primitiva o total, dicen otra cosa o nada.

Así, *bullanguero*: hoy por hoy sólo dará la idea de un hombre que brilla, que mete ruido. En los tiempos a que nos referimos, caracterizaba a los exaltados de baja estofa que, no teniendo arraigo ni cosa que perder, gritaban y se agitaban por hábito, dando vivas y mueras en las esquinas en toda ocasión, en las plazas públicas en época de pronunciamientos, y que llegado el triunfo calmaban sus afanes haciendo a las bandas militares tocar el himno de Riego.

De esta ya extinguida clase humilde de políticos de antaño surgieron D. Francisco Sánchez del Arco, D. Luis González Brabo y otras personas que llegaron a ser más o menos honradas y más o menos ilustres.

Sánchez del Arco tenía su mesnada patriótica en una barbería de la plaza de Santo Domingo. El maestro miraba a don Francisco como a un sér superior. La tienda era casino de milicianos desarmados, de cesantes y de algún parroquiano progresista. De este núcleo disponía y era cabeza D. Francisco.

Además, como sabemos, se hizo redactor de *El Nacional*, periódico local, cuya suscripción apenas daba para el papel y

la imprenta. Por tanto, nada pagaba a los redactores; éranlo, pues, por amor al arte y a las ideas, D. José Pereira y nuestro Sánchez del Arco.

El primero se describe con decir que parecía el reverso de la medalla del segundo.

Joven, abogado, medio poeta y medio literato, tímido, comedido, afable, satisfecho con la medianía de su casa. Tipo de lo que entonces llamaban los moderados *la juventud dorada*, por una de esas dislocaciones tan frecuentes en España, ejercía de *progresista*, cuando su naturaleza real debiera llevarle al bando opuesto.

Pero hacía tal religión de sus ideas, que hombre más consecuente no lo he visto jamás. Vivió y murió (mucho después de la República) siendo progresista y redactor sin sueldo de periódicos progresistas, sin haber solicitado ni obtenido puesto alguno retribuido ni honorífico. Y siempre tan contento y tan satisfecho, sin que la envidia o la ambición jamás turbaran su sueño.

¡Oh inocente y buenísimo Pereira, modelo de patriotas desinteresados y humildes! ¡Cuánto más vale tu oscura memoria que las de tantos otros, más ruidosas!

Quizá por el mismo contraste de los caracteres, Pereira y Sánchez del Arco vivían en una paz octaviana. El primero se entretenía en escribir artículos doctrinales, más o menos anodinos; el segundo se ufanaba en la polémica ardiente, en las notas aceradas y en todo lo que fuese batallar.

Una vez amigo de entrambos, también solía yo meter mi cuarto a espadas, por el honor, si no de redactor, al menos de sotaescritor; y, en efecto, escribí alguno que otro articulejo rimbombante, del género declamatorio, zurcido con lugares comunes.

Con esto del periodismo, con las nuevas de las conspiraciones, con las esperanzas de algún comandante o capitán separado del servicio, o con la palabra formal de un sargento en activo de *sacar* su compañía, pasábamos el tiempo gratamente

y sin sentirlo la redacción, los tertulios y los parroquianos del barbero.

Sánchez del Arco no tenía entonces más instrucción que la indispensable para el desempeño de la Secretaría de Conil; pero tenía talento, viveza, travesura y, sobre todo, una energía voluntariosa e irresistible, de hombre chiquitín.

Toda su instrucción literaria reducíase al Brocense y Hermosilla; aula y libro, fuera de éstos, no conocía ninguno. Por lecturas, el *Quijote*; y eso sí, todo el teatro de Calderón, parte del de Lope de Vega, algo de Tirso y de Alarcón. Estas comedias, de ediciones antiguas en forma de cuadernos, juntamente con la ley de Ayuntamientos, constituían su biblioteca, apilada en varias sillas de la casa.

Por Calderón se dió a hacer versos; por el Brocense y Hermosilla, a cobrar el barato entre cómicos y autores de comedias, haciéndose temer desde las columnas de *El Nacional*, y logrando que por conseguir su benevolencia crítica le bailaran el agua delante. De este modo, aun roto, despeinado y sucio, se abrió camino en Cádiz, ¡todo exterioridad y pulcritud!

Por las tardes iba a buscarle a su casa. Tomábamos café en el del Comercio; y luego íbamos al Balón, colándonos de gorra por derecho propio como redactores de un periódico, y departíamos acerca de política y de mil cosas diferentes.

Algunas tardes me leía a Calderón, el cual unas veces me agradaba y otras me hacía bostezar (principalmente en los autos sacramentales). Otras tardes leía sus propios versos (que yo le celebraba); al fin llegó a hacer alguna mala comedia, como *Urganda la desconocida*, que le celebré también, y alguna pieza del género andaluz bastante regular, como *¡Es la Chachil!*, que le aplaudí a rabiar.

En los oficios de periodista y literato para nada entraba el lucro, ni menos se preocupaba él de cosa tan insignificante. Jamás se le pasó por las mientes el pan nuestro de cada día. Su mujer, que era una mujer excelente, y una hermana de don

Francisco que con ellos vivía, cose que te cose, allá se las arreglaban; el caso es que ponían sus sopas y el puchero.

Sánchez del Arco carecía de toda necesidad; tenía dos hijos chiquitines, que consumían poco; y él, cuando le llamaban para comer, iba como a lavarse la cara. Ni se sentaba: en pie, tres cucharadas, un racimo de uvas, y vuelta a leerme Calderón.

Lo mismo salía a la calle con los zapatos rotos que si los acabara de sacar de la tienda; y en funciones de político, como en funciones literarias, lo mismo trataba de igual a igual o por encima del hombro al literato más afligido que al propietario progresista o al contrabandista comerciante más fastuoso y cacique de partido. Esta su condición es la que más me enamoraba.

Realmente, Sánchez del Arco no era orgulloso; pero tenía una estimación de sí mismo algo altanera de pellejo adentro, y un menosprecio natural, absoluto y no afectado hacia todo lo que caía de pellejo afuera.

Andando el tiempo, vino a ganar algo; moneda que, acto seguido de recibida, como si le pesase, la entregaba a su mujer. Ella cuidaba de adecentarlo, y al fin se presentó aseado y regularmente vestido. Todas sus exigencias se reducían, cuando estaba en auge, a pedir a su señora un real para café; ni fumaba, ni le conocí devaneo. Prácticamente, es difícil encontrar una persona de mejores costumbres. Teóricamente, es imposible oír nada tan extravagantemente subversivo.

Carecía de afectos, desconocía el amor. Por este lado lo más que se alcanzaba era su consideración, pero a título de no contradecirle ni oponérsele; esto no lo sufría de nadie. Consideraba a su mujer, miraba con indiferencia a sus hijos; consideraba algo a Pereira; un poco más a mí, aunque sólo era un mozalbete; algo más a Adolfo de Castro, porque, siendo éste un erudito notable, le concedía todo en todo y hasta en opiniones, así políticas como literarias.

Complacíame hombrearme con Sánchez y con Castro, que

me parecían dos personas de pro; y que, en efecto, lo eran por diversos modos.

Paseábamos juntos los ratos de vagar, cuidando yo de atender a lo que hablaban y de hablar poco, para no descubrir la hilaza de mi supina ignorancia. La verdad era que Sánchez del Arco estaba a la sazón, sobre poco más o menos, a la altura de mis conocimientos; pero barajaba su Brocense y sus comedias del teatro antiguo con tal aire de perito delante de Castro, que éste casi le concedía autoridad. Por mi parte, abría un palmo de boca cuando Adolfo hacía sus excursiones por los campos de la Bibliografía, que era a cada momento; encontrando en su instrucción e inteligencia muchos puntos de contacto con Imperial Iguino, sólo que el último no hacía profesión de bibliófilo como el primero.

Me causaba sonrojo comparar tanto saber suyo con tanto ignorar mío. Con Iguino podía tenermelas tiesas; que, en el fondo de las asignaturas, si él entraba por una puerta, entraba yo por otra, y ¡santas pascuas!

Pero oír hablar a Castro de los libros de San Isidoro, del poema del *mío Cid*, de los falsos cronicones, del *Arte de los ingenios*, de las obras de Herodoto, de las ediciones del *Quijote*, de la colección que tenía reunida de éstas y de los libros de Caballería, en fin, de todo un catálogo que a modo de biblioteca llevaba en la mollera, eso causábame vergüenza, por no tener ni la más remota idea de tales cosas. Sánchez del Arco las oía indiferente, cual si le fuesen cosas conocidas.

Como Castro se pasaba la mayor parte del día revolviendo baratillos y puestos de libros viejos, raro era el en que no nos anunciara alguna nueva adquisición.

Cierto día nos mostró, ufano, un manuscrito que decía ser el *Buscapié* de Cervantes. No parecía sino que descubriera el Nuevo Mundo. Nos convocó con otros amigos a una solemne lectura del precioso hallazgo. Concurrimos a su casa para el efecto; y todos aprobamos, yo inclusive, que aquello no podía ser de otra pluma sino de la del mismísimo Cervantes.

A decir verdad, para mi capote, aquel fasciculillo manuscrito me pareció sin gracia ni sustancia. Que no era superchería ni invención de Castro, teníalo y lo tengo por seguro. Ahora, eso de que fuese o no de Cervantes, ¿qué se yo?; a pesar de las muecas que, unidas a las de más respetables concurrentes, hice en señal de calurosa afirmación.

Mucho habría aprendido de la sociedad de Adolfo, si en la escuela no me hubiesen imbuído la endiablada idea de que es un delito inconfesable el ignorar.

—¿Qué es tal cosa?—me preguntaban.

Y como no la supiera de corrido, en vez de decirme: «Pues mire usted, es esto y aquello» (con lo cual bastaba para quedar enterado), venían los apóstrofes de «¡Bruto, animal!» y otros halagos semejantes.

Con esto, la ignorancia viene a imponer el disimulo de tan feo pecado, y lleva a la farsa ridícula de aparentar saber y aun emitir opinión sobre aquello que precisamente se ignora, colocándonos en el más miserable caso ante nuestra propia conciencia.

Y gracias, gracias si en esta lucha el amor propio no vence a la conciencia, quedando convertidos en uno de esos fatuos e ignorantes impenitentes que tapan sus desnudeces con la inflación de la vanidad.

Mucho de historia, de literatura y de bibliografía hubiera podido aprender entonces, con sólo preguntar a Adolfo honesta y llanamente tantas cosas como yo ignoraba y él sabía.

De todos modos, algo se me pegó al oído, algunas ideas tomé al vuelo, algún libro viejo rebusqué en los baratillos y leí en casa: entre otros, ciertos tomos incompletos de nuestro gran enciclopedista Feijóo, las *Empresas políticas* de Fajardo (de cuyo gallardísimo estilo quedé prendado y procuré imitarlo), la *Historia de España* por Mariana, las *Guerras civiles de Granada*, algunos escritos de Mayans y Síscar, una admirable y olvidada traducción de la *Vida de Cicerón*; leí a Quintiliano, también la colección del *Semanario erudito* de Villarreal, las

obras en prosa de Quevedo, las *Novelas ejemplares* de Cervantes, las *Noches lúgubres* de Cadalso, *El Lazarillo de Tormes*, *El Escudero Marcos de Obregón*, las obras militares del Marqués de Santa Cruz, el *Dioscórides* traducido por Laguna, algo de la *Enciclopedia* francesa, la *Moral universal* de no recuerdo quién, libros más o menos viejos y más o menos sustanciosos.

Castro, no obstante su erudición, en el trato era pueril. Sánchez del Arco, más maduro, cogiendo las cosas al vuelo, debía de leer y estudiar a solas, porque adelantó mucho en poco tiempo; no llegó a erudito, pero salvó la barrera de la ignorancia, creciendo con esto en audacia y travesura. Nunca rindió parias a ninguno. Sólo con una persona le pude ver casi humilde y casi cortesano: fue tal persona un viejecillo atrabiliario, que reapareció por Cádiz accidentalmente aquellos días. Llamábase...

XXIX

* D. Bartolomé Gallardo.

Conocíalo de nombre. Lo primero, por un librejillo de poca más lectura que la *Doctrina cristiana*, con el cual topé de niño entre los libros de D. Ramón de Torres: el *Diccionario crítico-burlesco*, impreso desventurado, de cuyas primeras páginas no pude pasar, según me pareció de insulso y contrahecho.

—¡Aquí está D. Bartolomé Gallardo!—nos dijo un día Adolfo, como quien comunica una importante nueva.

—¿D. Bartolomé?—exclamó del Arco.—¿Usted le trata?

—¡Vaya si lo trato! No le conozco personalmente, pero sigo frecuente correspondencia con él sobre asuntos literarios. ¡Ah, es el primer bibliófilo del mundo!

—Ya, ya lo sé—dijo Sánchez;—conozco su *Diccionario crítico*, el libro más gracioso y mejor escrito que se ha publicado en nuestra lengua. Deseo que usted me presente a él; quiero conocerle y tratarle.

—Pues, ahora mismo; sé dónde vive. La última vez que estuvo en Cádiz fue cuando vino de la emigración, y paró en casa de Luna. Pero, tronó con Tomás, y ahora pára en una casa de pupilos. ¿No sabe usted cómo fue el trueno?

—No—dijo Sánchez.

—Pues, una cosa como suya, graciosísima. ¡Como suya! Usted sabrá que el padre de Tomás era un rico comerciante liberalísimo: al revés de su hijo, que es la quinta esencia de los moderados más pacatos. Pues bien, D. Tomás (el viejo) protegió mucho a Gallardo. Le tuvo en su casa a mesa y mantel; dábale cuanto dinero necesitaba para sus gastos; y, para hacerle esos favores delicadamente, le suplicó que fuese el preceptor literario de Tomasito, jovenzuelo entonces. Vino lo del año 23, y Gallardo y Luna su protector tuvieron que salir a uña de caballo; Luna murió después, y Gallardo siguió en la emigración. Pero, publíquese la amnistía de Cristina; y como Gallardo la última casa que habitara en España fue la de Luna, a casa de Luna se vino tan campante; sin tener en cuenta que Luna había muerto, y que la viuda era una señora beata que nunca miró con buenos ojos a Gallardo, soportándolo a regañadientes por mero respeto y amor a su marido. Pero nada, nada de esto se le ocurrió a D. Bartolomé; y del muelle a casa de Luna se fué, donde se metió de rondón con su equipaje. Ni qué decir tiene la cara de la vieja y la cara de Tomás al ver entrárseles por las puertas, sin aviso ni noticia, a don Bartolo. Él, como en país conquistado, comenzó a mandar a los sirvientes; y en la misma habitación que antes ocupara, allí se instaló, tirando los trebejos que le estorbaran, con sus modos y humor de todos los diablos. La viuda y su hijo, cohibidos, nada se atrevieron a decirle; y así quedaron las cosas. Pero D. Bartolo, que ya no tenía que guardar respetos al viejo Luna, por difunto, convirtiéndose en tirano de la casa; y, lo que fue peor, tomábase licencias con las criadas, y llevaba y traía algunas amigas a su habitación. Después de muchas ansias, la señora, que había consultado como caso de conciencia

al confesor, fue estrechada por éste para que pusiese a Gallardo de patitas en la calle. Pero, ¿quién le ponía el cascabel al gato? La señora temía a D. Bartolomé como a una espada desnuda; y desde el día en que pisó la casa, se lo pasaba encerrada en su habitación, sin atreverse a salir. Tomasito, aunque ya hombre granado, con su timidez, su moderantismo y su filosofía, no sólo carecía de fuerza moral para el lance, sino que, tratado como un doctrino por D. Bartolo, temía (y no sin fundamento) que éste le arrojara por el balcón. Fuéronse entonces con el expediente al cura, suplicándole que él, en nombre de madre e hijo, se encargase de notificar el desahucio; pero el cura dijo «¡nones!», que ellos y sólo ellos lo habían de hacer. Por fin, discurre que te discurre, ocurriósele a Tomás una idea feliz y propia de su filosofía (1). Escribió una carta muy respetuosa y muy untada de jabón para que se le deslizara suavemente, pero que en el fondo venía a decir: «que muerto su señor padre, las circunstancias habían variado; que su señora madre, anciana y enferma, no podía tener huéspedes; que sus preocupaciones religiosas la mantenían en una alarma peligrosa para su vida; que él, entre el amor de su madre y el respeto a su maestro, se hallaba en un conflicto; y que, como no tenía valor para arrostrarlo, le suplicaba, pidiéndole mil perdones, que tomase habitación, que él mismo le proporcionaría, donde pudiera estar tan cómodamente y con mayor libertad. Que, si no aceptaba el ruego y el ofrecimiento que le hacía, tenía decidido salvar el conflicto saliendo él mismo de su casa, para huir las quejas y amonestaciones de su señora madre.» Esta carta púsola Tomás bajo un sobre en la carpeta de D. Bartolomé, aprovechando un momento de su ausencia. Cuando de allí a poco volvió éste a la habitación y vió la es-

(1) D. Tomás de Luna fue el jefe principal y la Iglesia toda de los filósofos eclécticos que en España dieron los fundamentos de la doctrina del *justo medio*; se pasó la vida dando lecciones públicas de Filosofía. Le oí varias: era un espíritu estudioso, desinteresado y benigno.

quela de Tomás, rompió el sobre, la leyó, tomó la pluma y escribió debajo:

Don Tomás:
 si te vas,
 tonto menos;
 si te quedas,
 tonto más,
 Don Tomás.

—¡Ga, ga, ga!—prorrumpió Sánchez (1).

—¡Ji, ji, ji!—siguió Adolfo, riéndose de la gracia de su propio relato.

Yo no pude reirme.

—¡Vamos a casa de D. Bartolomé!

—¡Vamos!

Y les dejé ir.

En la visita, debieron de quedar citados mis amigos con Gallardo; porque, a la tarde siguiente, estando nosotros en el café, entró Gallardo, dirigiéndose a nuestra mesa. Desde que lo divisaron, se pusieron en pie Sánchez y Adolfo, adelantándose a recibirle y ofreciéndole cada uno su respectiva silla.

Entonces conocí al personaje: un viejecillo con cara avinagrada y de color de aceituna, grave, flaco, con cierto aire de superioridad y protección.

Me chocó desde luego, más que el viejo, la actitud de Sánchez. Por primera vez, lo vi despojado de su aire de taco y osadía; antes bien, afectaba una atención entre respetuosa y humilde para con el vejete. Éste saludó de medio cuello, y no quiso sentarse, con lo que todos nos pusimos en pie; él volvió la espalda, dirigiéndose a la puerta de salida. Mis amigos le siguieron, y yo también, sin decir nadie una palabra.

Ya en la calle, dándole la acera, le preguntaron:

—¿Cómo está usted, Sr. D. Bartolomé?

(1) Sánchez del Arco no reía nunca: afectaba reirse. Y, como risa fingida, no salía, naturalmente, de su sitio, sino de la parte más posterior de la faringe; así, no reía sobre el sonido de la *jota*, sino sobre el de la *gue*.

—Psi, ¿cómo he de estar? Viejo y trabajado.

—Pero, de seguro que traerá usted algo entre manos.

—Psi, las aficiones siempre quedan.

Es de advertir que todas las obras juntas del laborioso don Bartolo no harían cuatro libras de lentejas.

Pero, en fin, como las cosas no se aprecian principalmente por la cantidad, sino por la calidad, procuré aquellos días leer sus escritos. Pregunté en varias librerías, inútilmente. Pregunté a Sánchez del Arco, y sólo me dió noticias del *Diccionario crítico*; y, o mucho me equivoco, o me parece que lo había visto aún menos que yo. Yo, al menos, lo había tenido en la mano.

En esto llegamos a la Plaza de San Agustín; D. Bartolo entró en una librería, que, si no recuerdo mal, se llamaba de Moraleda. Apenas abocó en la tienda, salió una exclamación de varias bocas:

—¡Hola, Sr. D. Bartolomé! ¡Tánto bueno por estas tierras!

Y todos se apresuraron a achucharle, mientras el librero, detenido por el mostrador, alargaba el cuerpo y el brazo como para satisfacer pronto el deseo de estrecharle la mano. Mi vejete, grave y serio, se dejaba felicitar como si se lo tuviera de sobra merecido, dignándose contestar con movimientos de cabeza. Luego, dirigiéndose al librero, le dijo:

—¿Ha caído por ahí algo importante?

—No, señor; las ediciones antiguas son cada vez más raras. Un Sorapán de Rieros debo tener por ahí.

—De ese libro, que pasa por raro, no hay coleccionista que no tenga un ejemplar.

Entre las tres o cuatro personas que se hallaban de tertulia en la librería, el que más aspavientos hizo a D. Bartolo fue un viejo, mediano de cuerpo y regordete, colorado como cangrejo cocido; tomó la palabra, y se puso a disertar sobre los libros raros y los incunables. Debió de parecerle desacato a D. Bartolomé que así se tomase la palabra delante de él sobre una materia en que sólo él y nadie más que él se consideraba

competente, y cortando la palabra al locutor, le interrumpió de esta manera:

—Extrañábame yo, Sr. D. Diego Delgado y Pazos, de que no saltara usted con sus sandeces. ¿Somos niños de la escuela, para que nos venga usted a enseñar el abecedario de Brunet?

El vejete gordo saltó cual un sapo hinchado de ira, y metiéndole los puños por los ojos, increpó a D. Bartolomé de este modo:

—Y extrañarame yo, seor cuartero de viejos libros, de que los años no le parasen la insolencia.

—Más le extraña al hijo de mi madre ver al leguleyo, sin que los años le corrijan de su ingénita pedancia.

—*¡Pedancia, pedancia!*—exclamó el otro.—¿De dónde ha sacado el prosista esa palabra?

—De todas partes donde reina el habla castellana—dijo Gallardo.

Y arrojándose a D. Diego con las manos en garra, le derribó el sombrero, juntamente con la peluca. Don Diego contestó a puñadas, y tuvimos que intervenir para separarlos.

Cuatro o cinco días tan sólo permaneció en Cádiz aquel singularísimo personaje. ¡No me dió poco en qué pensar!

¿Qué es la fama, y por qué se alcanza? ¿Cómo tantos, tan buenos y fecundos escritores yacen en el olvido? ¿Y por qué tipos de tan mal carácter y dudosos méritos cual el atrabilia-rio y vanidoso D. Bartolo, adquieren y mantienen larga fama y gran consideración?

Problemas son éstos que sólo pueden resolverse por el estudio del mundo y de las gentes. ¡Cuántas y cuántas veces en el curso de la vida he podido observar esas aberraciones aparentes que acabo de referir!

¡Hay tanto que observar en la materia del relato, que no acabaría nunca si me parase en el análisis!

Los bibliófilos, en general, se convierten en soberbios por virtud del mismo oficio. El que ejercita su cerebro en conocer libros y autores de todas las materias, adquiere un concepto

exagerado de su propio saber, considérase un portento; y de aquí nace una especial vanidad, intolerancia y soberbia, que, apoderándose de ellos, los convierte en una clase de enajenados, mitad maníacos y mitad ridículos.

Contribuye al arraigo y progreso del daño el público en general, y principalmente los doctos, quienes, por opuestas causas, fomentan con la adulación las pobres pasiones del enfermo moral.

El público, porque comúnmente ignaro, no puede menos de admirar a esos hombres que hablan de tantas cosas y que barajan los nombres de los sabios todos del mundo y sus edades todas, cual si bebieran con ellos en el mismo jarro.

Los doctos... por miedo. ¿Por miedo? Sí, por miedo; y allá va la explicación. A los bibliófilos, su propia vanidad los hace intolerantes. Se atiborran la mollera de lectura y no les queda en los sesos ningún recobeco donde discurrir. Impotentes para la producción fecunda de obras propias, échansè a criticar las ajenas; resultando, no críticos desapasionados y justos, sino apasionados, malignos, mordaces y casi libelistas. Echanse a críticos, y desuellan a todo escritor y a todo aquel que produce alguna cosa. Si éste les cobra miedo, procura librarse de sus mordiscos a fuerza de adulación y halago, para ver si así los atraen, si alcanzan su amistad, y con ella su indulgencia.

Sin embargo, la táctica es ineficaz; por el contrario, tales adulaciones acrecientan más y más las vanidades del bibliómano criticastro, irritan su inconfesable esterilidad y le azuzan, cuando llega el caso, contra el adulator mismo, como éste valga algo y publique alguna cosa. Dígalo, si no, aquel Adolfo Castro, a quien algo después enderezó D. Bartolo su «*A Zapatilla, zapatazo, y a su falso Buscapié, un puntillazo*».

Pues bien; Sánchez del Arco, el hombre más atrevido, el más osado quizá que conocí en toda mi vida, convertíase en gelatina en presencia de Gallardo. Y es que Sánchez... escribía comedias.

Después ya me he explicado muchas cosas raras, de natu-

raleza análoga. Por ejemplo, un personaje que adula a un cómico y se arrastra ante él, para que le ponga en escena un sainete; un ministro que pasa la mano por el lomo a un pobre gacetillero, etc.

XXX

* Abismos del corazón.

Nadie más claro y transparente que Adolfo; no era preciso sondearlo. A mis ojos, su personalidad y su saber aparecían como un lago alpestre: grande, pero tan cristalino, que por todas partes permitía ver hasta los más pequeños guijos de su fondo. Con carácter más arriscado el suyo, hubiera ido a parar en bibliómano, más o menos *abartolado*; de voluntad débil, asomaba las puntas, y como blandas que eran, no pinchaban.

Sánchez del Arco, en cambio, era un abismo cuyo fondo ni él conocía ni lo podía conocer. ¡Cuántas extrañas condiciones, qué mezcla de cosas incongruentes, qué grandes y qué pequeñas facultades!

Carecía de todo principio moral, y la mayor parte de sus costumbres eran morales; carecía de toda ambición, y no consentía ni reconocía superioridad en nadie; sin ser valiente ni pretenderlo, por amor propio resultaba osado, temerario.

No es que despreciara las riquezas y bienes materiales, era que desconocía en absoluto su necesidad; de ahí procedía una procacidad inaudita.

Enemigo, éralo sañudo. Amigo, lo era tibio. Ya he dicho de él que no sentía el amor.

De todas las facultades, la que estimaba en más, por la que más se ufanaba y de la que tenía cierta vanidad, era la travesura. Deleitábase en discurrir el modo de echar la zancadilla a un enemigo; quizá por eso le complacía tenerlos. En las luchas políticas, muchas veces se le vió solo; entonces se le veía más contento, desplegar mayores energías. Ocasiones hubo en que

hasta el barbero y su tertulia, hasta el propio hermano suyo, le fueron contrarios. Con esto, peleó él solo contra moderados y progresistas, contra todo el mundo; y venció y se impuso.

Llegó a jefe de partido en la provincia, fue Diputado a Cortes en las Constituyentes del 54. No pidió nada, ni quiso nada; por no tener ambición, ni aun la de hacerse notar.

Murió de singular manera, y en consonancia con su carácter. Burlábase de la Patria. Como no amaba, no entendía esta idea; afirmaba que la Patria era un falso ente de razón, como Dios y otras ficciones imaginativas. Y, sin embargo, era patriota, según se puede ver.

Llegó la guerra de Africa; sin ser militar ni tener maldita la obligación, al Africa se fué, sin cuidarse de nada, y menos de su persona.

En Ceuta, dispuesto a seguir a un Cuerpo de Ejército, echó de ver que no tenía dinero. Quedóse dos días sin comer, y no se le ocurrió pedírselo a amigo o conocido. Le acometió el cólera; cuando no pudo andar, se echó en el suelo. Moribundo lo recogieron y trasladaron al hospital; y allí finó mi amigo.

Mi amigo, sí, y maestro. ¡Cuánto aprendí en su estudio!

No fue nada. ¡Qué dolor!

Si hubiera amado... ¡qué grande hombre!

(Continuará.)

FEDERICO RUBIO

DE LA INFLUENCIA EJERCIDA POR LA EMIGRACION JUDÍA

DE ESPAÑA Y PORTUGAL

EN EL DESARROLLO ECONÓMICO DEL GLOBO

A la memoria de mi inolvidable amigo
D. José Ojea, devotamente dedico este estudio.

La falta de datos estadísticos hace difícil precisar con exactitud el grado de influencia que la actividad y el genio del pueblo judío ha ejercido en el desarrollo económico del mundo.

Antes de su emancipación política, verificada el año 1845 en la Europa central, y la abolición de las leyes restrictivas, la gran masa de los comerciantes hebreos, castigados y perseguidos por la Administración, veíanse obligados a desarrollar sus obras y trabajos de un modo subrepticio y furtivo, cual si fueran contrabandistas.

Las estadísticas oficiales de la Municipalidad de Viena no registran en el año 1845 más que 65 habitantes israelitas, cuando su número era ya en 1840 de 12 a 15.000, según los registros de la comunidad hebrea, siendo dueños de toda la importante industria textil, así como de la mayor parte de las casas de comercio de las principales arterias de la capital de Austria.

Sin embargo, a pesar de su poca difusión y de la proporción escasa que esta raza representa en la población de las di-

versas naciones, los economistas están unánimes en atribuir a la nación judía un papel importante en la producción de la riqueza mundial. Esta opinión está confirmada por la prosperidad económica de todos los países que, a ejemplo de Francia en 1889, han sabido sustraerse a los prejuicios de la Edad Media, aboliendo las leyes de restricción dictadas contra sus conciudadanos judíos.

La situación social de éstos en cada país puede considerarse como el termómetro que marca su grado de progreso y civilización. Es precisamente en las naciones más civilizadas y prósperas donde la raza judía goza de la igualdad social más completa; mientras que en los países más atrasados, como Rusia y Rumanía, donde el hebreo es todavía víctima de una opresión sistemática, se nota un retraso marcadísimo en el progreso industrial y comercial. De ahí, en Rusia, y más todavía en las regiones prohibidas a los judíos, grandes períodos de hambre y de miseria general.

En España se encuentra un ejemplo típico que demuestra la anterior aserción. La vieja ciudad de Toledo era, antes de la expulsión de los judíos, uno de los centros industriales más importantes de Castilla, poseyendo más de 200.000 almas, y una de las más prósperas colonias judías. Hoy está relegada al estado de ciudad secundaria, con 20.000 habitantes, muerta y reducida a una especie de museo o cementerio histórico.

En este estudio nos proponemos examinar el alcance económico que ha tenido en el siglo xvi el destierro de la raza israelita de los reinos de España y Portugal.

Es un hecho conocido por todos los historiadores, que en el curso del siglo xvi la actividad económica ha emigrado de los países del Sur, dirigiéndose hacia los del Norte. Al impulso vertiginoso del desenvolvimiento comercial operado en esta centuria en los países septentrionales, Bélgica y Holanda en primer lugar, y luego Francia, Inglaterra y las ciudades libres del Norte de Alemania (Hamburgo y Francfort), se han visto decrecer los centros económicos de España.

Este movimiento ha sido de tal importancia, que los sabios y hombres de Estado del siglo xvii se impresionaron, y atribuyendo esta evolución a una más perfecta organización económica y política, dedicaron sus esfuerzos a seguir los procedimientos comerciales e industriales del pequeño país de Holanda, imitándolo hasta en su sistema de comercio ultramarino y en su política de conquistas coloniales.

Los economistas modernos, intentando explicar este éxodo económico del siglo xvi, han creído ver en él, desde luego, la influencia preponderante del descubrimiento de América y camino marítimo de la India.

Pero el gran sociólogo alemán Sombard, refutando estos argumentos, ha dicho, y con razón, que el descubrimiento del Nuevo Mundo, precisamente debido al genio de los españoles, portugueses e italianos, sus primeros colonizadores, debería al contrario haber acrecido el tráfico comercial e industrial de estos últimos países.

No se puede igualmente admitir una explicación de orden político, atribuyendo estos cambios económicos a la consolidación de los poderes del Norte. En efecto, ¿no ha alcanzado España, bajo Felipe II, el apogeo de su poder? ¿No ha ocurrido lo mismo en la república de Venecia?

Y, ¿cómo explicar el abatimiento económico de estos grandes poderes, en relación al estado floreciente de algunas ciudades diseminadas en una nación como Alemania, desgarrada y dividida sin ninguna base de protección política?

Por esto Sombard, rechazando suposiciones inverosímiles, no vacila en derivar de la emigración judía de España y Portugal la evolución económica de los siglos xv y xvi.

La estrecha correlación de ambos acontecimientos históricos, aparece con tal evidencia cuanto más se los considera, que resulta pasmoso que los historiadores no hayan notado más pronto esta verdad, y puéstola de relieve.

* * *

En el transcurso de los siglos xv y xvi, mientras Colón descubre América y Vasco de Gama el camino marítimo de las Indias orientales, los judíos españoles e italianos, víctimas de la intolerancia religiosa, expulsados y perseguidos, emigran a Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra y el Norte de Alemania. Este movimiento, parcial al principio, se generaliza poco a poco, después que los judíos *marannes*, que habían podido quedarse en España y Portugal, pasado el año 1492, abrazando oficialmente la religión católica, tuvieron a su vez que abandonar su país de origen, donde los excesos del fanatismo religioso de la Inquisición les había hecho la vida imposible.

La última fase de la emigración judía, ocurrida a fines del siglo xvi, coincide precisamente con la decadencia económica de los pueblos ibéricos, que tuvieron hasta entonces la supremacía del comercio del globo.

Siguiendo paso a paso a estos judíos errantes en su penoso calvario, se ve que en ellos parece ir el germen de la prosperidad económica a los países en que se establecen.

«El pueblo judío—dice Sombard—es como el astro bienhechor; genera la vida y la prosperidad allí donde aparece: todo lo que ha florecido, púdrese allí donde no existe más!!»

La decadencia económica como consecuencia de la expulsión de los hebreos, no ocurre sólo en la Península ibérica; este mismo hecho se registra también en otros países.

Así, cuando en el siglo xv son expulsados los israelitas de las ciudades de Colonia, Ausburgo, Estrasburgo, Erfurt, Nuremberg, Ulm y otras, se inicia en ellas una profunda declinación de sus centros mercantiles.

En Italia se registra el mismo resultado en el siglo xvi, tras la expulsión de los judíos de Nápoles, Génova, Venecia y las islas de Sicilia.

En cambio, allí donde los judíos expatriados se establecen, florece como por encanto la prosperidad y el bienestar.

Una de las ciudades de Italia que se ha librado de la decadencia general ha sido Liorna, gracias a haber sido lugar de

refugio de una importante colonia de hebreos emigrados de España.

Los centros importantes de Alemania, Hamburgo y Francfort, debido también a una importante inmigración judía, han presenciado en esta época el comienzo de una era de riqueza, en la que se establecen relaciones comerciales importantes con la ciudad de Amsterdam, donde, como es sabido, existía ya un grueso núcleo de judíos españoles.

La acogida benévola que esta ciudad prestó a los israelitas procedentes de España y Portugal, la colocó súbitamente a la cabeza del tráfico comercial del globo en el siglo xvi, y ha motivado que en los anales israelitas figure con el nombre sagrado de «Nueva Jerusalem».

En la ciudad de Amberes se registran fenómenos económicos semejantes: después de la inmigración judía de fines del siglo xv, se ve que su comercio adquiere un gran desarrollo, el cual decrece tan pronto como el rey de España la obliga a expulsar de su seno a los hebreos. El corto período de su florecimiento corresponde exactamente al tiempo de la permanencia en ella de los *marannes*. Sus habitantes, que no desconocían el papel importante que en la vida económica de la ciudad desempeñaban los israelitas, presintieron la ruina que la amenazaba, y el decreto Real provocó una vehemente protesta de las personas más notables, *no judías*, contra la tan antieconómica y ruinosa como inhumana medida. El grado de intensidad de los temores que sentían, lo refleja con elocuencia la siguiente frase: «que el éxodo de los judíos arrastrará nuestra ciudad a la ruina, y con ella al país entero».

El desenvolvimiento económico de Inglaterra ha seguido igualmente una marcha paralela a la de la inmigración judía. Las clases directoras inglesas han dado también pruebas de una clara inteligencia de la gran utilidad que podía reportar al país la raza judía. Así, hombres políticos de la talla de Crómwell no ocultan su simpatía hacia ella, y no es extraño ver la facilidad con que han sido coronadas por el éxito las

gestiones que en favor del establecimiento de los judíos en Inglaterra había emprendido uno de los más notables literatos del judaísmo español, Don Menassé ben Israel, de Amsterdam. Notemos al pasar que las negociaciones emprendidas por éste con Inglaterra habían suscitado en Holanda el temor de que los judíos españoles que se habían establecido allí, con gran beneficio del país, intentaban abandonarlo. El Gobierno holandés trató con Don Menassé, el cual debió tranquilizarlo afirmándole que sus gestiones se referían a los *marannes*, que habían quedado en España y Portugal, siendo el blanco de la furia exterminadora de la Inquisición.

Se comprende, pues, que los dos eminentes hombres de Estado que se pueden considerar como creadores del régimen capitalista moderno, Crómwell en Inglaterra y Colbert en Francia, hayan estimado en su justo valor la participación que las maravillosas capacidades productoras de la raza hebrea han tenido en el desarrollo de la riqueza nacional.

Esta clara intuición económica se ha igualmente revelado en los comerciantes, *no judíos*, de Venecia, quienes, cuando el Senado veneciano decretó en 1550 que a los hebreos les fuera prohibida su permanencia en la República, protestaron en nombre de los intereses superiores del país.

El movimiento actualmente iniciado en favor de la vuelta de los judíos a España, debido a la acción inteligente del eminente senador español Dr. Angel Pulido, y al cual el excelente amigo nuestro D. Benito Fernández Alonso aporta toda su inteligente colaboración, puede ser considerado como un acto patriótico en pro de los intereses españoles. España rescataría así, al mismo tiempo que sus hijos expatriados—los cuales conservan todavía, después de quinientos años de destierro, su idioma y costumbres nacionales,—una base importante para su desarrollo económico y para el fomento de las grandes riquezas que encierra la patria sublime de Cervantes.

Orense, Marzo, 1912.

S. SCHWARZ

CRUEL DESTINO

NOVELA

VI

Días raros empezaron para el padre Vassili, y nuevos pensamientos germinaron en su cerebro. Hasta entonces había vivido tan ajeno y tan inaccesible a los asuntos y entretenimientos que ocupan a los hombres, como si no hubiera sido un hombre, sino solamente la envoltura andante de un hombre.

Hacía, a decir verdad, todo lo que hacen los otros hombres; hablaba, trabajaba, comía, bebía; y, sin embargo, tenía la impresión de que simulaba realizar todo aquello, y que, en realidad, vivía en otro mundo, un mundo bien suyo y cerrado. Porque la huella de una idea profunda y tenaz se leía en su andar pesado, en la lentitud indecisa de su hablar, en que entre las palabras usuales surgían los negros agujeros de los pensamientos que se ocultan; había como un velo tendido ante su mirada chispeante con fuego sombrío y lejano, bajo las cejas salientes.

Y la idea era ésta: había un pedazo de tierra, y en esta tierra el padre Vassili vivía solo, con su gran pesar.

Ahora bien; he aquí que la tierra se había agrandado, y se había poblado de seres semejantes al padre Vassili; cada uno de ellos tenía su propia vida, sus propios sufrimientos, sus esperanzas y sus dudas; y, en medio de ellos, el padre

Vassili sentíase como un árbol aislado en los campos, en cuyo alrededor ha brotado de repente un bosque frondoso y sin límites.

La soledad había terminado, pero con ella, el sol se había velado; las lejanías vacías y claras habían desaparecido, y las tinieblas de la noche se habían hecho más densas.

A mediados de la Semana Santa, el padre Vassili se encontró sin fuerzas, por el crecido número de penitentes que acudía a su confesonario. El último de todos fue el miserable mujick Trifón. Faltábanle las dos piernas, e iba con sus muletas a Zuamenskoie y a las aldeas circundantes. Sus piernas, trituradas en un accidente de fábrica, habíanle sido amputadas al ras del vientre, y no le quedaban más que unos muñones muy cortos que la piel había recubierto; entre los hombros levantados por las muletas hundíase una cabeza sucia, como guarnecida de estopa, con una barba descuidada, y unos ojos descarados de mendigo borracho y ladrón.

Como un reptil, se arrastraba por el lodo y el polvo, y su alma debía de ser oscura y misteriosa como lo son las almas de los animales.

No se sabía con exactitud con qué medios lograba vivir; vivía, sin embargo, se emborrachaba, se peleaba y hasta poseía mujeres, mujeres como él, desprovistas de toda humanidad.

El pope tuvo que inclinarse mucho para oír la confesión de aquel desdichado, y, en el hedor manifiesto de aquel cuerpo mutilado, en el hormigueo de los insectos que pululaban en su cabeza, sobrevió de pronto la inexplicable e inquietante miseria de aquella alma, también estropeada; comprendió con inexorable lucidez que aquel hombre estaba irremediablemente privado de todo lo que es humano, aunque tuviera a ello el mismo derecho que los reyes en su trono, que los santos en sus celdas. Y se estremeció.

—Vaya, vete—dijo;—Dios te perdona tus pecados.

—Espere, todavía tengo que decir—gruñó el mendigo.

Y alzando hacia el pope su cara que enrojeció, contó cómo, diez años antes, había violado, en el bosque, a una niña ya crecida, y le había dado tres kopecks para que no llorase; pero en seguida, sintió perder aquel dinero y la estranguló y la enterró tan bien que nunca se volvió a encontrar.

Diez veces ya había contado su historia a diez popes diferentes; y, a fuerza de repetirla, le pareció sencillísima, naturalísima, como si fuese una historia cualquiera y que no le concerniese.

A veces, variaba los detalles de su relato, reemplazando el verano por el otoño, la muchacha rubia por una morena; solamente, la suma entregada era inmutable.

Algunos sacerdotes no le creían y se burlaban de él; aseguraban que desde hacía mucho más de diez años no había desaparecido en la región ninguna muchacha; le confundían con las numerosas y flagrantes contradicciones de su relato, y le demostraban hasta la evidencia que toda aquella espantosa historia la había imaginado un día que se revolcaba borracho por los bosques.

Y esta incredulidad le ponía fuera de sí: gritaba, maldecía, juraba por Dios y por el diablo, acumulaba, en su furor, detalles tan repugnantes y tan obscenos, que los sacerdotes más ancianos se avergonzaban y se indignaban.

Ahora aguardaba, y se preguntaba si el pope de Zuamenskoie le había o no creído; así fue que se alegró al ver al sacerdote palidecer, apartarse de él, y alzar el puño como para pegarle.

—¿Es eso verdad? — preguntó el padre Vassili con voz sorda.

El mendigo se santiguó rápidamente.

—¡Ya lo creo que es verdad!... Que me vea aplastado si...

—Entonces, ¿sabes tú que es el infierno?—exclamó el pope.

—¡Oyes, el infierno!

—¡Dios es misericordioso!—murmuró el mendigo, tomando una actitud sombría y ofendida.

Pero en su mirada, llena de malicia y de espanto, era visible, sin embargo, que esperaba el infierno, y que hasta se había ya acostumbrado a él por adelantado, como a su espantosa historia de la niña estrangulada.

—¡En la tierra, el infierno!... luego, el infierno también... ¿Dónde está tu cielo? Si fueras un gusano, te aplastaría con el pie... pero eres un hombre, sin embargo, ¡un hombre!... ¿Quién eres, pues? ¡Habla!—gritaba el pope, y sus cabellos volaban sobre su cabeza como al soplo de un fuerte viento...—¡Contéstame! ¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué te ha abandonado?

«¡Lo ha creído!» pensó el mendigo con alegría, y sentía las palabras del pope deslizarse por él como agua muy caliente.

El padre Vassili se acurrucó sobre los talones, y, sacando una extraña altivez de la humildad de aquella postura, murmuró apasionadamente:

—Escucha, no tengas miedo... ¡no hay infierno! Esto, te lo digo de verdad. Yo mismo he matado a un sér humano... a una niña..., se llamaba Nastenka. ¡Y no había infierno! Irás al paraíso, ¿me oyes?, con los santos y con los justos... ¡más alto que todos! ¡más alto que todos los demás!... Esto, te lo digo de verdad.

*
* *

Algunos días después de Pascua, cuando ya el campo respiraba la llegada de la primavera, y las tinieblas se hacían transparentes y azules, la popadia tuvo un acceso de embriaguez. Durante tres días, bebió, forcejeó y gritó de espanto.

Al cuarto, apagó la lámpara en su habitación, hizo un nudo corredizo con una servilleta y se colgó. Pero apenas comenzaba a asfixiarse cuando sintió miedo y se puso a gritar, y, como había dejado las puertas abiertas, el padre Vassili y Nastia acudieron y la descolgaron.

Todo se redujo, pues, al susto. Por lo demás, no podía ser de otra manera, porque la servilleta estaba tan torpemente anudada, que hubiera sido imposible ahorcarse con ella.

La más asustada de todos fue la misma popadia; no cesaba de llorar y pedir perdón; temblaba con todos sus miembros y su cabeza se tambaleaba convulsivamente; en toda la noche no permitió que su marido la dejase un momento, y permaneció sentada y apretada a él.

A petición suya, se encendió la lámpara en su cuarto y se encendieron otras delante de todas las santas imágenes, de suerte que se parecía estar en vísperas de una fiesta solemne.

Pasado el primer minuto de terror, el padre Vassili se había tranquilizado y se mostraba solícito; hasta bromeó y refirió anécdotas divertidas de su vida de seminario; después, evocó su infancia más lejana, el tiempo en que robaba manzanas con los niños de su aldea; y costaba tanto trabajo figurarse al padre Vassili cogido de las orejas por el guarda, que Nastia no quiso creerlo y no se rió, aunque el pope se hubiera echado a reír él mismo, con risa dulcemente infantil.

La popadia se tranquilizó poco a poco; dejó pronto de lanzar miradas furtivas hacia los rincones oscuros de la habitación, y, cuando Nastia se hubo ido a acostar, preguntó a su marido con sonrisa tímida:

—¿Te has asustado?

El rostro del padre Vassili se contrajo y tomó una expresión desagradable; solamente sus labios sonreían aún cuando contestó:

—Claro que me he asustado. ¿Qué idea se te ha ocurrido, Nastenka?

La popadia se estremeció como si se hubiera levantado repentinamente el viento, y, manoseando con sus dedos temblorosos el borde de su capa, balbució:

—No sé, Vassili... ¡tengo tanta pena!... Y además, tengo miedo de todo; no comprendo todas estas cosas que pasan, y tengo miedo. Así, ahora es la primavera, el verano vendrá después, luego el otoño... y todavía estaremos sentados, como en este momento, tú en ese rincón, yo en el otro. No te enfades, Vassili; bien sé que es imposible otra cosa... y sin embargo...

E. M.—*Junio 1912.*

Suspiró, y continuó con los ojos siempre fijos en su abrigo: —Antes, creía no temer la muerte. Me decía siempre: si esto va demasiado mal, pues bien, moriré. Hoy la temo. Entonces, ¿qué hacer, Vassinka, querido mío?... ¿Seguir bebiendo siempre?

Posó en el pope una mirada indecisa, llena de una tristeza mortal, de una inmensa desolación; y sus ojos humildes y gastados por las lágrimas parecían pedir perdón.

En la ciudad en que el padre Vassili había hecho sus estudios, se acordó de haber visto un día a un tártaro andrajoso conducir un caballo al albéitar; el animal tenía una pesuña rota que colgaba, y tropezaba a cada instante sobre el muñón ensangrentado. A pesar del frío, su pelo relucía empapado de sudor y exhalaba una especie de vaho blanquecino; sus ojos inmóviles miraban hacia delante, con una aterradora expresión de dulzura y resignación.

Los ojos de la popadia tenían la misma expresión; entonces pensó que si alguien abría una fosa, echaba en ella a esa mujer y la enterraba viva, ese alguien haría una buena acción.

*
* *

Los días siguientes, el padre Vassili recobró sus maneras frías y tranquilas, y nunca volvió a aludir a lo que había ocurrido; pero en su voz, en su mirada, había una ternura viril y silenciosa, que solamente un alma ya sin fuerzas era capaz de discernir.

Hablábanse poco, y sus raras palabras eran sencillas y vulgares; separados a cada momento por los quehaceres diarios, casi nunca estaban juntos; pero sus corazones dolorosos se buscaban y se encontraban sin cesar, y nadie en el mundo podía saber con qué ternura desolada y sin esperanza se querían.

Desde hacía mucho tiempo, desde el nacimiento del idiota, habían dejado de ser esposos; eran de esos amantes tiernos y desgraciados que ni siquiera tienen la esperanza de la felici-

dad; que no se atreven ya en sus ensueños más íntimos a darle una forma concreta.

La popadia había vuelto a su pudor de antes y a su deseo de agradar; hasta se arreglaba tan bien la cara y el pelo, que habían recobrado nueva frescura.

Cuando sobrevenía el acceso de embriaguez, se encerraba en su cuarto oscuro como los perros que sienten llegar la rabia, y allí sostenía, sola y sin un grito, la lucha con la locura y los fantasmas...

Por las noches, cuando todo dormía, no dejaba nunca de entrar en el cuarto de los niños. A veces, su hija Nastia veía todavía, y la popadia la encontraba sentada en el borde de la cama, sumida en un profundo ensueño.

En su cuerpo delgado y encorvado, los omoplatos salientes y las costillas se dibujaban bajo la piel; una camisa sucia pendía de sus hombros angulosos; con los brazos anudados sobre sus rodillas se balanceaba largamente, parecida a un pájaro negro sorprendido por la helada en los campos; y sus ojos, sencillos y enigmáticos como los de los animales, miraban, miraban obstinadamente en derechura y no pestañeaban nunca.

Sin mirar a Nastia, la popadia ponía entonces la lámpara en el suelo y se inclinaba sobre el idiota que dormía sin ruido; estaba de espaldas, con el pecho monstruosamente abombado, las manos colgantes y abiertas, y dejaba caer hacia atrás su larga cabeza estrecha, en la que la barbilla corta y truncada formaba una mancha blanca.

En este sueño apacible, bajo la pálida luz reflejada por el techo, con los párpados cerrados, tapando sus ojos vacíos de pensamiento, su rostro no parecía tan espantoso como de día; hasta tenía la expresión de cansancio de un actor agotado por un papel difícil, y, alrededor de su boca enorme, de labios apretados, se formaba el pliegue de una amarga tristeza.

Hubiérase dicho que tenía dos almas, y que, dormida la una, se despertaba la otra, consciente y afligida.

Por último, la popadia se deslizaba furtivamente hasta el

lecho de su marido y le santiguaba en la frente, para echar de ella la tristeza y los malos pensamientos; hubiera querido besarle la mano, pero no se atrevía, y se volvía dulcemente.

Y su blancura fundíase lentamente en las tinieblas, como esas formas tristes y confusas que se alzan de noche, por encima de los pantanos y de las tumbas abandonadas desde largo tiempo. La noche tocaba a su fin, y ya los gallos habían cantado por segunda vez.

VII

Una tarde de mediados de Junio, el padre Vassili había ido al campo para acabar de recoger el heno.

La sombra del bosque próximo se proyectaba, oblicua y larga, sobre los prados, cuando de repente, un sonido tenue, desacostumbrado, apenas perceptible, dejóse oír en dirección de Zuamenskoie.

El padre Vassili se volvió vivamente; allí abajo, en el lugar en que el tejado de su casa negreaba entre los sauces, flotaba, inmóvil, una columna compacta de humo negro y resinoso; y mas baja, como aplastada por la humareda, una llamarada ancha y sanguinolenta se retorció rudamente.

En un abrir y cerrar de ojos, el heno, cargado ya en la telega, fue arrojado al suelo, y el padre Vassili puso el caballo al galope camino del pueblo; pero todo volvía ya a la sombra y el incendio terminaba; las vigas, carbonizadas, habían ardido como cerillas; solamente la estufa de loza, que había permanecido intacta, blanqueaba confusamente en la noche; una humareda semejante a un vaho concluía de enfriarse a ras del suelo.

Envolvía las piernas de los mujicks que habían acudido a prestar socorro, y, sobre el fondo indeciso del incendio moribundo, sus figuras achatadas y confusas parecían suspendidas en el aire.

La calle estaba llena de gente; los mujicks chapoteaban en

el barro fresco formado por el agua derramada, hablaban en voz alta y animada, y se miraban uno a otro con atención, como si no reconociesen de seguida sus voces y sus caras; el ganado, de vuelta de pastar, vagaba lamentablemente; las vacas mugían, las ovejas miraban sin menearse, con sus ojos vidriosos y salientes; luego tropezaban con las piernas de los circunstantes, daban de pronto saltos de costado, poseídas de un terror repentino, y, al patalear, levantaban torbellinos de polvo.

Las mujeres se esforzaban en reunir las, y en todo el pueblo repercutía un llamamiento monótono:

—¡Kit... Kit... Kit!

Aquellos rostros sombríos y como bronceados, aquel clamor singular y prolongado, aquellos animales y aquellas gentes que confundían en un mismo sentimiento elemental de espanto, todo aquello componía un espectáculo de una salvajería oscura y primitiva.

**
*

Hacia poco viento aquel día, de suerte que la casa del pope fue la única que ardió. El fuego había empezado, a lo que se creía, en el cuarto de la popadia; estaba ebria y había debido de tirar por imprudencia algún cigarrillo medio consumido. Por desgracia, todo el mundo estaba en los campos; de suerte, que no se pudo salvar sino al idiota, medio muerto de terror, y unos cuantos muebles; en cuanto a la popadia, había sufrido tan horribles quemaduras, que la habían transportado sin conocimiento y respirando apenas.

Cuando refirieron estos hechos al padre Vassili, todos los asistentes esperaban una explosión de dolor y de lágrimas; así fue que se quedaron estupefactos ante la actitud del pope; con el cuello tendido hacia adelante, en actitud concentrada, escuchaba con tanta atención que sus labios se apretaban con fuerza; hubiérase dicho que sabía ya por adelantado todo lo que iban a contarle, y que se limitaba a comprobar el relato; hu-

biérase dicho que, en el instante breve y trágico, en que, con los cabellos flotantes y la mirada clavada en las vigas incendiadas, acudía con anhelo desenfrenado en la telega que saltaba, lo había adivinado todo, la causa del incendio, la pérdida de su mujer y de todo su patrimonio, la sobrevivencia del idiota y de Nastia.

Permaneció un momento silencioso; con los ojos bajos; luego, echando hacia atrás la cabeza, hendió la multitud y se dirigió resueltamente a casa del diácono, adonde habían llevado a la popadia, agonizante.—¿Dónde está?—preguntó con tono firme, a los asistentes que miraban, mudos.

Se la enseñaron; dió un paso y tuvo que agacharse para verla. Entonces percibió una masa informe, de la que salían sordos gemidos; una enorme ampolla blanca cubría todo el cuerpo y el rostro querido, tan cruelmente desfigurado que le costó trabajo reconocerla.

El padre Vassili retrocedió con espanto y se tapó la cara con las manos.. La popadia se agitó vagamente. Tal vez había recobrado el conocimiento y quería hablar; pero, en vez de palabras, su garganta no dejaba pasar más que una especie de gorgoteo ronco y anheloso.

El pope se quitó las manos de la cara; no había en ella lágrimas; hasta ofrecía una especie de inspiración radiante, como la faz de un profeta.

Y cuando se puso a hablar, en voz alta y clara, como se habla a los sordos, una fe invencible vibraba en sus palabras; no tenían ya nada de ese sentimiento que hace a veces temblar la voz de los más fuertes; solamente podía hablar de aquella manera quien sintiera la terrible y misteriosa presencia de Dios.

—En nombre del Señor, ¿me oyes?—exclamó él.—Estoy aquí, Nastenka, estoy a tu lado... y tus hijos también. Aquí está Vassia... aquí está Nastia.

Pero el rostro inmóvil de la popadia no dejaba adivinar si

oía las palabras... Elevando aún la voz, el padre Vassili continuó:

—Perdóname, Nastenka... Yo he causado tu pérdida sin quererlo... Perdóname, solo amor de mi vida, y bendice a nuestros hijos desde el fondo de tu corazón; di adiós a la tierra y no temas a la muerte... Dios te perdona, Dios te ama. Despídete de la tierra.

Los asistentes se retiraron, afligidos y llorando; lleváronse al idiota, que se había dormido, y el padre Vassili se quedó solo con la moribunda, durante toda aquella noche de verano, tan breve y tan larga, que la popadia creía que no llegaría nunca.

Se puso de rodillas, y, con la cabeza cerca del lecho, en la habitación impregnada de un olor de carne quemada, derramó las lágrimas abundantes y silenciosas de su inmensa piedad. Lloró por ella, cuando, en su juventud y su belleza confiantes, esperaba las caricias y las alegrías; cuando, madre dolorosa, lloraba la muerte de su primogénito; cuando, trastornada y demente, huía ante los fantasmas; cuando le esperaba cerca de la puerta, humilde y luminosa, en los crepúsculos estivales.

Y aquella cosa, de la que percibía siempre el atroz olor, era su cuerpo, su tierno cuerpo, al que no había querido bastante. ¡Ah! ¡Cómo había debido de gritar, de forcejear, de llamarle en su socorro!

Con los ojos empañados de lágrimas, el padre Vassili echó en rededor una mirada extraviada y se levantó. Reinaba un gran silencio, ese silencio profundo que llega con la muerte... Miró a su mujer; el cuerpo estaba inmóvil, había adquirido una rigidez singular y absoluta, los pliegues de las ropas de la cama parecían ahora esculpidos en piedra fría; los tintes cálidos de la vida parecían haberse marchitado hasta en el ropaje, y haberse fundido en colores borrosos y como artificiales...

La popadia estaba muerta.

La noche tibia y húmeda respiraba por la ventana entreabierta, y, en alguna parte, a lo lejos, el rumor monótono de las cigarras acentuaba más el silencio de la estancia.

Alrededor de la lámpara, unas mariposas nocturnas revoloteaban sin ruido; caían de repente, y, de nuevo acudían al fuego con aletazos torpes y dolorosos; y, alternativamente, se perdían en la sombra, o blanqueaban en la luz, como copos de nieve.

La popadia estaba muerta.—¡No, no!—exclamó de repente el pope con espanto.—¡Yo creo, tienes razón; yo creo!

Cayó de rodillas, con la cara pegada en el suelo inundado de agua, lleno de restos de algodón y de gasas sucias, como si hubiera querido confundirse con el polvo.

Y de nuevo rezó, sin pensamiento; su oración emanaba de todo su cuerpo aniquilado, por haber experimentado, en el fuego y en la muerte, la misteriosa cercanía de Dios. Dejó de tener conciencia de su propia vida, como si el eterno lazo entre el alma y el cuerpo se hubiese roto, y como si, libre de todo lo que es terrestre, libre de sí mismo, su espíritu se hubiera elevado a alturas desconocidas.

Las angustias de las dudas, las fogosas iras, las rebeliones exasperadas del amor propio humano, todo esto no era más que polvo, como su cuerpo prosternado... Solamente el alma permanecía intacta, porque ella había roto las sombrías cadenas del yo, y vivía al fin con la vida misteriosa del renunciamiento.

.....

VIII

Cuando el padre Vassili se levantó, ya era de día, y un rayo de sol corría por las vestiduras de la muerta. Unas mariposas calcinadas yacían en derredor de la lámpara, que continuaba ardiendo con una llama amarillenta, ya casi invisible; una de ellas, gris y peluda, con una cabeza enorme, estaba todavía

viva, pero había perdido las fuerzas para volar y se arrastraba impotente sobre la mesa; visiblemente sufría y hacía esfuerzos para llegar a la oscuridad; pero por todos lados la luz implacable se derramaba a torrentes sobre su cuerpo disforme, hecho para las tinieblas, y le lastimaba.

Entonces, hizo vibrar desesperadamente sus alas cortas y quemadas, pero no pudo remontarse, y se obstinó en rastrear dolorosamente, con movimientos torpes y angulosos que le hacían caer a cada paso.

El padre Vassili apagó la lámpara y tiró la mariposa palpitante por la ventana; después, descansado como después de un buen sueño, lleno del sentimiento de su fuerza y de una calma inusitada, salió al jardín del diácono.

Anduvo largo rato, pensativo, con las manos cruzadas detrás de la espalda, rozando con la cabeza las ramas bajas de los manzanos y membrillos; el sol matinal, ya ardoroso, empezaba a filtrarse por el follaje de los árboles, y cuando el pope alzaba la cabeza, un torrente de fuego caía sobre sus ojos y le cegaba.

Algunas manzanas roídas por los gusanos caían con un ruido sordo, y, bajo los árboles, una gallina, seguida de una docena de polluelos despelachados, cacareaba y registraba a picotazos apresurados la tierra seca y desmenuzada.

Pero el padre Vassili no veía ni el sol, ni la caída de las manzanas: pensaba.

Su pensamiento era maravilloso; era radiante y sereno como el aire de la mañana pura; iluminaba su conciencia, hasta entonces oscurecida por cuidados absorbentes y mezquinos. Allí en donde no había visto sino el caos ciego y feroz, el azar implacable, veía, por el contrario, ahora el camino recto y tutelar trazado ante él por una mano omnipotente.

Para sustraerle a su familia, a su casa, a los bajos intereses de la vida usual, aquella mano le había lanzado al crisol del dolor humano, y ahora le guía hacia las grandes acciones, hacia el sacrificio magno.

Y la columna de fuego y de humo, que tan trágicamente había aparecido pocas horas antes, ¿no era precisamente la columna de fuego que mostrara a los judíos el camino del desierto? Pensó también: «¿Tendrá fuerzas?», y la respuesta fue un resplandor que iluminó su alma, como si el sol hubiera penetrado repentinamente en ella.

¡Estaba elegido!

Estaba elegido para un sacrificio y milagros inauditos, él, Vassili Fiveisky, cuyas quejas insensatas y sacrílegas maldijeran del destino.

¡Estaba elegido! Podía la tierra entreabrirse bajo sus pasos, y el infierno lanzar sobre él su mirada roja: no creería en el infierno. ¡Por qué estaba elegido!... y además, ¿no estaba el suelo cerrado bajo sus pasos?

Se detuvo y golpeó el suelo con el pie; la gallina, asustada, tendió el cuello, inquieta, cloqueando para llamar a sus polluelos; uno de ellos, que picoteaba a lo lejos, quiso acudir presto; corría con toda la velocidad de sus patas pequeñas; pero, en el camino, dos manazas huesudas y ardorosas le cogieron y le levantaron.

El padre Vassili sonrió tiernamente; había hecho al polluelo un nido blando con sus dos manos juntas, y le confortaba con su aliento tibio y húmedo.

Le estrechó delicadamente contra su pecho, y reanudó su paseo por el sendero desierto. El pollo, confortado por la tibieza de las manos, parpadeó un instante y se durmió; y el pope volvió a sonreír.

—¡Ahí está! Me bastaría apretar un poco las manos, y este animalito moriría. Y, sin embargo reposa, en mis manos, sobre mi pecho, y duerme con toda confianza. ¿Y yo? ¿No estoy yo en manos de Dios?... ¿Cómo me atrevería a no creer en su misericordia, cuando éste cree en mi bondad y misericordia humanas?

Rió con una risa silenciosa, que descubrió sus dientes negros y estropeados; en su rostro duro y arrogante, la sonrisa

concluía en miles de arrugas pequeñas y alegres, como cuando un rayo de sol llega a jugar sobre el agua sombría y profunda, y, con la cabeza baja, murmuró humildemente:

—¡Hágase Tu santa voluntad!

Presentáronse gentes en el jardín: el diácono, su mujer y otras personas; vieron al pope y se apresuraron a acudir a él con ademanes amistosos; pero, cuando se hubieron acercado, acortaron el paso y se pararon, estupefactos, clavados en el sitio, como se detiene uno ante el fuego, ante las aguas surgidoras o ante la mirada tranquila y enigmática de un loco.

—¿Por qué me miran así?—preguntó, asombrado, el padre Vassili.

Pero ellos continuaron mirándole sin decir nada; el hombre que estaba ante ellos era un desconocido, cuyo raro aspecto les mantenía a distancia; era sombrío, incomprendible como la sombra de otro mundo; en su cara, surcada de arrugas claras, brillaba una sonrisa, como cuando el sol llega a jugar sobre el agua oscura y profunda. Y en sus manos grandes y huesudas estrechaba tiernamente un polluelo amarillo.

—¿Por qué mirarme así?—volvió a preguntar sonriendo, el padre Vassili;—¿soy algún prodigio?

IX

Hízose bien pronto evidente que el padre Vassili se esforzaba en romper cuanto antes con todo lo que le unía al pasado y con los cuidados habituales de la vida.

Se entendió con una hermana suya, que vivía en la ciudad, para confiarle a Nastia, y envió a la muchacha sin perder un solo día, por el temor de que el amor paterno se fortificase en su corazón, con detrimento del amor de los otros hombres.

Abandonó a la parroquia el disfrute de sus tierras, y no reservó para el sostenimiento de él sino una cantidad mínima, una «viudedad», como él decía.

A mediados de Octubre, estaba construído el nuevo presbiterio, pero no se había podido terminar y cubrir sino la mitad del edificio; la otra mitad, con sus paredes desnudas, sin tejado, con sus ventanas sin cristales y sin marcos, se agarraba a la parte habitada como un esqueleto a un hombre vivo, y de noche, ofrecía un aspecto abandonado y lúgubre. El padre Vassili no quiso gastar en un mobiliario completo, y no compró para las cuatro habitaciones más que dos sillas rudimentarias, una mesa y unas camas; en las vigas de pino, las gotas de ámbar de la resina no habían tenido tiempo de secarse todavía.

La cocinera, sorda y tonta, no sabía cargar las estufas: así es que el cuarto, siempre lleno de humo, producía dolores de cabeza, y una especie de bruma, de un azul negruzco, rastreada constantemente al nivel del suelo lleno de manchas.

Hacía frío; en las heladas fuertes, los cristales se cubrían interiormente de escarcha, y no dejaban filtrarse en la casa sino una semiclaridad blanquecina; enormes bloques de hielo habíanse formado desde principios del invierno en el alféizar de la ventana, y, a medida que se derretían, largos hilos de agua helada corrían por el piso.

Hasta los mujicks, poco delicados, sin embargo, cuando llegaban para encargarse de misas, dirigían de reojo una mirada confusa y turbada, a la miserable habitación del pope, y el diácono, enojado, la calificaba de «abominación de la desolación».

Cuando el padre Vassili entró por primera vez en su nueva vivienda, recorrió largo rato alegremente los cuartos, fríos y desmantelados como soportales, y exclamó en tono festivo:

—Va a ser famoso el vivir aquí los dos, ¿verdad Vassia?

El idiota se lamió los labios y se echó a reír; su lengua era afilada y larga como la de un animal, y su risa se componía de sonidos uniformes que parecían salir a saltos unos en pos de otros: «¡Hu, hu, hu!»

Todo aquel cambio le divertía y le incitaba a reír, pero prontamente sintió el frío, la soledad y el tedio de aquel lugar

desolado; entonces se puso furioso, gritó, se dió de puñetazos en la cabeza; trató de rastrear por el piso, pero a cada instante se caía y se daba de trastazos.

A veces, parecía paralizado en una especie de profundo entorpecimiento; con la cabeza apoyada entre sus dedos largos y delgados, con la afilada punta de su lengua humedeciendo los labios, fijaba ante sí una mirada inmóvil y vacía, bajo sus párpados cortos y estrechos de animal. Y entonces tenía la impresión de que no era del todo idiota, que tenía pensamientos propios, muy diferentes de los de los otros hombres, y que sabía también cosas simples y misteriosas que nadie sabe; no se podía menos de pensar, al ver su nariz aplastada, de levantadas ventanas, y su nuca corta, que formaba una misma pieza con la espalda, como en los animales, que, si llegase a tener piernas fuertes y ágiles, huiría a los bosques para vivir en ellos una vida solitaria llena de juegos crueles y del saber oscuro de las selvas.

*
* *

Y de esta suerte, a solas, al lado de un sér demente, aturdido a veces por sus gritos de animal indómito y perverso, el padre Vassili vivía una vida mística: la del espíritu que ha renunciado a la carne.

Quería purificarse, prepararse para el gran acto y el gran sacrificio, todavía desconocidos, y sus días, como sus noches, no eran más que una oración interrumpida, una inmensa efusión sin palabras.

Desde la muerte de la popadia, se había sometido a un severo ayuno; no bebía más que té, no comía ya ni carne ni pescado, y los días de vigilia, los miércoles y los viernes, se alimentaba exclusivamente de pan mojado en agua; además, por una especie de inexplicable crueldad, que parecía una venganza, había impuesto el mismo ayuno al idiota; y éste, por más que sufriese, rugiese como bestia hambrienta, arañara, hasta derramase gruesas lágrimas, cortas y raras, como las de los perros, no obtenía un pedazo más.

X

Las largas veladas de invierno se deslizaban claras y apacibles en la blanca prisión de las paredes y el techo de pino.

De su antigua vida, el padre Vassili no había conservado más que la afición a iluminarse profusamente; trabajaba a la luz de una lámpara gruesa de tubo ventrudo, cuya blanca llama esparcía su suave claridad por toda la habitación.

Los cristales helados, revestidos de escarcha a los que la viva luz arrojaba chispas, se habían hecho como paredes opacas, que aislaban al pope del resto del mundo y de la noche.

Porque la noche gris ha circundado la vivienda con sus anillos inmensos; la estrecha, busca aberturas por donde pasar su garra negra, y no las encuentra. Entonces se enrabia, palpa las paredes con sus manos heladas, sopla de frío, levanta con cólera nubes de copos de nieve y los lanza airadamente contra los cristales, con un chasquido seco.

—La nieve—murmura el padre Vassili, prestando oído un instante; luego reanuda su lectura.

Inclinando trabajosamente su cabezota, el idiota hace cestos de cartón con cola; el pincel temblequea en el extremo de sus largos dedos, y cada rechinamiento de las tijeras resuena con toda precisión en el cuarto vacío.

Los cestos resultan mal; son informes y sucios como trozos de cartón llenos de cola que sobran por todas partes.

Pero el idiota no lo nota, y continúa su trabajo.

A veces alza la cabeza y fija en el espacio iluminado de la habitación una mirada inmóvil bajo los párpados cortos, estrechos y bestiales.

La leña seca chasca de pronto como un tiro; el padre Vassili se estremece y levanta la vista; durante un momento entreve las paredes desnudas y las ventanas deslumbradas por la escarcha, y el idiota quieto en su sitio con las tijeras entre los dedos. Todo esto pasa como un relámpago, y de nuevo se desarrolla ante los ojos bajos del pope el mundo inaccesible y ma-

raviloso, el mundo del amor, de la piedad tierna, del sublime sacrificio:

—Papá—balbucea el idiota.

Ha aprendido esta palabra desde hace poco tiempo, y lanza a su padre miradas irritadas e inquietas. Pero el pope no le escucha, y la inspiración ilumina su rostro; se pierde en los ensueños de un luminoso éxtasis; cree, como creían los mártires que marchaban a la hoguera como a un lecho de placer, y morían glorificando al Señor.

Adora, con amor robusto y sin límites, al amo que manda en la vida y en la muerte, e ignora la trágica impotencia de los amores humanos.

¡Alegría, alegría, alegría!

—¡Papá!—repite el idiota a gritos.—¡Papá!

El pope le oye y levanta la cabeza; entrevé las paredes desnudas, el rostro malo y temeroso del niño; percibe el gemido de la tempestad desencadenada, y su alma se inunda de una angustia inefable. El acto va a realizarse... ¡Se realiza!

—¿Qué haces, Vassia?... ¿Por qué no juegas? Juega.

—¡Papá!

—¿Qué te inquieta? ¿La nieve? Pues bien, sí, es la nieve.

El padre Vassili apoya la frente en la ventana, los ojos en los ojos de la noche, y mira; y al punto, murmura con espanto:

—¿Por qué no toca Nikón? ¿Y si, por acaso, se hubiera extraviado alguien en los campos? Espera, Vassia, voy a casa del chantre y vuelvo en seguida.

—¡Papá!

La puerta rechina y los ruidos penetran—se deslizan tímidos por el umbral de la casa.—¡Nadie!—El cuarto está vacío y claro; uno tras otro avanzan furtivamente hacia el idiota, echan una mirada a sus ojos de irracional, murmuran entre sí, empiezan a reír y a jugar.—Cada vez más alegres, cada vez más vivos. Se persiguen, caen, se levantan, exploran el cuarto inmediato, claro y vacío.—¡Nadie!

De repente el sonido de la primera campanada cae pesada-

mente y aturde a los ruidos pequeños asustados; la segunda resuena, ya breve, como sofocada, porque el viento que se introduce en las abiertas fauces del campanario se ha apresurado a cogerla al paso y ahogarla.

—Aquí estoy—exclama el padre Vassili, pálido y temblando de frío. Se sopla los dedos entumecidos, se restriega las manos, y he aquí que de nuevo, las páginas susurran suavemente, y todo se desvanece: las paredes desnudas, la máscara repugnante del idiota, los tonos monótonos y sordos del campanario; de nuevo su rostro arde con éxtasis insensato: ¡Alegría, alegría, alegría!

—¡Papá! —vuelve a gritar el idiota.

Su cabeza se vuelve inflexible, y sus pies diminutos y sin vida, cuyos dedos encogidos y cuya planta delicada no ha descansado nunca en el suelo, se agitan débilmente como para correr.

—Vamos, cállate, oye lo que voy a leer.

El padre Vassili toma la página empezada, y se pone a leer con voz grave y severa, como se lee en la iglesia.

—... «Y, al pasar, vió a un hombre ciego de nacimiento.»

El pope alza la mano y mira a su hijo, palideciendo de emoción.

—¿Comprendes? ¡Ciego de nacimiento! Jamás vió el sol, ni a sus padres, ni las caras de los amigos; vino al mundo, y en seguida le envolvieron las tinieblas; ¡pobre hombre!, ¡pobre ciego!

La voz del pope tiembla de fe profunda y de piedad insaciable; se calla, y mira largo rato ante él con una vaga sonrisa, como si no pudiera apartar su pensamiento de aquel pobre hombre, que no ha visto nunca el rostro de un amigo, y no sabe lo cerca que está de él la misericordia divina.

—Así, pues, escucha, hijo mío. Sus discípulos le preguntaron: «Rabbí, ¿quién pecó para que haya nacido ciego, él o los que le engendraron?» Y Jesús contestó: «Ni él ni los que le engendraron; sino que esto ha ocurrido a fin de que la gracia de Dios se manifieste en él.»

La voz del pope se afianza y resuena clara en toda la habitación. Y la amplitud de sus sonoridades alterna con los murmullos, los ruidos, los silbidos de la tempestad y los quejidos quebrados y vagabundos del campanario, ya sin aliento.

El idiota se anima; la voz vibrante del pope, el brillo de sus ojos, el ruido, todo esto le anima; se da sonoros cachetes en sus orejas desmesuradas; muge de placer, y una saliva espesa corre por su barbilla en chorros inmundos.

—¡Papa!... ¡papá!...

—Escucha, escucha... «Tengo que cumplir las órdenes de Aquel que me ha enviado, mientras que es de día, porque llegará la noche, la noche en que nadie puede cumplir nada... mientras que esté en la tierra; porque yo soy la luz del mundo.» Por los siglos de los siglos, por los siglos de los siglos—comenta el pope con voz vibrante y soberana.

«...Yo soy la luz del mundo.» Y habiendo dicho esto, escupió en el suelo; con su saliva hizo barro, con el que ungió los párpados del ciego, y le dijo: «Ve; lávate en el baño de Siloam (que quiere decir enviada)». El ciego fue y se lavó, y cuando volvió, ¡veía!»

—¡Veía, Vassia, veía!—exclamó el pope como una amenaza.

Y levantándose de un salto, se puso a andar rápidamente por la habitación. Después se paró en medio, y exclamó:

—¡Creo, Señor, creo!

Todo estaba silencioso. De pronto, una risa enorme y a borbotones rompió el silencio y resonó a espaldas del pope. Se volvió asustado.

—¿Qué es lo que tienes?—preguntó, retrocediendo involuntariamente.

El idiota reía: un gesto insensato y malo hendía hasta las orejas su máscara inmóvil, y, por la raja abierta de su boca, brotaba, irresistible, una risa brincoteadora y hueca: «¡Hu, hu, hu!»

(Concluirá.)

E. M.—Junio 1912.

LEÓNIDAS ANDREIEF

9

RÉLACIONES ARTÍSTICAS ENTRE SEVILLA Y VENECIA

Puede decirse, sin exageración, que desde los tiempos góticos hasta mediados del siglo xvii no había centro artístico más importante en España que Sevilla (1). Es verdad que la escuela catalana ha hecho gran papel en los siglos xiv y xv. No se puede negar que la escuela valenciana ha producido grandes talentos en todas las épocas, y consta que en el siglo xvii se formaron en Madrid buenos maestros al lado de Velázquez y en su escuela. Pero ninguna escuela ha producido durante tantos siglos tanto movimiento artístico; ninguna escuela puede estar orgullosa de tal riqueza, no de talentos, sino de genios, como la de Sevilla. Hoy el viajero cree encontrar en Andalucía la vida típica española, y quizá fue el arte andaluz el que sabía traducir mejor que el de otras regiones los pensamientos y los sentimientos españoles en madera, piedra y lienzo. Por esta razón, la historia sevillana alcanzó sus glorias en el siglo xvii en que el mundo entero gozaba con las novelas picarescas españolas; se entusiasmó de sus poesías elegantes en que todas las Cortes europeas vivían al ceremonial español, y la gente se vestía a la manera española. Pero esta gloria de la escuela sevillana en aquella época no es exclusivamente el mérito del genio natural de sus artistas. Estos habían sabido

(1) Esta Conferencia, leída en el Ateneo de Madrid, ha sido escrita por su autor en lengua castellana.

aprovechar lo bueno que hallaban por otros lados. Pero hay que decir que lo han aprovechado muy bien, de manera que el resultado fue un arte muy personal y muy característico. Los sevillanos aprendieron, por ejemplo, mucho de los valencianos, especialmente de Ribera, como lo demuestran las primeras obras de Zurbarán, de Velázquez y de Murillo.

Los valencianos le daban en primer lugar la seguridad en el dibujo, la nota monumental. Valencia fue para Sevilla lo mismo que Florencia para Venecia. Florencia ha extendido su influencia hasta el Norte de Italia; pero de su arte no fue acogido más que la monumentalidad y el dibujo. Lo que caracteriza el arte de Florencia, el predominio del dibujo sobre el colorido y la severidad del sentimiento, todo esto ni querían ni podían aceptar, aprender, ni imitar los otros. Y en mayor grado se puede decir esto de Valencia y de Sevilla.

Este fervor religioso, esta nota dramática, esta pasión ardiente valenciana no era del agrado de la Bética serena, sonriente, de la Venecia española; sí, la Venecia española. Como Venecia, que dominaba el mar hasta la isla de Chipre, debe Sevilla el aumento de sus riquezas, la verdadera fuente de su vida, de su comercio, al *mar*, porque desde el descubrimiento de las nuevas Indias, la reina del Guadalquivir se enriqueció de una manera inesperada. Los grandes mercaderes hacían en Venecia el primer papel, y lo mismo ocurría con los de Sevilla. Ya nos dice Alarcón que era un milagro encontrar en Sevilla a un aristócrata sin algo de comerciante. Los ricos mercaderes eran, en Sevilla como en Venecia, grandes amigos del arte, especialmente muy aficionados de los pintores, a quienes hacían muchos más encargos que el clero y la alta aristocracia.

Pero en todo, hasta en la lengua, estas dos capitales se asemejan. La pronunciación, el dialecto dulce veneciano se distingue de la clásica lengua del divino Dante, de la misma manera que el famoso dialecto de la tierra de María Santísima, de la lengua clásica del inmortal Cervantes. Las mujeres gracioso-

sas, saladas, de pequeña estatura, que pasan envueltas en sus mantones por las calles estrechas y los puentecitos venecianos por el barrio del Mercado, cerca de San Marcos, semejan mucho a las que paseán por la calle de las Sierpes y otras de Sevilla. La alegría de toda esta gente, que canta, que baila, que se divierte en estas nocturnales venecianas tan famosas, todo, todo esto recuerda a la vida sevillana, al pueblo sevillano, en tal grado, que la bella Venecia puede despertar al viajero un deseo enorme de volar de la costa del Adriático a las riberas del Guadalquivir, a esta población tan feliz, del Sur de España, que ya ha entusiasmado a tantos y tantos que han pasado horas, días y años en la ciudad de la Giralda, de la torre del Oro, del puente de Triana.

Venecia y Sevilla, cada ciudad es única en su manera, pero ambas tienen cierto común aspecto oriental, muy natural para ambas, porque Sevilla no se ha separado de las costumbres y de las cosas que proceden aun de los tiempos de la invasión sarracena. Venecia ha tenido en tantos siglos relaciones tan estrechas, tan íntimas con Oriente, que a nadie puede asombrar que el Oriente haya influido en la vida como en el arte de una población, que por varias razones se prestaba fácilmente a esta influencia. Así se la nota en sus calles y en sus canales estrechos, en su grandiosa Catedral de San Marcos, en la construcción y decoración de sus palacios. Antes que la Europa central, se ha aprovechado el Oriente del cambio natural de luz y sombra, el ritmo del claroscuro para el arte. Esto llegó pronto al Occidente, en primer lugar a Venecia y a España, cuyos artistas lo aprovecharon para su arquitectura y decoración. Caracteriza a la arquitectura veneciana, como a la sevillana, el ritmo singular y original en las fachadas de los palacios, que no parecen casas, sino tiendas de campo, cofres preciosos, cajitas de joyas, porque falta el verdadero sentimiento arquitectónico. Caracteriza esta arquitectura el ritmo de las proporciones, y es una consecuencia de todo esto el cambio de luz y de sombra. Todo aquello parece más obra de arte industrial

que arquitectura. Las fachadas semejan tapices, encajes preciosos, lo mismo que la pala de oro, es decir, el altar mayor de la Catedral de San Marcos y el *retablo mayor* de la Catedral sevillana. Estos dos altares quieren ser vistos en conjunto más que en sus detalles, a pesar que éstos son muy artísticos, verdaderas maravillas del arte.

Caracteriza este estilo, además, el cambio de la luz de la calle con la sombra de las habitaciones, y con la luz del patio de las casas sevillanas o de los jardinillos de los palacios venecianos. Contrasta, por fin, la luz de la plaza de San Marcos con el obscuro del interior de este templo, y la luz de la plaza, radiante de sol, con las místicas tinieblas de la Catedral sevillana.

Voy a exponer esas semejanzas comparando la fachada de la *Casa de Oro*, en su desigualdad original arquitectónica, con su cambio tan raro de luz y de sombra, y la *fachada* de otro palacio gótico con su ritmo interesante de arquitectura y su cambio de luz y sombra. Encontramos un ritmo muy semejante de esta fachada en la del *Alcázar* de Sevilla.

Y la falta de este sentimiento severo arquitectónico, esta predilección para un ritmo interesante y pictórico, lo vemos, tanto en el *patio* principal del Alcázar sevillano, como en el *patio grande* de la Casa de Pilatos, y finalmente, esta vista del *interior* de la Casa de Pilatos da idea de este ritmo tan pictórico de claro y obscuro.

No debemos olvidar de mencionar el gusto que, tanto los venecianos como los sevillanos, tenían por un colorido muy vivo, muy alegre. Muchísimas de las fachadas de los palacios venecianos, hoy en tan triste estado, estaban completamente decorados de pintura, y asimismo los patios y habitaciones de las casas sevillanas lucían una policromía espléndida de azulejos y de losas coloreadas.

Con esta base natural y artística se formó en Venecia, como en Sevilla, en el terreno de la pintura, un estilo verdaderamente pictórico, que aprovechó todo esto para un claroscuro

muy vigoroso, para un colorido brillantísimo, para una técnica muy amplia y pastosa, para un estilo que ve ante todo el colorido y no el dibujo. La semejanza con la pintura sevillana no existe únicamente en cosas de técnica. Todo el sentimiento de ambas escuelas es casi igual, muy bien explicable después de todo lo que hemos dicho acerca del carácter de una y otra población. Común es un sentimiento no dramático, apasionado, sino lírico, suave, sonriente, amable y hasta dulce. Notamos además en ambas escuelas cierta predilección por el empleo de mucho oro en los trajes de las figuras representadas, asimismo en los fondos, quizás explicable por la predilección de los ricos mercaderes hacia el lujo en todos sus actos y preferencias. Muy típico es, por ejemplo, la manera como en las tablas de las Ordenes militares, del Museo sevillano, obra de la segunda mitad del siglo xv, los Santos Cristóbal y Juan Bautista están vestidos con ricos trajes bordados de oro. En Sevilla se puede notar esta predilección aun hasta mediados del siglo xvi. El pintor flamenco Fernando Sturmes, que pasó la mayor parte de su vida en Sevilla, se obligó, en un contrato de 1554, a hacer unos cuadros para el Hospital de los Reyes Magos, y se lee en el contrato el párrafo siguiente: «El oro tiene que estar pintado lo más fino posible.»

Pero dejemos estas observaciones generales a un lado, y pasemos a ver las obras mismas, los cuadros, que nos enseñarán, no solamente la gran semejanza entre el arte sevillano y veneciano, sino también en qué grado la pintura veneciana influyó en la sevillana.

Uno de los primeros pintores que más han contribuido a las glorias de la pintura sevillana fue el maestro que introdujo el primero el estilo monumental del renacimiento italiano: Alejo Fernández, hermano del escultor Jorge Fernández Alemán. Es lamentable que sepamos tan poco de los comienzos de este artista, que trabajó a fines del siglo xv en Córdoba, donde se casó, que vivió después muchos años en Sevilla, donde murió en 1543. Nada sabemos de su patria, ni de si fue ale-

mán o flamenco. En todo caso, parece haber estado en la Italia del Norte y en Venecia. Esto nos demuestran los tonos grises en la sombra de sus figuras, especialmente en el cuadro de la *Virgen de la Rosa*, esta joya que decora el trascoro de la iglesia de Santa Ana de Triana, en Sevilla. La influencia veneciana se aprecia además en la manera como está compuesta la *Adoración de los Reyes*, el cuadro monumental de la sacristía de los Cálices, en la Catedral sevillana, que perteneció, con otros cuadros, a un altar muy importante, hecho por Alejo Fernández para la capilla del Jurado Nicolás Durango, en la referida Catedral. Este arco, que encuadra la composición de dicha *Adoración*, parece tomado de tablas venecianas, en que igualmente un marco de la misma clase forma la transición del cuadro al marco, como se ve en muchos cuadros de Juan Bellini, Carpaccio y Chima de Conegliano. Finalmente, la arquitectura y las observaciones de luz y de sombra en el cuadro del *Cristo a la columna*, en el Museo de Córdoba, y en un tríptico en poder de la Seo, de Zaragoza, presentan a nuestro artista como un discípulo de los italianos. El cuadro de Córdoba, que estuvo mucho tiempo atribuido erróneamente a Bermejo, no tiene nada que ver con este artista. Lo que nos interesa es, en primer lugar, el fondo con arquitectura y decoración italianas, y además esta observación de luz y de sombra que se nota en la pared. Asimismo, la arquitectura en los cuadros del tríptico de Zaragoza, es puramente italiana.

Es muy curioso un cuadro que se encuentra en el *Museo de Bellas Artes*, de Budapest, firmado por Pedro Sánchez; representa el *Santo Entierro*. El sarcófago muestra un ritmo singular de claroscuro semejante al de las fachadas de que hemos hablado.

En el curso del siglo xvi reinaba en Sevilla, como por todas partes, el romanismo, el clasicismo, que quiso imitar a las dos grandes luces del orbe, como escribió Francisco Pacheco, es decir, a Rafael y a Miguel Angel. Los mayores representantes de este estilo en Sevilla son el flamenco Pedro de Cam-

paña, que trabajó muchos años en Andalucía, y Luis de Vargas. Pero se puede notar en las obras de Vargas que tampoco este artista había olvidado por completo la tradición pictórica de los antiguos maestros sevillanos. El cuadro de la *Adoración de los Reyes*, en el zócalo del altar de la Natividad de Nuestro Señor, en la Catedral de Sevilla, pintado en 1555, lo demuestra muy claramente; recuerda mucho el primer estilo del veneciano Sebastian del Piombo. También la manera muy pintoresca en que está tratado el fondo del cuadro de la *Virgen de las Angustias*, en la iglesia de Santa María la Blanca, de Sevilla, pintado en 1564, prueba que el artista tenía bastante instinto para la realización de los efectos de luz.

Y al mismo tiempo, en 1555, pintó Pedro de Campaña esta hermosísima *Purificación de la Virgen*, en que el artista demuestra que tenía el ojo muy abierto para los efectos de luz y de sombra, porque representa de una manera muy interesante el contraste de un templo algo obscuro con la luz brillante de la plaza que se ve en el fondo del cuadro. La misma observación aprovechó más tarde Francisco de Zurbarán y supo realizarla, representar el mismo contraste tan interesante de luz y sombra, con una maestría insuperable en la *Famosa glorificación de Santo Tomás de Aquino*, pintado en 1631 para el Colegio de este Santo, en Sevilla, hoy en el Museo de la capital de Andalucía.

Los pintores andaluces aprovechaban para sus obras, en la segunda mitad del siglo xvi, como muchos otros en este tiempo, estampas que reproducían cuadros de famosos artistas italianos. Así, Vasco Pereyra, pintor portugués, que vino muy joven a Andalucía, y pasó después allá su vida, aprovechó en su *Anunciación de la Virgen*, cuadro pintado en 1571 para la iglesia de San Juan, en Marchena, una estampa que reproduce la hermosísima Anunciación, del Tiziano, pintada por este gran artista unos años antes para la iglesia de San Salvador, de Venecia. Naturalmente, la obra de Pereyra es mucho más seca que la del famoso príncipe del arte veneciano. Asimismo se ve,

indudablemente, la influencia del gran Tiziano en la Asunción de la Virgen, obra principal de Juan del Castillo, maestro de Murillo, hoy conservada en el Museo de Sevilla. Pero hay que decir que las obras del Tiziano no han tenido para los pintores sevillanos la importancia que para los pintores madrileños del siglo xvii, que han estudiado con mucho éxito la colección riquísima de cuadros del Tiziano que podían ver en los reales palacios de Madrid y en El Escorial. En vez del Tiziano, el mayor discípulo suyo fue el que inspiró a los mejores y mayores genios de la escuela sevillana: Yacobo Robusti, llamado el Tintoretto. De este pintor, que ha querido reunir en su persona las calidades pictóricas del Tiziano de la última época, con la monumentalidad gigantesca de Miguel Angel, los sevillanos han aprendido muchísimo, sin hacerse esclavos de su arte, sin copiarlo. Ellos se han fijado en las características esenciales de este maestro veneciano, y con esta base han logrado elevar su arte pictórico hasta las cimas de la gloria. Esta aproximación tan estrecha a la pintura veneciana no era muy natural en esta época, en que aún imperaba la tendencia del clasicismo; al contrario. Fue una audacia, una revolución. Fue la liberación de la pintura sevillana del romanismo, de la manera seca de Villegas Marmolejo, de Alonso Vázquez y de Pacheco. Fue un verdadero renacimiento del arte sevillano. Y a quien se debe la resurrección del arte nacional sevillano fue al licenciado Juan de Ruelas. Digo Ruelas, y no Roelas o de las Roelas, porque el artista firma constantemente en los documentos Juan de Ruelas. Desgraciadamente, sabemos muy poco acerca de la vida de este gran pintor. Los documentos más importantes, es decir, el Archivo de la Colegiata de Olivares se quemó hace ya bastante tiempo. Sabemos que Ruelas nació de padres nobles, pero no está seguro si la fecha de su nacimiento, que nos comunican los antiguos biógrafos, es exacta, porque parece poco verosímil que un hombre nacido por los años 1560, haya hecho el 1603 obras que nos revelan claramente a una personalidad que está aún al principio de su carrera artística. Me refiero a

las escenas de la vida de la Virgen, en la Colegiata de Olivares, que pintó, según Ceán Bermúdez, en 1603, para un clérigo de esta Iglesia, y que muestran una manera algo caravagggesca, es decir, la tendencia de marcar muy fuertemente las diferencias entre luz y sombra. Pero ya en estas obras se nota la nobleza de las figuras del maestro y su gran talento para la composición. Mejor y más importante es el cuadro que pintó después para el Hospital de San Hermenegildo, fundación del cardenal Cervantes, que representa el Tránsito de San Hermenegildo con el retrato del donante, hoy conservado en la iglesia del Hospital de las Cinco Llagas, de Sevilla. Tampoco el cuadro de la Natividad en el convento de Santa Isabel, pintado por el año 1606, según los biógrafos antiguos, que no se puede estudiar por razón de la obscuridad de esta iglesia, muestra todavía al artista en la altura de su saber.

Parece que desde los comienzos del año 1607 hasta fines del año siguiente Ruelas estuvo en Italia y en Venecia, porque el cuadro famoso de «Santiago en la batalla de Clavijo», pintado para la capilla de este Santo en la catedral de Sevilla, por encargo del Cabildo, entre Febrero y Setiembre de 1609, ya muestra completamente el estilo nuevo, definitivo, de nuestro pintor. Se admira un claroscuro caliente, un colorido brillante y de tonos intensos, una pasión hasta este tiempo no conocida en Sevilla, una monumentalidad de la composición, de las figuras, del concepto y de las dimensiones, también nuevas para Sevilla. El mismo espíritu y carácter lo demuestran sus otros cuadros como *La Pentecostés* que decora hoy el Museo de Sevilla. Qué dignidad y qué alegría, y a la vez, qué juego más acabado de luz y de sombra. Y asimismo la *Liberación de San Pedro*, pintado en 1612 por el artista citado, como donativo para la entrada gratuita en la cofradía de los señores sacerdotes seculares de San Pedro Advíncula, en San Pedro de Sevilla, es de una monumentalidad extraordinaria y de un claroscuro acabado. Interesante es también la hermosa *Concepción*, con el retrato del donante, D. Fernando de Mata, cuadro pintado

antes del año 1612, que conserva hoy el Museo de Berlín, muy brillante en sus colores y muy importante también por el paisaje. Finalmente, tenemos que mencionar aquí el gran cuadro que representa el Tránsito de San Isidro, que decora el altar mayor de la iglesia de este Santo en Sevilla, cuadro del que se puede decir, para caracterizarlo en una palabra, que es para Ruelas y para Sevilla lo mismo que el Entierro del Conde de Orgaz para el Greco y para Toledo. De unos detalles característicos del arte de Ruelas, influido por Tintoretto, nos informa muy bien *El Martirio de San Andrés*. Fue pintado para la capilla de los flamencos en el colegio de Santo Tomé, en Sevilla. Los flamencos encontraron el precio de 1.000 ducados, en que los artistas sevillanos habían tasado el cuadro, demasiado caro, y lo enviaron a Flandes para que se tasara allí; pero se tasó el cuadro en Flandes a un precio tres veces más alto que en Sevilla. Se nota en este cuadro el mismo movimiento que en los cuadros de los calvarios y de las escenas de batalla que ha pintado Tintoretto, y el mismo ambiente naturalista. El segundo término es más bajo y de una tonalidad más clara, y, como en las obras de Tintoretto, las siluetas se encuentran oscuras, destacando sobre trajes blancos o sobre el cielo.

La Circuncisión, esta obra magistral que pintó Ruelas para el altar mayor de la capilla de la Universidad de Sevilla, y las otras obras de su último tiempo, especialmente las que hizo para la iglesia del convento de la Merced en Sanlúcar, nos muestran el artista a la altura de su saber. El claroscuro de estos cuadros es de una belleza y armonía insuperable, los colores son de una serenidad verdaderamente veneciana. Estos cuadros, en conjunto, son dignos de alternar al lado de un Tiziano o de un Tintoretto.

Por esta predilección al Tintoretto, RUELAS es el que merece el nombre de innovador de la gloriosa pintura sevillana del siglo xvii, de Patriarca de esta escuela tan brillante, y no Francisco Herrera el viejo, a quien se ha llamado durante mucho tiempo Patriarca de los impresionistas, héroe que liberó el

arte sevillano de la manera tímida del siglo xvi. Pablo Legote, Varela y otros pintores menos importantes han aprendido mucho de Ruelas. Herrera ha aprovechado más que todos aquellos del arte de Ruelas, porque a Ruelas debe el bulto de sus figuras, la monumentalidad de su dibujo y la fuerza de su colorido y el vigor de su claroscuro. Si Herrera superaba quizás a Ruelas en la bravura del toque, en la pasión de sus sentimientos, Francisco Herrera no alcanza jamás la nobleza, la dignidad, la armonía completa de Ruelas. Fijémonos en el cuadro famoso de Herrera, el *San Basilio* que se puede estudiar en el Museo del Louvre, de París. Tiene todo lo bueno del artista, esta monumentalidad, esta técnica tan amplia, y no pocas finuras pictóricas en los detalles. Las figuras son de una vida extraordinaria, son ejemplos del naturalismo marcado de Herrera. Pero de ninguno de estos tipos se puede decir que sería un tipo noble, muy espiritual.

También el hijo de este maestro, Francisco Herrera el joven, sufrió la influencia del Tintoretto, como se ve en el cuadro *El triunfo de San Hermenegildo*, que conserva el Museo del Prado. Herrera ha pintado este cuadro tan vigoroso ya después de haber marchado de Sevilla, aquí en Madrid, para un convento madrileño.

En Madrid sufrió también, como tantos otros, la influencia del Tiziano, pero hay que decir que quizás ningún otro pintor ha entendido tan bien al Tiziano como Herrera el joven; y la prueba de esto son los dos magníficos cuadros que representan el *Ecce Homo* y la *Calle de la Amargura*, que posee el Sr. Marqués de Cerralbo. Ambos cuadros son de una fuerza extraordinaria en el colorido, y de una técnica pastosa verdaderamente monumental.

Con mayor intensidad aún, y con mayor éxito también que Ruelas, el más famoso de todos los pintores sevillanos, Velázquez, estudió el arte del Tintoretto. No habrá habido otro gran pintor a quien más admirara Velázquez que a Tintoretto. Velázquez fue quien adquirió en Venecia el famoso cuadro *Lava-*

torio de pies, de Tintoretto, para su Señor el Rey Felipe IV; Velázquez fue quien copió este cuadro y quien dió a esta obra magistral del gran pintor veneciano el sitio de honor en la sacristía del templo de El Escorial. A este cuadro tenía que ceder su puesto el famosísimo *Descendimiento de la Cruz*, de Rogelio Vanderbeyden. ¿Qué admiraba Velázquez en este cuadro del Tintoretto? El arte con que Tintoretto había entendido dar la ilusión de una sala muy profunda, los tonos grises plateados y el ambiente. Y en otras obras del Tintoretto admiraba y aprovechaba los mismos elementos, como una generación antes lo había hecho Ruelas. El ejemplo más elocuente para todo esto es quizás el cuadro de la *Rendición de Breda, las lanzas*. Las figuras del primer término están pintadas con tintas muy fuertes e intensas; el término segundo es, como en los cuadros del Tintoretto, más bajo que el primero. Además, el segundo término y el fondo están tratados en tonos muy claros. Parece que la luz está absorbiendo los colores. Dominan tintas rosadas, azules y amarillas muy claras. Como Ruelas y Tintoretto, aprovechaba el efecto de las siluetas destacando sobre fondo claro. Lo demuestra la figura del soldado puesto delante de esta figura, vestida con traje blanco, maravillosamente pintada.

Se ha dicho que la invención de una parte importante de este cuadro, Velázquez la debe al Greco. Es esta parte la del fondo, inspirado, dicen, en el fondo del famoso cuadro de *San Mauricio*, en El Escorial. El que busca, encuentra. Por de pronto, no es tan importante este motivo como afirman; y además, Velázquez no tuvo necesidad de inspirarse en este cuadro para reproducir una formación militar, muy corriente en estos tiempos. Pero si Velázquez en la composición de este cuadro fue influido por algún otro pintor, no lo fue por este discípulo espiritual del Tintoretto, sino por otro admirador del gran genio veneciano, es decir, por *Rubens*. Dos cuadros de Rubens hay que tienen una composición muy semejante a la de *Las lanzas*: el *Encuentro del Cardenal Infante Don Fernando con el Rey de Hungría*, hoy en el Museo Imperial de Viena, y la *Reconcilia-*

ción de Jacob y Esaú, en la Pinacoteca de Munich. Del primer cuadro, Velázquez puede haber conocido reproducción, y el otro estaba en este tiempo en el Real Alcázar de Madrid. Sabemos que fue regalado a fines de este siglo xvii por Carlos II a su cuñado el Príncipe Elector de Dusseldorf, y con la famosa colección de este Príncipe llegó más tarde a Munich. La manera cómo está compuesto el cuadro, cómo se saludan los Príncipes, cómo está tratado el séquito y cómo están tratados los varios términos, especialmente el segundo, más claro y más bajo, y este joven con el caballo en la parte derecha, todo esto es de una semejanza grandiosa. Pero puede ser una sola coincidencia. Porque la Biblioteca Nacional de Madrid conserva, aparte de los estudios para la figura del General Spínola, precisamente el de este muchacho que está con el caballo, y se ve cómo Velázquez ha trabajado hasta que encontró la postura definitiva para esta figura.

La influencia tan marcada de Tintoretto sobre Velázquez no se aprecia en seguida en toda su intensidad. Las primeras obras de Velázquez después de su primera visita a Venecia, nos revelan de una manera interesantísima cómo este ilustre pintor español quería demostrar a sus compañeros italianos que también él sabía reproducir perfectamente el desnudo, este arte de que los italianos tanto se vanagloriaban. Por esto resulta que la *Fragua de Vulcano*, con sus desnudos, como la escena de los *Hermanos de José*, en El Escorial, se parecen muy poco en su composición a obras españolas, estando más bien inspiradas en su composición de relieves clásicos. Pero ya en estos trabajos, especialmente en la *Fragua de Vulcano*, se notan estos tonos grises plateados, tan típicos en las obras de Velázquez de los años 1630 hasta el 40.

Se ha preguntado de dónde procede esta predilección de Velázquez por estos tonos, así como tanta libertad en la técnica después de la vuelta del artista de Italia, y se ha supuesto que Velázquez debe quizás estas notas a Domenico Teotocopuli, al Greco.

Ya aparece aquí el ilustre discípulo del Tiziano, el tan moderno maestro de Toledo. Antes de entrar en el estudio de las relaciones del Greco y Velázquez, queremos contestar la pregunta sobre los tonos grises. Este gris plateado ya se encuentra en las obras de Pablo Veronés, como en unos de Tintoretto, como ya hemos dicho. Pero aparte de esto, hay que decir que en la misma época, poco más o menos, en que Velázquez demostraba esta predilección por los tonos grises, muchos otros grandes pintores mostraban la misma predilección. No quiero hablar de Rubens, que ya en los años 1618 hasta el 25 manifiesta esta preferencia, influido por su gran discípulo y colaborador Van Dick. No quiero hablar tampoco de la segunda manera de Guido Reni, que es la época de su estilo de gris plateado; pero hay que decir que el famoso pintor Frans Hals dejó por el mismo tiempo que Velázquez los tonos claros y calientes, y prefirió un tono gris, hasta que diez años más tarde se decidió por estos tonos verdinegros, tan característicos en el último estilo de este gran pintor holandés. Y más, Jusepe de Ribera se inclina en una serie de obras, pintadas en el mismo tiempo, igualmente a este tono gris, como lo demuestra especialmente el cuadro de *San Jenaro*, en Salamanca, y el cuadro de *Apolo y Marsias*, en Bruselas.

Pero no hubiera sido menester dar estos ejemplos, porque el gris del Greco y el de Velázquez son cosas muy diferentes. Este gris del Greco tiene que reunir sus brillantes colores; este amarillo, agudo como un sonido metálico; este azul brillante, aunque frío, semejante al cielo de una mañana de invierno; este carmín ardiente, y este verde, jugoso como un prado en Mayo.

El Greco necesita este tono gris para dar la armonía y la firmeza a la composición, a la estructura de sus colores. Este gris es para él como una cinta que sujeta un ramo de flores. En las obras de Velázquez el gris no puede tener este destino, porque Velázquez no es colorista, sino pintor de valores, que no usa ni aprecia generalmente el color en toda su pureza

y claridad, sino en sus variantes, en sus gradaciones determinadas por la luz.

En resumen: no creemos que la influencia del Greco sobre Velázquez haya sido tan decisiva como muchos afirman.

No hay que olvidar que el Greco era no solamente discípulo directo del Tiziano, sino el admirador y discípulo espiritual de Veronés, de los Basano, y en primer lugar del mismo Tintoretto, que tanto entusiasmó a Velázquez.

La Coronación de la Virgen, del Greco, esa joya preciosísima de la colección de D. Pablo Bosch, y el cuadro de Velázquez, del mismo asunto, perteneciente al Museo del Prado, que se ha comparado en los últimos tiempos tantas veces, son en el fondo cosas muy distintas. No tienen más de común sino cierta semejanza en la composición, y ésta ya se encuentra exactamente igual en obras anteriores; por ejemplo, en cuadros de Alberto Durerero y también en cuadros de la escuela flamenca.

Únicamente para sus retratos, Velázquez parece haber estudiado y aprovechado los cuadros del Greco. El retrato del Conde de Benavente, en el Museo del Prado, muestra cierta nerviosidad en la manera como está tratada la luz, una manera que no se encuentra por lo regular en las obras de Velázquez, pero muy común en las creaciones del Greco.

Es muy característico para las relaciones entre Velázquez y el Greco, que Velázquez no diera a ninguna obra del Greco un lugar preeminente cuando estaba arreglando de nuevo, encargado al efecto por Felipe IV, los cuadros de El Escorial. Y muy característico para todo es además que Velázquez tenía en su despacho, no cuadros religiosos del Greco, sino retratos suyos.

El Greco y Velázquez, estos dos grandes artistas, eran caracteres demasiado distintos en su vida como en su arte, para que Velázquez hubiera podido aprovechar mucho del Greco. El Greco es colorista; Velázquez, pintor de valores; el Greco es místico, idealista que busca lo fantástico, lo sobrenatural; Ve-

lázquez es realista, busca la verdad; el Greco es apasionado, dramático; Velázquez es más bien lírico. El arte del Greco tiene algo de gritón, de gesticulador; el de Velázquez es más bien reservado, y no revela sus hermosuras sino muy lentamente. El Greco es la nervosidad; Velázquez, la calma. El Greco, la naturaleza problemática, quizá la más interesante que hubo entre todos los pintores; Velázquez, la armonía más completa, más acabada.

El Greco nada en una abundancia de luz; la derrama en ríos y torrentes sobre sus cuadros. Velázquez busca posesionarse, guardar su encanto, sus maravillas; la luz no es para el Greco problema tan esencial como para Velázquez, que lo aprovechó en el factor importante para la construcción de sus cuadros.

Obras como las *Hilanderas*, o las *Meninas* hubieran sido imposibles para el Greco.

El Greco es de una producción tremenda; pero se repite demasiado, sin decir cosa nueva, y es además muy desigual. Velázquez trabaja poco, pero nunca se repite; cada obra revela un problema nuevo; es un progreso.

El arte del Greco es filosófico sentimental; el de Velázquez es ingenuo.

En el arte del Greco se nota el esfuerzo, el deseo de ser nuevo y original; el arte de Velázquez es natural, se desarrolla como una planta en la tierra.

El Greco es amanerado; pero él ha querido liberarse de su tiempo, que era una época de epigonos.

El arte del Greco es la revolución del epigono. Se admira en el Greco la personalidad, la fuerza de este hombre tan singular, la lucha artística, casi trágica; se admira al hombre para quien el arte era todo. El Greco fue sin duda el artista más artista antes de Rembrand. Velázquez, en vez de esto, es el inexplicable grandioso privilegiado de Dios, es el milagro del genio.

De Zurbarán no tengo mucho que decir.

E. M.—Junio 1912.

Zurbarán es sin duda el artista español al que preocuparon menos las influencias extranjeras. Él permaneció en Sevilla, donde realizó un arte muy español, esencialmente castizo. La única influencia que sufrió fue la de Ribera en su juventud—influencia que fue de gran provecho para su arte—y la de Murillo en su última época, que le desorientó en cierto modo en su producción tan peculiar. Por el contrario, Murillo, menos personal, sufrió diferentes influencias. El es tal vez el pintor español de aquellos años que más se dejó influir por grandes maestros, españoles uos y extranjeros otros, pero supo, a pesar de esto, formar un estilo propio. Naturalmente, Murillo aprovechó también mucho de los venecianos, sea por el estudio indirecto, es decir, fijándose en las obras de Ruelas, de quien Murillo aprendió mucho, sin alcanzar la monumentalidad de este maestro, sea directamente por sus estudios durante sus visitas en Madrid y El Escorial. Y se puede decir que especialmente estos cuadros de Murillo, influídos por el arte veneciano, tienen un valor artístico muy importante, mayor que el de muchas otras de sus obras. Una prueba para esto son los dos cuadros hermosísimos, pintados para la *Iglesia de Santa María la Blanca*, en Sevilla, hoy en el Museo del Prado, que se refieren a la fundación de la iglesia de Santa María de las Nieves, en Roma. El claroscuro no puede ser más acabado; el colorido es de una delicadeza y hermosura extraordinarias; la técnica, insuperable.

Muy interesante es de ver cómo también Murillo aprovechó el efecto de la silueta grande, destacándose sobre fondo blanco, como lo muestra la grandiosa figura del Papa.

Por muchas razones, Murillo es quizá el pintor más típico andaluz, porque sus obras respiran este aire templado, este donaire, esta serenidad y alegría, este carácter tan caballeresco con su veneración muy especial por la mujer, sentimiento que encuentra su expresión más característica en los cuadros que representan a la Purísima Concepción.

Como los pintores venecianos, prefiere el sevillano Murillo

la nota lírica a la dramática, un colorido agradable a matices muy austeros.

Se ha designado en el siglo pasado a Murillo como el más grande colorista español del siglo xvii. No es esto cierto.

El mayor colorista de Sevilla en este siglo fue, sin duda, el famoso rival de Murillo, Juan de Valdés Leal, cuya personalidad tan interesante y cuyo arte tan característico empieza a respirar en nuestros días nueva vida, y a encontrar el aprecio que en verdad merece.

El arte de Juan de Valdés Leal revela el mayor brío posible en la técnica, y un sentido expresivo para los colores. Esto se manifiesta especialmente en sus cuadros, tan famosos, de nuestras postrimerías, en la iglesia del Hospital de la Caridad en Sevilla. Muy interesante es de ver cómo Valdés Leal tiene naturalmente en otro sentido, como los primitivos, una predilección muy marcada para pintar joyas y objetos artísticos trabajados en oro y plata.

Los modelos de Valdés Leal son, algunas veces, de una fealdad buscada; pero el artista sabe llegar a la belleza también aquí, por sus fuegos y por la hermosura de su colorido. El quizás superó a Ruelas en la pasión de sus figuras, en la nota dramática de sus representaciones; pero tiene también lo que, por ejemplo, Herrera no había heredado de Ruelas: la nobleza de sus figuras.

DR. AUGUST L. MAYER,
de la Pinacoteca de Munich.

LA AMÉRICA MODERNA

Oratoria malsana. Comentarios a un discurso propagado por una Universidad centroamericana. Imaginería retórica. El intercambio de la Retórica. Valor docente de la elocuencia.—La riqueza minera americana. El ejemplo de Guatemala. La minería en la Argentina. La cordillera de los Andes. Distritos mineros. Condiciones para el desenvolvimiento minero argentino. Falta de industrias. Falta de población. La exportación de la Argentina. Proporción de los productos.—El comercio de Sur América en 1911.—La revolución mejicana. Reconquista del territorio por los indios.—Vocabulario de centro-americanismos. Un libro curioso.

La lectura de un discurso que publica la *Revista de la Universidad*, de Tegucigalpa (Honduras) (1), pronunciado ante los estudiantes mejicanos en Toluca, por el honorable señor D. Rafael Heliodoro Valle, orador hondureño, me lleva a escribir unas consideraciones, dada la trascendencia pedagógica de discursos como el que nos ocupa. Discursos como el que daré a conocer por fragmentos, se leen con deplorable frecuencia en el publicismo americano, compuestos por americanos unas veces, por europeos otras; europeos que creen satisfacer el gusto americano acumulando la hipérbole y el símbolo en sus trabajos; dando el primer puesto a las creaciones fantásticas, a la profusión imaginativa, en vez de buscar la limpidez, el estilo y, sobre todo, la elevación en el pensar. Discursos de

(1) Año IV, núm. 1.

esta clase son estériles, en cuanto se intenta la propaganda de alguna idea mediante ellos; perturbadores siempre, porque despiertan un afán de imitación en los lectores jóvenes, que los conduce a verdaderas desviaciones intelectuales.

He aquí cómo el honorable orador hondureño habla ante los estudiantes mejicanos:

«Dispéñseme la joven gente briosa que desgrane en su loor mis collares de agradecimiento enternecido, ya que ella ha desdoblado sobre la hidalguía de su tierra una alfombra de pétalos para que pase mi rocinante lírico. Gracias, amigos míos, porque me habéis hecho millonario con las esterlinas de vuestros aplausos. Son tan bellas esterlinas y tan finamente cordiales, que su oro resplandecerá en mi escarcela, a pesar de su esencia intangible, y tan firme de liga, que no hay otro metal que perjudique la sonoridad encantadoramente gentil con que me alegran.»

En este exordio hay un claro documento para la psicología experimental: se puede fijar un carácter por las asociaciones del vocabulario. En la salutación a la asamblea que le escucha, el honorable orador hondureño asocia cosas afines agotando la representación *moneda*; la libra esterlina tira de los cabellos a las escarcelas, al oro, a la liga de las acuñaciones, a la sonoridad de los metales, al... ¿A qué seguir? Después de haber hecho con el sentimiento de gratitud unos collares (como hubiera podido hacer unos tirantes), para desgranarles sobre una hidalguía que inmediatamente llama a un rocinante lírico, ya todo puede admitirse, puesto que navegamos en franquía por los mares de las anomalías retóricas.

Los jóvenes mejicanos siguen siendo saludados por el retórico hondureño:

«¿Qué otra cosa debía ofrecer a la parvada rumorosa que se pone a cantar sobre mis árboles en fiesta? ¿Qué más podría ofrecer a vosotros que me miráis detrás de transparencias? El esfuerzo del labio mío se arrodilla en este santo minuto, sufre ante la palabra intocada, pero la palabra no se conduele

ante la solicitud del corazón. Hay tantas cosas que quisiéramos decir en nuestros momentos diáfanos, cuando amanecemos con el pensamiento claro, que éste, á pesar de todo, como que se esfuma ante la vaguedad doliente de la palabra que rumorea sin congelarse sobre el hilo de oro de la lira. Y cuando nos sentimos satisfechos de haber encerrado una íntima vibración en el vaso hechicero y astral de la frase armónica, tal parece que Dios mismo se alegra porque nos ha revelado un punto de luz de su granero de astros, una gota de su gran fragancia etérea, un filo envolvente de su nube presididora entre majestad de lampos. Bienaventurados los que dejan el reino de la tierra por el apostolado de la palabra, como deja el ruiseñor que empolla en el hueco tibio a la rumorosa pichonada sólo por irse en éxtasis al aire, a las nubes, a presenciar cómo está de blanco el plenilunio, cómo está de suave la brisa, para decir sus «stacattos» y sus floraciones de música divina. Y este momento es así: quisiera decir muchas cosas que me aletean en lo interior, pero las palabras como que me huyen y se desvanecen temerosas hasta de su sombra. A pesar de tanto brinco en fuga, va mi rocinante alado en pos de ellas; va, como la tarde infantil que ayer adoré iba recogiendo margaritas por el campo azul, vadeando cumbres...»

La profusión de imágenes, la asociación de representaciones de colores y de sonidos, los abusos del símil y el lenguaje simbólico; todo ello, embutido en períodos oratorios de resonancia conseguida por cláusulas inacabables, da por resultado una mesa revuelta que dista mucho de ser el barroquismo, a veces excusable y no pocas artístico. No hay ensambladura posible que dé conexión a tantos elementos dispersos y conglomerados formales, incapaces de contener una idea directriz y, mucho menos, una serie lineal, lógica, de conceptos engarzados, que son los que deben constituir el fondo del discurso. En el arte gracioso o decadente, la línea está a punto de perderse; en el que se extralimita por encima de la divisoria churriguesca, no hay más que confusión. Ahí está el ejemplo de las

páginas de los Goncourt, en las cuales los tiznados del pastel se entremezclan en confusión multicolor, de tal suerte, que en vez de despertar una sensación cromática definida, se sentía más bien la impresión de una serie de palabras como azul, verde, rosa, amarillo, que impresionaba el oído, pero no la retina.

En resumen: que esa manera de hablar, en fuerza de querer decir muchas cosas, no llega a decir nada. Y si no, allá va otro parrafito del orador hondureño, a ver quién lo descifra:

«Bendita sea la esperanza, que no nos abandona en este viaje tan largo y con tanto guijarro, que nos es morral de amor y báculo de frescura en el diario batallar, que se toma hasta el trabajo de ponernos en los labios la alabanza con que hemos de bendecirla, tras el pan cotidiano que cae de su mesa en la forma del libro empollador de soledad, o de la tecla enfermada de almas enfermas, o de la lira de áureos topes, en cuyo cordaje sonoro se enreda contrito el sufrimiento, o de la espada sacrosanta, enfloradora de glorias, que trueca el épico páramo donde las banderas desdoblan sus palios solemnes y bárbaros en un valle de laureles, en cuyo seno se refrescan los huesos de la batalla y se sientan a descansar las bellas cabezas trémulas de los luchadores invictos, que si se quitaron el sombrero purpúreo y se empinaron...»

Hasta ahora no creo que los estudiantes de Toluca se hayan enterado de algo, como no sea del nunca visto *báculo de frescura y del morral de amor* del honorable orador hondureño, cuyos discursos propaga la Universidad de Honduras. Por lo demás, se ven en estos párrafos dos palabras, camino y espada, que sirven de aglutinante a una parrafada de retorcidos lirismos. Nótese que no hago cuestión de los solecismos y de la peculiar sintáxis del orador; en las exigencias del casticismo, no me meto; en las de la lógica, hay que ser inflexible.

Tampoco se descubre nada cuando el Sr. Heliodoro Valle abre su alma; la obsesión del símil le inunda por completo:

«Este instante se me abre en el alma, muy dentro del alma,

con la caricia, con la excelsitud, con la fineza de una vara de reseda, verde y blanca; blanca, porque el instante es purísimo, y verde, porque es enternecedor. Después del viaje a tientas hacia donde apunta la rompiente lanza de la melodía, tras la ráfaga cruenta, crucificada y sin morirse la Esperanza, con cilicios la mente, húmedas las manos por los claveles que gotean nuestras plantas, ya que a veces, en la romería nos hacen falta la venda verónica y el pañuelo untado de consuelo; sin poner a la pena hostil y al cardo heridor más rompeolas diamantino que el del verso, ni más aceite remediador que el de la plegaria toda vuelta al santuario entre la tarde reverente...»

Una serie de discursos como éste, y a fin de curso los estudiantes de Toluca se habrán vuelto locos u oradores de este estilo.

El orador hondureño sigue la vieja preceptiva retórica que aconseja hacer una llamada sentimental al auditorio, preparadora de los aplausos. ¡Pero de qué manera! El lector más esquinado, bronco y austero, se convierte en humorista, y tal vez tocará en los linderos de la frase equívoca y de dudoso gusto al contemplar las últimas serpentinas lanzadas por nuestro lírico vocero. Hágase la prueba:

«Señores: yo no sé qué es lo que estoy diciendo, qué es lo que siento, qué es lo que me aletea y me tortura en lo interior; pero tengo muchas cosas que quisiera echarlas afuera o encerrarlas en estuches de silencio sacrosanto. Es como si alguna mano blanca me arrojara un fácil gotear de hojas de rosa, como si muy allá, muy dentro de la boca, sintiera un ir y venir de rocío que endulzara mis palabras, como si detrás de mis pupilas pasara un río de magnolias recién abiertas que anegan con la ternura de su perfume el valle de oro de mi sér. ¿Qué tienen mis labios para que se endulcen con la seda musical de una inspiración casi intempestiva que pugna en vano por engastarse con decoro en la sortija de brillantes de la palabra cantada? ¿Qué tienen mis sienes que se inundan con el temblor que sube de estas olas del corazón tan cubiertas de es-

pumas de lirismos, de ramazones de recuerdos y de nidos en calma? ¿Se ha dado cuenta mi cabeza de todas estas manos que me constelan el pecho con unciones de cariño gentil, de todos estos vuelcos del entusiasmo que me ponen fino el corazón, que me hacen suave como bajo un unguento magdalino, y que me rellenan con una madeja hilada, quién sabe por qué, buenas manos generosas?...»

¿A qué vienen esas inesperadas torturas, esos claveles, esas magnolias, esos unguentos de María Magdalena, ese algodón hidrófilo, que en todo estará bien menos en los arranques líricos? ¿Dónde esté el valle de oro del Sr. Valle, ni qué modestia es esa? Después de leer este discurso (que si no miente la *Revista de la Universidad*, de Honduras, fue muy aplaudido), no queda idea alguna en la conciencia del lector ni una impresión definida en la memoria; deja tan sólo la impresión del espectáculo indiferente de un carro de mudanzas que se descarga y saca hacinados las cosas y enseres más distintos.

No es labor sin finalidad la que se hace exponiendo y comentando discursos de esta clase, reveladores de una desviación de muchas mentalidades; una balumba de literatura viene y va a Ultramar con el sello de la vaciedad y de la incongruencia, sazonada de lirismos. Este discurso es un símbolo; este orador, un tipo representativo. Yo he leído parecidos párrafos en oradores europeos exportados a América, y he escuchado análogos períodos en oradores americanos que hablaron en Madrid. Me han hablado de Garibaldi, encajando en la descripción de su retrato el color de su blusa, los trigales de la Argentina, el piafar de los potros; y al final de la descripción, he tenido que preguntar: «¿Dónde está Garibaldi?» El héroe yacía sepultado por la montaña de imágenes retóricas.

Esta oratoria, que siempre es deplorable, resulta nociva cuando se deja oír en centros docentes, o tiene influencias pedagógicas más o menos inmediatas, como en el caso de los estudiantes de Toluca. Cuando se quiere adoctrinar, enseñar, hacer pensar, hay que comenzar por atarle las alas al Pegaso

de la fantasía y hacer que tire pacientemente de la coyunda en unión de la inteligencia ilustrada, para abrir el surco hondo en el cual se ha de depositar la semilla. Y no es que la elocuencia sea antipedagógica; que la oratoria, hablando en términos generales, deba proscribirse de la enseñanza, como algunos quieren (generalmente, malos oradores o cerebros de paso boyuno); el buen orador, en la cátedra realiza la incomparable labor de hacer que las ideas por él vertidas sean asimiladas por el oyente, como si realmente éste mismo las hubiese pensado, dice Paulsen, el profesor que fue de Filosofía en la Universidad de Berlín, en su libro sobre las Universidades alemanas (*Die deutschen Universitäten*. Berlín, 1902). Buenos filósofos eran Simmel y Paulsen; sin embargo, Simmel tenía más discípulos por su superioridad como orador comparado con Paulsen; grandes economistas son Schmoller y Wagner, pero Schmoller hace más discípulos por sus condiciones de superioridad oratoria. Lo que hay que combatir es esa oratoria que se confunde con la farsantería propia de la farándula y que tiende a dejar anulada la vida de la conciencia, y sólo despierta la vida medular, la emoción, que busca la vanidad del aplauso o el efecto útil parlamentario.

*
* *

La minería está destinada a ser una gran rama de la producción en los países ibero-americanos. Los buscadores de oro fueron los primeros productores que se manifestaron en el suelo americano; éstos fueron después reemplazados por los comerciantes y agricultores. En la actualidad, la industria minera no se ha desarrollado en los países a que nos referimos por varias causas, sobre todo, porque el comercio y la agricultura dan ganancias más rápidas que la minería, que exige grandes investimentos de capital, tiempo para penetrar las capas del suelo, abrir galerías, etc.; el campo de acción de la minería es, sin embargo, muy extenso en América.

En pequeñas repúblicas centroamericanas, en las cuales atrae más la busca de la ganancia comercial, que consiste en vender más caro lo que se compra a algunas leguas de distancia, absorbiendo así gran parte de la actividad industrial, la riqueza minera ofrece un campo de negocios de importancia.

Respecto de Guatemala, ha dicho el ingeniero A. E. Roberts, en el importante periódico *The Dayle Ficayune*:

«En la actualidad y en tiempos pasados, la industria minera ha sido muy descuidada en Guatemala, y la atención general ha estado dedicada a la agricultura con una consagración especial al cultivo del café. Sin embargo de esto, el campo mineral del país es muy extenso, y no encuentro una razón que justifique suficientemente, no explotar esta inmensa riqueza que vendrá a ayudar poderosamente al desarrollo material del país.

Yo puedo juzgar a Guatemala hasta donde alcanza la órbita de las investigaciones a que estuve dedicado, y la considero como un gran país minero y susceptible de un grandioso desarrollo.

En la parte Norte de la República hay una rica zona, donde se encuentran ricos depósitos de plomo argentífero, y dentro de algún tiempo, que creo no estará muy remoto, estarán trabajadas en una extensa escala con magníficos resultados. En línea diagonal hacia el Sur, la zona mineral puede trazarse por todo el camino que sigue hasta la frontera de Honduras y también entre la frontera de Honduras y el Salvador.

En la parte oriental de Guatemala hay numerosos placeres que pertenecen a las familias Potts y Knight, de los EE. UU. los que producen considerables cantidades de oro.

La región aurífera de Guatemala existe en la parte oriental de la República, en toda la extensión de la frontera hondureña, de la que hemos recibido numerosas muestras que indican ricos veneros. Algunos de los ensayos hechos de estas muestras, tomados a granel, acusan varios miles de dollars por tonelada, cuando otras no producen más que unos cuantos do-

llars. Concienzudamente puede decirse que hay cantidades considerables, tanto de escaso como de abundante mineral, y que será un negocio muy productivo la explotación de las regiones minerales de este país.

Encontramos algunos grandes veneros argentinos en el departamento de Santa Rosa, en que el mineral acusa 40 pesos plata por tonelada. Concentrando estos veneros, pueden producir un magnífico provecho.

Hasta ahora, nuestros esfuerzos se han concentrado a los proyectos; pero tan pronto como estén localizados definitivamente, se principiarán los trabajos, estableciéndose las instalaciones necesarias para la explotación económica que haga obtener el producto.

El capital americano y extranjero se dirigirá a Guatemala de una manera que no tiene precedente y, ciertamente, tanto los recursos minerales como los agrícolas, están preparados para un maravilloso desarrollo en un período muy próximo. El Presidente de Guatemala es un hombre progresista, y ha hecho y está haciendo admirables trabajos. Es activo y enérgico, y los esfuerzos que está poniendo en actividad para reconstruir el país, es seguro que serán premiados con los resultados que persigue.»

Esta información que presentamos respecto de Guatemala ofrece análogos resultados a los que se obtienen de los otros países del continente, sobre todo, en la Argentina.

La producción de los países ibero-americanos es agrícola principalmente; en la Argentina está casi toda la actividad absorbida por la agricultura, no obstante su riqueza minera y su capacidad industrial.

Desde 1905 se ha producido un movimiento a favor de la industria del oro, de la plata y del cobre, en la Argentina, y se han creado, con tal motivo, importantes sociedades anónimas. El Gobierno argentino, para fomentar tal desenvolvimiento, construyó un transportador aéreo destinado a las minas de Famatina, que es una maravilla de la ingeniería.

A lo largo de las vertientes orientales de la cordillera de los Andes, desde Bolivia a la Tierra de Fuego, se extienden los distritos mineros, sobre todo en las provincias de Mendoza, San Juan, la Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy, Tucuman, Córdoba y San Luis. En estas zonas se encuentran vestigios de antiguas explotaciones mineras. La base de vida para toda esta población está en las explotaciones mineras que se realizan, en gran parte, de una manera rudimentaria. La dificultad en los transportes ha impedido durante algún tiempo el desenvolvimiento de las explotaciones, que han entrado en una nueva fase de desarrollo, cuando las ramificaciones de las líneas ferroviarias han cruzado los distritos mineros, y se han establecido, por otra parte, por transportes aéreos. Hay además de los distritos mineros de la cordillera otras comarcas del interior, ricas en yacimientos minerales, que no han sido explotadas todavía, porque los mineros prefieren ir a los distritos ya conocidos, y no entregarse a los trabajos de exploración e instalación.

He aquí la distribución geográfica de la riqueza minera argentina en explotación:

En la provincia de Mendoza existen minas de cobre, galenas argentílicas, cuarzo aurífero, petróleo, hulla, alabastro y mármol. En la provincia de San Juan se encuentra el cuarzo aurífero, la plata, el cobre, el antimonio, la hulla, el azufre y el amianto. Para favorecer la explotación minera de que es susceptible esta región, sobre todo en las minas de Salagasta (Mendoza), el gran Oeste argentino construyó los necesarios empalmes.

En la provincia de la Rioja hay ricas minas de plata nativa y minas de cobre, en cuyos minerales van mezclados el oro y la plata. Para facilitar la explotación se construyó el transportador aéreo, que había de reunir el Cerro de Famatina y el centro minero de Chilecito con las líneas férreas.

En la provincia de Catamarca, que constituye el centro de la región minera de Capillitas, existen minas de cobre, cuyo

mineral tiene un gran contenido de oro y plata; la explotación se realiza desde hace más de treinta años. Estas minas están reputadas como las más ricas, fueron adquiridas por una compañía extranjera que comenzó a explotarlas en vasta escala, estableciendo un transportador aéreo para descender los minerales de la montaña. En otros puntos se han encontrado a flor de tierra los filones de cobre, de galena argentífera, de bismuto, de antimonio, de mica, de cuarzo aurífero y minas de hulla.

En las provincias de Salta y de Jujuy se encuentran ricos filones de cuarzo aurífero, galena argentífera, cobre, borato de calcio, lignito, y también se encuentra el petróleo. Los ríos que descienden de sus montañas arrastran arenas auríferas. Se formaron varias empresas con capital argentino y extranjero, a fin de explotar todas estas riquezas, y los resultados han sido satisfactorios. Como sucede en otros distritos mineros, la falta de comunicaciones contiene el desarrollo de las explotaciones mineras; es de esperar que cuando los ferrocarriles argentinos se prolonguen hasta Bolivia, las explotaciones mineras de estas provincias adquirirán un gran desarrollo.

En la provincia de Tucumán se explotaron, desde hace tiempo, las minas de plata. Las minas de cobre de Alconquiya se consideran como una continuación de las minas de Catamarca.

En las provincias de Córdoba y San Luis hay yacimientos auríferos, galenas argentíferas, cobre, manganeso, wolfran, canteras de mármol, etc.

En los territorios nacionales de Tierra de Fuego y de Santa Cruz, situados en las riberas del Atlántico, se encuentran arenas auríferas, en las cuales se entremezcla el polvo fino de oro y en pepitas, en cuya explotación se ocupan muchos trabajadores. En Tierra de Fuego se formó una sociedad importante, con capitales argentinos y norteamericanos, para dedicarse a esta explotación. También se encuentran en estos territorios el lignito y la turba. En Santa Cruz hay explotaciones de sa-

linas, cuyo producto se destina al mercado de Buenos Aires.

También en el Chubut, el río del mismo nombre lleva mineral aurífero, cuya presencia se encuentra también en los numerosos afluentes que nacen en la región andina. La presencia del oro se ha notado a más de 100 millas de la cordillera, y las distintas expediciones que se han organizado para la rebusca del oro han conseguido encontrarle al pie de la montaña en forma de pepitas.

En el territorio de Neuquen se ha obtenido oro en abundancia, y se han descubierto minas de cobre, galenas argentíferas, de carbón y de petróleo. La cantidad de oro que se ha extraído anualmente en Neuquen, en los lavaderos de Villa Michicó y sus alrededores, se calcula en 150 kilogramos.

En el territorio de Río Negro hay abundantes canteras de materiales de construcción; en la Pampa Central se explotan minas de cobre; en Misiones se encuentra el cobre nativo, el hierro y el manganeso; en Puña de Atacama (Andes) los depósitos de borato de calcio son abundantes, lo mismo que los yacimientos de cuarzo aurífero.

Lo descubierto representa una pequeña proporción de lo que realmente existe; los territorios son muy extensos y las exploraciones todavía incompletas, lo que hace suponer que la riqueza minera argentina tiene un vasto campo por explotar y un porvenir de indudable grandeza. La legislación, por otra parte, no pone trabas a las explotaciones: todo solicitante capaz de administrar sus bienes puede ser concesionario de las minas; la misma legislación de minas comprende a todo el país.

La propiedad minera se adquiere presentando una solicitud por escrito, en la que se indica con exactitud la propiedad que se demanda, los detalles de su descubrimiento y otras informaciones útiles, a las que se acompañan muestras del mineral encontrado. Una vez presentada tal demanda, la Administración la inscribe con la fecha de la presentación, para hacer constar la prioridad, y cuando la concesión ha sido fijada, el

solicitante puede disponer de la mina en plena propiedad. No soporta ningún impuesto, está sometido al mismo régimen que los demás minerales que se venden en el país o son exportados. Al propietario se le impone sólo la obligación de trabajar la mina con cuatro obreros, por lo menos, durante doscientos treinta días al año; si esta condición no la realiza el propietario, entonces cualquier otra persona podrá pedir la concesión de la mina abandonada.

Todo, pues, está ordenado a favor del desenvolvimiento minero; no obstante, éste no avanza tanto como las posibilidades lo permiten. Las causas son bien claras.

La Argentina no ha entrado aún en la fase económica del desenvolvimiento industrial, esa fase que, como dice el economista alemán Schönberg, representa la cúspide del desenvolvimiento económico, el ciclo espiritual y progresivo. La tierra absorbe los capitales, brazos, iniciativas; el producto que se obtiene de tales empleos es muy remunerativo, y por esto el trabajo rehuye la cuidadosa iniciativa industrial, cuyos resultados son siempre más inseguros que los agrícolas. Si la población hubiese adquirido esas densidades que hacen preciso el empleo de brazos sobrantes, el desenvolvimiento industrial no se haría esperar. La mano de obra es poco abundante; forzosamente ha de concentrarse el trabajo en contadas explotaciones. Un fuerte proteccionismo industrial es lo indicado para favorecer el desarrollo de tal orden en los países necesitados de él; pero en la Argentina, hoy por hoy, no se hace necesario el estimular el desenvolvimiento industrial por tales medios. Falta masa de población consumidora, y, por otra parte, los ingresos de aduanas se verían disminuídos por falta de importación industrial y no compensados con el necesario desarrollo de la población, productora y consumidora.

Todo depende, pues, del desarrollo de la población. El incremento natural de la población argentina no permite un rápido desenvolvimiento de sus industrias; pero tiene en cambio el incremento por inmigración, que puede sustituir a

aquél. Bajo toda clase de consideraciones, se ofrece el valor del hombre como el máspreciado para países como la Argentina. Malthusianismo y neomalthusianismo son doctrinas que la Argentina no necesita conocer en mucho tiempo; antes al contrario, una gran confianza en el porvenir y procurarse gran cantidad de material humano, han de ser el objeto de sus inspiraciones y esfuerzos.

No es un obstáculo, como algunos creen, el que los yacimientos mineros argentinos se encuentren distanciados del mar por trechos de 1.500 kilómetros; claro está que tal situación no es una ventaja, pero el desarrollo industrial en algunos pueblos como Alemania y los Estados Unidos, se ha conseguido a pesar de encontrarse muy distanciados de la costa los centros industriales. El combustible y el hierro son la base de todas las industrias, y cuando el combustible no existe con la necesaria abundancia, se aprovecha entonces la fuerza motriz del agua. En cuanto a lo primero, no puede decirse o concluirse que la Argentina no posee combustible en abundancia, porque, como queda dicho anteriormente, no se ha podido estimar en toda su magnitud o aproximadamente, la riqueza minera del territorio argentino; le hay, si bien no se pueden hacer comparaciones con el desenvolvimiento adquirido por los Estados Unidos. Todo esto es aún algo problemático, y no deben aventurarse afirmaciones. En cuanto al empleo de la fuerza motriz del agua, no puede afirmarse en la Argentina que pueda sustituir la falta de combustible. En la región de Córdoba, de Tucumán, hay algunos saltos de agua, pero las fuerzas que se pueden sacar no hacen esperar una vasta adaptación a grandes industrias. Las cataratas de l'Iguazú, que están situadas en el alto Paraná, en los confines del Brasil y del Paraguay, representan una fuerza tres veces más importante que la del Niágara. Estos saltos tienen 3.700 metros de extensión y 65 metros de altura. Está situada en los confines del territorio y en medio de una región forestal algo innacesible, lo que hace difícil su aprovechamiento; por lo menos durante algún tiempo.

E. M.—*Junio 1912.*

Finalmente; para tener una representación clara de la clase de riqueza predominante en la Argentina y del gran campo que el desenvolvimiento industrial se le ofrece en lo futuro a la República, bastará comparar las cifras más importantes de la exportación conforme a las diversas clases arancelarias:

		Pesos oro.	Por ciento.
<i>Productos de la cria del ganado.</i>			
Animales vivos.....	2.844.836		
Lana, cuero, etc.....	97.746.156		
Materia animal trabajada.....	12.373.801		
Residuo animal.....	2.153.670		
	<hr/>	115.118.457	31,5
<i>Productos de la Agricultura.</i>			
Materia primera.....	231.277.837		
Materia vegetal trabajada.....	5.239.346		
Residuo vegetal.....	5.159.981		
	<hr/>	241.677.164	66,1
<i>Productos diversos.</i>			
Productos minerales.....	810.961		
Productos de la caza y de la pesca...	498.612		
Productos forestales.....	6.347.234		
Productos y artículos diversos.....	1.552.913		
	<hr/>	9.209.720	2,4
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
Total....		366.005.341	100,0

Según las últimas estadísticas publicadas por el Departamento de Comercio y Trabajo de los Estados Unidos, el comercio de este país con los de la América del Sur, durante los once primeros meses de 1911, alcanzó un valor total de 273 millones de pesos oro. Tomando como cifras correspondientes al mes de Noviembre, que acusan un total de 29 millones, puede calcularse el valor del comercio para todo el año en 300 millones de pesos oro, o sea una cantidad mayor a la obtenida en años anteriores. En 1900, dicho total fue de 144 millones; en 1905, de 211 millones, y en 1910, de 290 millones.

En los primeros meses de 1911, las importaciones de los Estados Unidos excedieron a las exportaciones de este país a Sur

América. Las primeras fueron valuadas en 165 millones y las segundas en 109 millones, representando estas últimas el 40 por 100 del valor total. En 1910, las importaciones fueron valuadas en 103 millones, en tanto que las exportaciones sólo alcanzaron un valor total de 41 millones, o sea un 29 por 100 del valor total del comercio.

Las exportaciones de Sur América a los Estados Unidos, clasificadas por orden de importancia y calculadas para todo el año de 1911, de acuerdo con las cifras publicadas por el departamento arriba citado, fueron como sigue: Brasil, 100 millones contra 104 en 1910; Argentina, 28 millones contra 32 en 1910; Chile, 19 millones contra 20 en 1910; Colombia, 10 millones en comparación con $7\frac{5}{4}$ en 1910; Perú, 9 millones contra 8 y medio en 1910, y Venezuela 8 y medio millones contra 7 y medio en 1910. Las exportaciones del Ecuador alcanzaron un valor de un poco más de 3 millones.

Las exportaciones de los Estados Unidos a los países suramericanos, en 1911 tuvieron un gran aumento, comparadas con las del año anterior, pues se calculan en 120 millones contra 100 millones en 1910. Las efectuadas a la Argentina, cuyos mercados son los de más importancia hasta ahora para los productos americanos, aumentaron de $42\frac{3}{4}$ millones en 1910, a 50 millones en 1911; las de Brasil, de 25 a 28 millones; las de Chile, de 10 a 15 millones; las del Perú, de menos de 5 millones a 6 millones; las del Uruguay, de 4 y medio a 5 y medio millones; las de Venezuela, de 3 a 4 millones, y las de Colombia, de $4\frac{2}{5}$ a un poco más de 5 millones.

Los principales artículos de exportación de la América del Sur a los Estados Unidos consistieron en substancias alimenticias y materia prima para las industrias, en tanto que las de este país a los de Sur América consistieron en productos manufacturados.

*
*
*

La revolución mejicana no es toda ella un movimiento político de los que suelen producirse en las Repúblicas hispano-

americanas con harta frecuencia: tiene la revolución actual una significación social desconocida por muchos, sobre todo en Europa.

Los que intentan derribar a Madero para poner en su lugar a Vázquez, a Orozco o a otro candidato, son ciertamente agitadores políticos, los eternos representantes de las luchas de bandería, pero llevan como colaboradores de su acción revolucionaria una masa de gente aborígen que lucha por la reconquista del suelo.

Una revista americana, *Collier's*, impresionada por el carácter de la revolución, mandó a Méjico un corresponsal, quien se entrevistó con Zapata y otros jefes del movimiento agrario. De la información hecha traducimos lo siguiente:

«En mi visita al distrito insurreccionado, al principio fui recibido con prevención, pero pronto ésta fue sustituida por una extrema cordialidad. Tan pronto como los indios supieron que era yo americano, se despojaron de toda su reserva y suspicacia, y me hablaron con toda franqueza. El argumento principal para justificar su conducta es éste: «Durante cuatrocientos años hemos nacido y vivido en la esclavitud, hambrientos y despojados de todos nuestros derechos. Cada vez que un político revolucionario nos necesitaba para derribar a un Gobierno malo, acudían a nosotros; pero, luego que veían realizados sus deseos, se olvidaban de las promesas que nos habían hecho. Lo que nosotros queremos ahora es que nos devuelvan las tierras que nos arrebataron, y estamos dispuestos a recuperarlas por todos los medios, buenos y malos.»

Esto ha sido calificado por algunos como revelaciones de una revolución agraria. Nada más incierto. Las revoluciones agrarias van encaminadas a transformar el derecho de propiedad del suelo, aun sin tener como fundamento la reivindicación histórica de los indios mejicanos. El rescate de tierras se lleva a cabo, como en Irlanda, por exigencias de una política económica de finalidad social. En Méjico se trata de una lucha de razas. La raza aborígen ha sido en grandes zonas del terri-

torio nacional completamente desplazada y sustituida por el elemento colonizador español; la lucha se libra, pues, entre conquistadores y conquistados, no entre clases sociales de un mismo pueblo y por la transformación del derecho agrario.

Los que, llevados de una falsa idea de la historia mejicana y teniendo sangre española, se entusiasman con los héroes indios vencidos por los conquistadores, ya tienen la contestación de su origen en esos mismos indios que ahora se sublevan, no para apoyar a tal o a cual presidente o candidato, sino para disputar el suelo de Guatemuz a los descendientes de Cortés, los sacrificadores del caudillo mejicano.

Entre ambos caudillos no es dudosa la elección. Los hispanófobos y los ignorantes elegirán al indio y le llamarán su padre; los cultos y de espíritu sereno reconocerán su progenie española y no renunciarán a la gloria de ser los hijos de los conquistadores.

La lucha de razas se perpetúa aún. Para encontrar episodios cruentos entre conquistadores y conquistados, no es necesario remontarse a los días del descubrimiento; basta escuchar ahora a los indios mejicanos...

* * *

Con títulos patológicos se han publicado varios libros sobre determinados países ibero-americanos. Bolivia y Centro América han sido los países más castigados por la crítica de los escritores. El nuevo libro sobre el estado insano de Centro América se titula *La enfermedad de Centro América*. (Barcelona, 1911.) Y su autor, Salvador Mendieta, se titula «Extranjero pernicioso de El Salvador, Guatemala, Nicaragua, y últimamente, de Honduras, ex-presidiario de estos tres últimos Estados».

La primera impresión que se recibe al leer por fuera el libro, es la de que un *mattoide* ha hecho gemir la prensa. Después, dejando aparte los resquemores del autor, nos encontra-

mos ante una obra de apreciable valor. De él me ocuparé, dando ahora un resumen del vocabulario de centro-americanismos que inserta el autor al final del libro.

He aquí lo más sustancioso:

Acapetate: Petate grueso.

Azacualpa: Lugar donde roban; cueva de ladrones.

Aceite de comer: Aceite que, generalmente, con alcanfor, se emplea en fricciones, y que nunca se come.

Al paso que dura y no que madura: Lentamente.

Al pelo: De memoria, al pie de la letra.

Ayote: Fruto de planta rastrera, bueno como alimento. (Cucúrbita pepo.)

Auzol: Tierra volcánica, llena de ciénagas y aguas termales.

Atornillar: Molestar, principalmente en el sentido del gobierno que persigue y extorsiona a sus enemigos:

Alistador, alistadora: El hombre o mujer que en las zapaterías alista los cortes de calzado para que entren a la máquina.

Batido: El mismo tibio, con el aditamento del chile. (Véase Tibio.)

Bajar voluntad: Hacerse querer.

Bayunco: Grosero, rústico, tonto.

Bocadillo: Dulce de coco y azúcar prieta.

Comal: Utensilio de barro, cóncavo, que se coloca sobre las llamas, y donde se cuecen las tortillas.

Cotona: Camisa de género basto, muchas veces con bolsillos al modo de la chaqueta.

Caites: Especie de sandalias, generalmente de vaqueta.

Casusa: El aguardiente clandestino.

Cuma: Machete corvo con un mango largo.

Cutacha: Machete pequeño, de hoja recta y angosta.

Cuentos de camino: Cuentos inverosímiles.

Cachureco: Conservador,

Cuerito a cuerito: De cabo a rabo.

- Campisto, Campista:** El individuo que en las haciendas se ocupa de reunir el ganado.
- Cabro:** Macho cabrío.
- Cuto:** Manco o cojo.
- Cajeta:** Conserva de coco, zapote, etc.
- Colgada.** Tormento que consiste en colgar de los dedos pulgares, poniéndole un peso en los pies, al atormentado.
- Culebra de cacho:** No hay tal culebra de cacho; vale decir: eso es mentira.
- Cholotón:** Gordiufión.
- Chacalin, zipote, patojo, chigûin:** Muchacho.
- Chotear, choteo:** Estar de perezoso, perder el tiempo.
- Chancla:** Estudiante.
- Chunero:** Aprendiz de algún oficio, principalmente de albañilería.
- Chichâcaste:** Arbol de hojas ásperas que, al tocarlas, producen comezón. (*Urtica urens*.)
- Chan:** Refresco muy agradable.
- Chilillo:** Látigo.
- Chapín, chafiro:** El originario de Guatemala.
- Dundera, dundereta:** Simpleza, bagatela.
- Desnudos, mechudos:** Antiguas fracciones políticas de Nicaragua.
- Estacar el cuero:** Morirse.
- Embolarse hasta la cacha:** Emborracharse hasta más no poder.
- Endamarse:** Amancebarse.
- Esperanza de la patria:** Estudiante.
- Fregada:** Modestia.
- Fonda:** Taberna.
- Figurar:** Tener alguna influencia en la política.
- Guacal:** La cáscara del fruto del jícaro; es muy resistente, y con ella se prepara un utensilio medio redondo que sirve para coger agua. Es el guacal.
- Guaro:** Nombre vulgar del aguardiente.
- Güipil:** Especie de camisa con que las indias se cubren el busto.

- Goma: Estado de debilidad y nerviosidad en que amanece el que ha bebido licores fuertes. Se cree que con un trago de aguardiente o cosa parecida se quita o se calma esa molestia.
- Güiris: Inteligente en minería.
- Guayaba (la): El poder, la Presidencia de la República.
- Gallo·gallina: Ni chicha ni limonada; esto es, un veleta, sobre todo en política.
- Güisquil pataste: Fruta alimenticia de planta trepadora. Chayote, según la Academia.
- Guatuza, cotuza: Cuadrúpedo de pelaje amarillento y de carne muy apetecida.
- Garrobo: Animal de sangre fría, que en las piedras y árboles toma el sol. Abunda en las tierras calientes. (Lacerta hórrida).
- Gallera: Cancha de gallos.
- Giro: Color amarillento pajizo.
- Guanaco: El originario de El Salvador, Honduras ó Nicaragua.
- Hacer una raya en el aire: Cuando sucede algo muy raro, dícese: «Eso es hacer una raya en el aire.»
- Hallado: Dícese de las imágenes de santos que han sido halladas casualmente.
- Hijo de dominio: Menor de edad.
- Hacer fuerzas: Hacer ejercicios gimnásticos.
- Huate: Forraje que se obtiene sembrando muchos granos de maíz en cada hoyo y dejando éstos muy próximos. De este modo la planta no da fruto y las cañas no son gruesas.
- Islito: Indio, indezuelo, en sentido despectivo.
- Igualado: El individuo de clase inferior que se da aires de pertenecer a otra superior.
- Istapopo, curuma: Piedra de sal que lame el ganado.
- Jalar, antinear, emigulear: Enamorar, *flirtar*.
- Jícara: La fruta del jícaro, oblonga, que sirve como taza o vaso.
- Jagüilla: Cerdo montés.

- Labor: Nombre que se da a las fincas, especialmente si son pequeñas.
- Lana: Bandido, ladrón, ratero.
- Ley fuga: Fusilar, pretextando que el prisionero trata de escaparse.
- Llevar al poste: Llevar a los animales que andan vagando a la casa municipal, donde se les ata a un poste mientras el dueño los recoge y paga el daño que hayan ocasionado.
- Matonear: Asesinar, escondiéndose detrás de las matas.
- Manta: Tela de algodón muy usada por las clases pobres.
- Mozo: Sirviente.
- Milagrero: Milagroso, aplicado a los santos.
- Macho, gringo, sele: Extranjero, sobre todo si es yanqui, inglés ó alemán.
- Moto, pepe: Huérfano, recogido.
- Mengala: Mujer de clase media que usa camisa de mangas cortas.
- Máistro: Maestro.
- Mijito: Hijo mío.
- Mártir, tonto: Individuo que se mete en política con buenas intenciones.
- Mecapeloro: Indio que carga a estilo de mula.
- Nance, nancite: Fruta redonda, amarilla, muy sabrosa (*Byrsomina crasifolia*).
- Nana: Madre, nodriza, vieja.
- Pujar para dentro: Aguantar sin chistar.
- Patrón: El Presidente.
- Polvillo: Piel curtida, de la que se hacen zapatos muy fuertes.
- Pantera, panterista, pirujo: Liberal.
- Pesor: Pesantez.
- Poca: Un juego de baraja.
- Pas y pinto: Envite.
- Pasado por agua salada: Venido de Europa a los Estados Unidos.
- Pisto: Dinero.

- Penco, concho: Campesino.
- Papo: Tonto.
- Persogo: Cuerda larga.
- Persogar: Amarrar con el persogo, especialmente a los caballos o mulas ariscas.
- Padre Chombo: Prototipo del cura de misa y olla.
- Poblanc: Habitante de pueblo o caserío.
- Piales: Largas tiras de cuero que sirven de cordeles.
- Pinolero: Originario de Nicaragua.
- Quita-calzón: Difícil de aprender. Como en las antiguas escuelas se aprendía a latigazos, los muchachos temían que, al no saber la lección, se les aplicase el zurriago, quitándoles los calzones previamente.
- Quijongo, caramba: Instrumento músico que consiste en una cuerda de alambre sujeta a un arco de madera. Es muy monótono.
- Rey zope: Un hermoso animal de plumaje blanco y negro, al que parecen obedecer los zopilotes (*Gyparchus papa*).
- Rajar a cuero: Dar de palos.
- Réplica: Examinador.
- Sierreño: El habitante de las sierras de Managua.
- Sombrero limeño, de junco, de pita: El jipijapa o panamá.
- Sacarle el unto: Explotar a alguno.
- Semita: Acemita.
- Súrtuma: Especie de palmito muy común en Costa Rica.
- Semitas de Camasca: Ir al destierro.—Camasca es un pobre lugar de Honduras, fronterizo á El Salvador.
- Tapexco: Camastro de cañas.
- Tibio: Brebaje compuesto de harina de maíz, azúcar y agua caliente.
- Tiste: El mismo brebaje, pero con agua fría y cacao.
- Tirarse al otro: Ganarle en algo, engañándolo.
- Tajona, aceal: Látigo pendiente de un palo.
- Tata: Papá.
- Tetuntes, tenamastes: Piedras sueltas y no muy grandes.

Tembeleque: Tembloroso.

Tierras calientes: Los lugares de temperatura ardiente.

Tamal, nacatamal: Cocimiento de masa de maíz con carne de cerdo, pavo, etc., y envuelto en hojas de plátano.

Tuza, doblador: La hoja dura que recubre la mazorca de maíz.

Tico: El originario de Costa Rica.

Tanate, tanatillo: Haz, hacecito.

Totopoxte: Preparación de maíz, sal y algunas veces azúcar prieta.

Texiguat: El originario del pueblo de Texiguat, en Honduras.

Timbucos: Gordos (nombre de una antigua fracción política de Nicaragua).

Tunco, coche, chanco: Cerdo.

Tortilla: Masa de maíz en forma de torta; es el pan de los centroamericanos.

Tepescuinte: El tepeizquite de la Academia.

Túnico: El vestido de mujer, con mangas largas.

Tunicuda: La mujer que usa túnico.

Tapado: Prenda de vestir que usan las mujeres para salir a la calle, y con la que se cubren la cabeza.

Tun: Tamboril, que generalmente acompaña a la chirimía.

Traslopada: La levita cerrada.

Tamagás: Culebra muy venenosa.

Taltuza: Especie de topo.

Viveza: Desvergüenza, sobre todo en política.

Vaina: Molestia, calamidad, sufrimiento.

Valle: Caserío.

Ventear, venteo: Ponerle el fierro de comprador al ganado que se vende.

Zopilotera: Partida de zopilotes, y por extensión, grupo de gente codiciosa.

El psicólogo Binet, en sus estudios de psicología experimental, ofrece un espécimen de la significación del vocabula-

rio como revelador de un carácter. Mendieta, en su vocabulario, incluye una palabra de la terminología política, que es toda una revelación: la guayaba, el Poder, la Presidencia de la República.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—HISTORIA: La España de Felipe IV.—COSTUMBRES: La amistad y la enemistad en el amor.—LITERATURA: La quiebra de la novela literaria.—PSICOLOGÍA SOCIAL: Los semitalentos.—OCULTISMO: La magia.—PEDAGOGÍA: Lo que saben los soldados.—IMPRESIONES Y NOTAS: Los errores de la crítica de arte.—Gazapos y planchas.—Verdiana.—Napoleón y la reina Luisa de Prusia.—La estética miguelangelesca.

HISTORIA

LA ESPAÑA DE FELIPE IV.—Es una España vista por los ojos de Martín Hume, y dada a luz en la *Revue Bleue* como primicias del libro *La Corte de Felipe IV*, editado por Plon. Los materiales de que Hume se ha servido no pueden ser mejores, pues tiene como fuentes de información los *Avisos de Barriónuevo*, especie de crónica epistolar semanal, dirigida al Deán de Zaragoza y otros varios personajes; el *Viaje por España* del holandés Arsex, de Sommerdyck, fino observador que residió en Madrid lo bastante para poder recoger impresiones acabadas de la vida de la corte; la *Relación del Estado y Gobierno de España*, del francés Bonnecasse; las cartas del mismo Felipe IV a Sor María de Agreda, y los informes de los embajadores de Venecia, testigos todos y actores irrecusables de aquellos tiempos.

El cuadro resultante, muy distinto del que pudiera imaginarse tratándose de la corte del rey-poeta, es tan sombrío, que

parece exagerado en sus tonos negros, si no se tuvieran a mano los comprobantes de los hechos. Aunque a principios del reinado, la masa del pueblo estaba ya hundida en la miseria, había siquiera la nobleza, el clero y los funcionarios que, gracias al favor real y al saqueo de la Hacienda pública, podían pasar por ricos. Pero al final del reinado ni aun estas clases estaban a salvo de la ruina; los empréstitos forzosos las despojaban de sus bienes, la creación de fondos de guerra tragaba todos los productos, y el contrabando minaba las mejores fuentes del Tesoro. Haro encajaba 130.000 ducados anuales, y los funcionarios coloniales volvían de América forrados de oro; pero esas eran excepciones contadísimas.

El fausto, el *postín* y la pereza eran vicios corrientes en todas las clases, y casi todo lo que había que hacer, contratas, comercio o industria, lo hacían los extranjeros. Madrid contaba entonces con unos 260.000 habitantes; pero entre ellos no había menos de 40.000 franceses que ejercían todas las industrias y todos los oficios; la clase obrera española se dedicaba al tráfico menudo, a pedir destinos y a pedir limosna. Eran tan corrientes los atentados contra las personas y contra la propiedad, que no se les prestaba atención. Las calles estaban imposibles de suciedad y las casas mostraban al descubierto sus cascajos; pero los paseos de la calle Mayor en invierno, y del Prado y orillas del Manzanares en verano, estaban siempre llenos de ociosos y vagabundos; la gente del pueblo se codeaba con las clases altas, y entonces, como ahora, Madrid daba el espectáculo de ser el pueblo más demócrata del mundo, pues el hecho de ser español trocaba en hidalgo al pordiosero.

Lo que más chocaba a los extranjeros y a los españoles observadores, era la licencia de costumbres de la capital. Las mujeres ligeras se habían apoderado de los paseos públicos; eran 30.000 mujeres las dedicadas a la vida galante, y es natural que todo lo invadieran. Su impudencia había llegado a rebajar el nivel moral hasta en las clases honestas, no considerando una mujer honrada como un insulto, sino más bien como

una gloria, el verse piropeada en la calle por desconocidos. Aun hoy, esta libertad del piropeo es una de las cosas que más chocan en Madrid a los extranjeros. Martín Hume atribuye esto al poco influjo que la mujer ha tenido en la sociedad, y en esto se equivoca: una nación en que no existía la ley Sálica, y donde han ejercido el poder supremo Doña Urraca, Doña Berenguela, Doña María de Molina y Doña Isabel la Católica, no puede decirse que haya tenido en poco a la mujer. Sobre que es un error de los extranjeros creer que el hecho del piropeo constituye un acto de desconsideración; puede ser así en algún caso, pero en general es todo lo contrario, y ve las cosas muy superficialmente quien de ese modo piensa.

La miseria era tan grande, que hasta en el mismo Palacio se hacía sentir. Según cuenta Barrionuevo, el día de San Francisco sirvieron a la infanta María Teresa un capón que hubo que retirar por lo mal que olía; la trajeron un pollo en salsa, pero tan plagado de moscas que daba asco. La reina gustaba mucho de las tartas, y como se pasaran varios días sin que se las sirvieran, preguntó la causa, y la dijeron que el repostero encargado del servicio había manifestado que, mientras no le pagaran la factura de lo que le debían, no volvía a llevar tartas a Palacio; la reina se quitó una sortija y encargó a un criado que la comprara donde quisiera unas golosinas; el bufón Manolito de Gante, presente, devolvió la sortija a la reina, y sacando un real de su bolsillo, dijo al criado: «Anda a comprar dulces para que esta señora pueda acabar su comida.»

En cambio, el primogénito de Haro daba a los reyes en la Zarzuela un banquete de mil cubiertos, en el que se sirvió un guisado, preparado en una marmita monumental, instalada sobre una hoguera, con cuatro carneros, doscientas gallinas, doscientos pichones, cien perdices, cien conejos, mil pies y mil lenguas de cerdo, treinta jamones, quinientas salchichas y otras diez mil menudencias accesorias; asistieron a la fiesta de tres a cuatro mil personas, y sobró para volver a Madrid restos enteros; claro es que aquel era el plato fuerte, pero hubo

abundancia de todo, pasteles, frutas, tartas, legumbres, conservas, vinos y licores; solo el embajador de Venecia regaló para la fiesta por valor de cien mil ducados de cristalería y no menos invirtió Altavilla en vajilla fina.

El rey gustaba poco de estas frivolidades; pero la reina combatía con ellas sus crisis de nostalgia. El rey andaba siempre triste y preocupado, y una de sus manías era pasarse horas enteras en el panteón de El Escorial, contemplando el sepulcro en que habían de encerrar sus restos. La falta de heredero le preocupaba en extremo; fuera del príncipe Baltasar Carlos, inmortalizado por Velázquez, y muerto en la flor de la edad, sólo tenía hijas, y aun esas morían al nacer o poco después; conservaba de su primera mujer a la infanta María Teresa; pero la reina prefería a la infanta Margarita María. En 1657, se sintió la reina embarazada de nuevo, y los astrólogos predijeron el nacimiento de un niño; el rey no tenía dinero, hasta el punto de que en la vigilia de la Presentación no pudo comer pescado, por negarse los pescaderos a vender nada al fiado; la reina, con el embarazo, tenía mil caprichos costosos que había que satisfacer; se sacó de donde se pudo, y hubo comedias en el Retiro, y partidas alegres en el estanque, y corridas de toros con caballeros en plaza, y todo lo que a la reina se le antojaba. A fines de Noviembre, dió a luz Mariana un varón: era el príncipe Felipe Próspero, muerto desgraciadamente cuatro años después.

La noticia volvió loco al pueblo; en Palacio no quedó ni una silla ni un banco sano, ni en la ciudad una taberna ni una pastelería que no fueran saqueadas; en la fiebre del regocijo público, nadie consiguió que su capa quedara intacta. En la ceremonia del bautismo, esplendorosa, al entregar la dama de honor a la infanta María Teresa el niño, cubierto sólo con una camisita, la infanta protestó irritada:—«¿Cómo es esto? ¿Por qué me dais el niño sin vestir?—Señora—respondió la dama,—es preciso que todos vean que es un varón.» Cuando le echaron el agua del Jordán, la criatura gritó enérgicamente, y el rey

dijo:—«¡Hola, hola! ¡Bien se conoce que ya tenemos en casa un hombre!»... ¡Desdichado!

Para que se vea lo que era el orgullo de la nobleza castellana: el duque de Béjar era el encargado de llevar la bandeja del mazapán (la miga de pan en que el obispo se limpiaba los dedos, terminadas las unciones de la ceremonia); pero como se había hundido una escalera con el tropel, no podía abrirse paso; el conde de Puñonrostro consultó con el rey, temiendo se retrasara la ceremonia por aquel percance; el rey dispuso que se encargara el Condestable de llevar el mazapán; pero el Condestable alegó que le dolían los brazos, para excusarse; el rey insistió, y el Condestable dijo al de Puñonrostro: «Decida Su Majestad que los Condestables de Castilla tienen demasiada superficie para poder servir de tapón.» El Condestable fue desterrado; pero así se trataba al poder real. Y lo mismo que los nobles trataban a los reyes, trataban los pajes a los nobles, y los mendigos a los caballeros; la indomable altivez castellana, viva todavía en cualquier villorio, no se doblaba ante nadie, cosa que parece extraña a Hume, pero que a los españoles nos parece sumamente natural, porque la llevamos en la sangre, y si a veces es un defecto, también es una hermosa cualidad.

COSTUMBRES

LA AMISTAD Y LA ENEMISTAD EN EL AMOR.—Dora Melegari trata, en la *Nuova Antologia*, de este interesante tema, y aunque lo hace con cierta superficialidad, merece recogerse lo que dice, pues puede servir perfectamente para ampliar y completar el estudio de esta cuestión.

Se trata, naturalmente, de la amistad o enemistad entre ambos sexos, pues la amistad unisexual es cosa enteramente aparte, aunque en ella se hallen las raíces más profundas de toda simpatía. La amistad entre los dos sexos, dice Dora Melegari, templea con oportuna virilidad la mente de uno y mitiga

E. M.—Junio 1912.

el corazón del otro, sirviendo de fundamento a ese mutuo respeto que plasma en las conciencias el sentido benéfico de la dignidad humana. El hombre que tiene la fortuna de tropezar con una amiga, profesa mayor estimación a la mujer, y la mujer que acierta a tener amigos, no simples admiradores de su cara, siente por el hombre mayor respeto. En la intimidad de la conversación han aprendido a conocerlos, y allí es donde se muestran en sus mejores aspectos. (¡Cuántas veces en el amor no se ven sino los peores!) La base de estas relaciones, en general, es intelectual; y con eso solo ya se remonta uno a otra escala. La mujer habituada a la sociedad de hombres distinguidos, trata de ponerse en condiciones de comprenderlos; lee y está al corriente de multitud de cuestiones, que de otro modo desconocería, si no fuese por el deseo de serles agradable.

Hoy se habla mucho de los progresos de la cultura y la instrucción. En efecto; es más amplia y está más difundida; pero en cuanto a cultura general, hay que confesar que se ha retrocedido; basta arrascar un poco para descubrir el vacío; y la razón es que las mujeres no leen ya, y viviendo entre sí, no se abrevan en manantiales fuertes y profundos. Las jóvenes de hoy desprecian a las anteriores, estimando en mucho lo que llaman «su cultura». Es verdad que cometen muchos faltas de ortografía y de sintaxis; tienen nociones de física y de química desconocidas por sus antepasadas; pero el estilo fácil y claro, el espíritu ágil, el arte de pintar las cosas con un rasgo de pluma, de expresar los afectos con términos vivos y delicados, de juzgar por intuición y al mismo tiempo con conocimiento de causa de cuestiones políticas y literarias importantes, todo eso lo ha perdido la mujer de hoy, salvo raras excepciones.

Basta comparar la mujer actual con la de veinte o treinta años hace, y se nota la diferencia. Es cierto que eran entonces menos numerosas las que sabían leer y escribir. Pero si la cultura de hoy no pasa de la mediocridad, ¿qué se gana

con extenderla? Si el fin probable de la civilización es la formación de personalidades eximias, más vale tener alguna mujer superior más, aunque se tengan muchas tituladas menos. ¿Y de dónde viene esa mediocridad? De que la mujer deja de aprender demasiado pronto. Todas tienen prisa por recitar su *particella* en el escenario del mundo. ¡Grave error! La intención no basta, hay que meditar y reflexionar, y hoy la mujer no sabe recogerse; corre de un sitio a otro, y todo pasa sin dejar huella en su cerebro. Las ideas, como los niños, necesitan un período de incubación.

Una de las causas de la disminución de la amistad entre ambos sexos es ese empobrecimiento de la intelectualidad femenina. Los hombres hallan menos satisfacción junto a la mujer, que, preocupada ante todo de sí misma, no sabe reflejar el alma de su compañero ni estudiar sus gustos. Hasta en este cultivo de la amistad es precisa la gestación. Antes, las mujeres tenían mil pensamientos para sus amigos, que se sentían atraídos por ellos; seguros de ser escuchados, comprendidos y consolados, se apresuraban a volver a su amiga, que se interesaba en sus trabajos, se complacía en conocer sus fases, y hasta en política tomaba su partido, cooperando así al éxito del hombre. Alguna vez, raramente, hablaba de sí, para pedir consejo o ánimos; y así se formaban afectos que duraban toda la vida, y algunos de los cuales se han hecho célebres, consiguiendo la Historia su recuerdo.

Hoy el hombre, que gusta tanto, que necesita tanto, contarse a sí mismo, no es escuchado sino con oído distraído. Las mujeres están demasiado preocupadas con el lujo, con el vestir, con los sports, con las diversiones; todo esto las aleja del hombre. Sus trajes, más que para agradar al hombre, están hechos para darse envidia unas a otras; y los hombres lo saben y se irritan por ello sin confesárselo. Las menos frívolas quieren por lo menos escribir un libro, exponer un cuadro, recitar una conferencia, fundar una obra social, ¡envanecimiento universal! No queda tiempo que dedicar a la amistad,

no hay tiempo para ser *escuchadoras*. «Y no digo esto—añade Dora Melegari—por hablar mal de las mujeres de hoy; consigno el hecho de que, habiendo ganado tanto en conocimientos, la mujer está en el camino de perder su antigua influencia, cuando podía haberla conquistado mucho mayor.» Y si el amor no se ha de reducir, con Chanfort, al contacto de dos epidermis, tiene que basarse en la amistad, de la que cada vez se aleja más la mujer.

La amistad sirve al hombre de sostén y de consuelo, y el hombre la cultiva como bien precioso. El amor fundado en la amistad y nacido de ella es sano y verdadero, y tiene porvenir porque hace de la mujer la compañera y la confidente del hombre y recíprocamente. Lo demás, lo que hoy se ve dondequiera con tristeza, tiene otro nombre. Dos amigos que se deciden a fundir sus existencias, tengan veinticinco años o cuarenta, pueden considerarse casi a cubierto de sorpresas. «Pero entonces—dirá alguno—no había misterio, y el misterio es el gran fascinador.—Con ciertas mujeres—contesta Dora,—siempre habrá bastante.»

El nudo que liga el hombre a la mujer no se desatará nunca ciertamente; el genio de la especie vigila para ello; pero podía convertirse en cadena de esclavitud forjada por manos brutales. Ambas partes tienen igual interés en que eso no ocurra. Los hombres se hacen la ilusión de conservar siempre su imperio en esa materia; se equivocan. Entre las mujeres se está realizando una profunda modificación; si ciertos elementos de sensualidad y de interés las acercan todavía a los hombres, el elemento sentimental, el único que vale, las aleja de su mentalidad, y hacen mal los hombres en no ver aquí un peligro para su felicidad.

Eduardo Rod ha dicho que entre el hombre y la mujer hay siempre sordos gérmenes de desconfianza y odio, y que el amor los embota. Dora Melegari cree que el amor nace de ellos, si no los provoca. Los que se aborrecen están próximos al amor. A veces la aversión nace de un *malentendu*; a veces es

antipatía real y hasta repugnancia física; en ocasiones la aversión es de una sola parte, y en ocasiones es recíproca; pero siempre al llegar al ápice, un incidente cualquiera se produce, y el viento cambia. Los extremos se tocan.

Las mujeres especialmente suelen mostrarse hostiles a los que empiezan a querer; lo hacen de buena fe, sin fingir, y creen detestar al que ya están amando sin saberlo. No obstante, los amores que nacen de la enemistad vuelven a la enemistad; la levadura de antipatía primera acaba, pronto o tarde, en sentimientos hostiles; son amores sin base afectiva real. Y no siempre es la hostilidad la que provoca el amor; frecuentemente es el amor el que provoca la hostilidad. Apenas el hombre y la mujer se atribuyen derechos, se hacen adversarios; la mujer quiere que el hombre se someta, porque en su sumisión ve una prueba de amor; el hombre se rebela porque quiere a su vez que la mujer le demuestre su cariño sometándose. Si la mujer tiene habilidad para disimular sus intenciones, el hombre cae en la red, aunque al darse cuenta se produzca la reacción. Generalmente esta lucha es sorda; pero hay momentos en que la mirada se hace dura, y la tempestad ruge en los corazones; si estas ráfagas se repiten mucho, la ilusión se disipa, y sólo queda a flote el interés o la indiferencia. Nazca de la amistad o de la enemistad, el porvenir del amor, en una época como la nuestra, está siempre preñado de amenazas para ambos sexos.

LITERATURA

LA QUIEBRA DE LA NOVELA LITERARIA.—Habla en *La Grande Revue*, de París, Armando Charpentier, y relata con tonos pesimistas la historia de la novela literaria, de su apogeo y de su derrumbamiento, en la imposible lucha contra la novela de oficio, la única que triunfa, y que da dinero y hasta gloria a sus autores. Podrá darles fama, notoriedad, nombradía; pero

la gloria es algo más que eso. La fama la da el vulgo; la gloria no la da sino la consagración de la opinión del vulgo por los inteligentes, y hasta el voto de la minoría de los inteligentes contra el vulgo. ¿Quién ha tenido, por ejemplo, en España más fama como novelista que Pérez Escrich? Si al lado de toda la enorme producción de Pérez Escrich (y es de lo mejor que hemos tenido, y por eso le cito) se pone *Pepita Jiménez*, de Valera, ¿qué persona de buen paladar literario aceptaría el cambio? La fama es de Pérez Escrich, pero la gloria es de Valera. Conviene puntualizar para no incurrir en errores de trascendencia.

La literatura de hoy—dice Charpentier—no se parece a la que florecía hace treinta años. Entonces se sufría la sugestión de maestros que se llamaban Baudelaire, Teófilo Gautier, Teodoro Banville, Gustavo Flaubert, Goncourt, Barbey d'Aurevilly, Alfonso Daudet y Zola; entre ellos y nosotros estaban Guy de Maupassant, Pablo Bourget, Pedro Loti y Huysmans, nuestros hermanos mayores, y unos como otros cultivaban la «novela literaria», a pesar de la diversidad de escuelas a que pertenecían. Novelescas como las de Gautier y Barbey, emotivas como las de Loti, psicológicas como las de Bourget, vivientes como las de Flaubert, cinceladas como las de Huysmans, naturalistas como las de Zola, todas estas obras eran ante todo literarias, todas llevan la marca del arte. De ellas se dice: «Eso es literatura»; de las demás se dice: «Eso es industria.»

No chocaba que el público prefiriera las obras de industria, cuyo interés está en la intriga y en la tramoya; pero había siempre inteligentes que buscaban la obra intelectual, y para ellos trabajaban los grandes estilistas. La prensa, naturalmente, entregaba sus folletines a los tramoyistas; pero desde la fundación del *Gil Blas* y luego del *Eco de París*, los buenos literatos tenían también campo en que ejercitar sus talentos; la creación de *La vie populaire* por Catulo Méndes, a pesar de lo modesto de su forma, contribuyó no poco a mantener el fuego sagrado, llegando a penetrar, por su gran tirada y su

baratura, hasta en las clases vulgares, difundiendo el buen gusto del estilo artístico. Por un instante pudo creerse que la batalla entre la novela literaria y la popular podría ganarla la primera.

Fue el tiempo de los salones literarios, en el que en todas las grandes redacciones y tertulias se hablaba de literatura y de arte. Edmundo de Goncourt, «capitán general de las letras» como le llamaba Juan Lorrain, recibía todos los domingos en su hotelito de Auteuil a los más fieles de sus admiradores, y allí no hubiera entrado nunca por segunda vez quien hubiera considerado la literatura como un oficio. La sombra de Flaubert flotaba en el cenáculo, y Goncourt encarnaba en su *desván* lo más puro, altivo y glorioso del arte. Goncourt, como Flaubert, amaban el estilo por sí mismo, por su brillo, por su magia, por lo que tiene de tirano y acariciador cuando se sabe trabajar como quien talla una piedra preciosa. Un libro escrito así requiere ser empollado meses y meses; siempre hay en él palabras inútiles que suprimir, epítetos inexactos que reemplazar. Escribir así una novela no es cosa de oficio; es un sacerdocio; y todos los que visitaban el desván de Goncourt tenían el orgullo de ser dignos de ese sacerdocio.

Por desgracia, ese concepto de las letras no lleva a la fortuna, ni siquiera a la comodidad de un bienestar pasadero. Los discípulos de Goncourt y Flaubert no encontraban periódicos que admitieran sus obras. Si mañana resucitara Flaubert mismo, a pesar de su nombre, no encontraría un diario que publicara en folletín su *Madame Bovary* ni menos su *Salammbô*. Hasta las revistas literarias se resistirían a recibirlo. Entonces no bajaban hasta la novela de crímenes, pero gustaban de la novela mundana a lo Octavio Feuillet. Los editores no faltaban todavía, de 1880 a 1890, pues todos andaban al acecho de un nuevo Zola, y se prestaban a sondear la mina. Pero en el mejor caso, el autor que lograba hacer imprimir su obra, cobraba 350 francos, y a eso se reducía el fruto de un año de trabajo, a menos de que la venta llegara a la cifra de las obras

de Zola o Daudet, o por lo menos a las de Maupassant o Loti. ¡Y era eso tan difícil! Esas ventas—cuestión de talento aparte—sólo se consiguen con gastos formidables de publicidad, que jamás están al alcance de un principiante.

Para dedicarse al arte por 350 francos anuales, no basta tener el talento de Goncourt. Hay que tener también sus rentas. Y ahí está la causa principal de la caída de la novela literaria, en la imposibilidad para el artista de vivir de su pluma; o se sacrifica al gusto del público, o se crea una posición independiente que le permita vivir y dedicar su tiempo libre al arte. Jamás hubiera podido Huysmans producir sus sabrosas obras, sin su sueldo de funcionario en el ministerio de la Gobernación; soltero además y algo misántropo, podía con holgura cultivar el arte sin contar con sus productos para vivir. Hay, sin embargo, que haber vivido esta doble vida de funcionario y de literato, para saber lo que deprime y agota (1); lo que se gana en tranquilidad material, se pierde en emociones estimulantes; el horizonte del papel sellado y el balduque acaba por enmohecer el espíritu y entristecer la vida.

¿Para qué, por otra parte, obstinarse en hacer literatura de arte, cuando la otra, la industrial, es tan tentadora, tan fácil y tan productiva? ¿Para hacerse célebre? ¡Pues qué! ¿No son Montepin o Ponson tan célebres, más célebres que Goncourt o Flaubert? ¿Para ser un genio cuya gloria irradie a través de los siglos? Ese sueño se tiene siempre a los veinte años; pero

(1) Yo la he vivido, en efecto, ocho años, y con decir que llamo ese período «mi cautiverio de Babilonia», está dicho todo; o hay que despreocuparse por completo de las tareas oficinescas, como hacía Ricardo de la Vega, mi compañero; o hay que prescindir por completo del arte, como hice yo. En esos años, salvo estos artículos de LA ESPAÑA MODERNA, apenas he producido otra cosa. Mis poesías, mis estudios de filosofía, mi labor de crítica artística, todo ha quedado paralizado. Sólo desde que, estrujado por el peso del trabajo y rendido por la enfermedad, presenté mi dimisión, he podido comenzar a aletear de nuevo, y si acabo de reponerme, espero todavía hacer algo por el arte.

cuando se llega a los treinta, no tarda uno en notar que no hay más que un Víctor Hugo o un Zola. Y eso es lo que se dijeron los escritores que del 80 al 90 se lanzaron en pos de la gloria, sin obtener con sus obras de arte nombre ni dinero, mientras que los que cultivaban la literatura como un oficio, se abrían paso en la vida. Unos, como Pablo Hervieu, fueron al teatro; otros, como Abel Hermant, se lanzaron a las novelas ultramundanas de *La Vie Parisienne*; otros, como Luciano Descaves, se dirigieron al periodismo, y alguno, como Fabre des Essarts, buscó consuelos en la gnosis.

Hubo héroes, ¿cómo no?, que siguieron firmes en su puesto rindiendo culto al arte por el arte, en medio de la indiferencia de la multitud, como los Rosny, que han tenido que agotarse para vivir. De éstos, unos, como Pablo Adam, han tenido que prodigarse tanto, que su labor no nos ofrece ni un solo fruto maduro; y otros, como Pablo Margueritte, han tenido que bajar unos escalones para ponerse al alcance del público. Mientras vivió Edmundo de Goncourt, todavía se mantuvo el fuego sagrado; pero desde 1896 el fracaso de la novela literaria se hizo evidente. La crisis social de 1897 no contribuyó poco a ello. Entonces aparecieron nuevas revistas, magazines a estilo americano, llenas de fotograbados y repletas de novelas policíacas. El gusto francés se pervirtió. El público pedía las nuevas golosinas, y los autores se apresuraron a fabricarlas, como Lope. Es típico el ejemplo de Mauricio Leblanc: publica *La Fortuna de Fouque*, una obra maestra, y el libro no se vende; inserta en *Je sais tout* un cuento a la americana, *Arsenio Lupin*, y logra tal éxito que se ha hecho popular.

Otra causa de fracaso la encuentra Charpentier en el viento de beaterío, de pudibundería y de tartufismo que sopla en Francia desde hace algunos años, y en esto no estamos de acuerdo. «La novela de arte—dice—es forzosamente realista.» Eso es una herejía: la novela de arte—diríamos nosotros—es forzosamente idealista. Sin un grano de ideal, no hay arte posible, ni siquiera el arte de Rabelais, ni siquiera el arte de Zola, por

realista que parezca. Novelas de arte tiene a montones Francia, que nada tienen de realistas; verdaderas joyas literarias nos ofrecen Víctor Hugo y Chateaubriand, Lamartine y Fernán Caballero, que nada tienen de naturalistas, en el sentido que Charpentier da a esa palabra. La vida, pues, debe pintarse con personajes de carne y hueso, sin que haya necesidad de llevar a los personajes al retrete y tenerlos allí toda la obra, como en *Los perfumes de Barcelona*, o a las alcobas, como en *El barón de Faublas*. La intención del autor del primero le salva, pues se propone hacer gracia y la hace, y en ello no hay perjuicio para nadie; la intención del autor del segundo le condena, pues se propone pervertir y pervierte, y en ello causó un daño positivo; y un daño semejante causa el realismo de *La Tierra* o de *Nana*, y rebelarse contra la difusión de esas novelas, firmerlas Zola o Sade, no es tartufería ni pudibundismo, es cumplir honradamente con un deber cívico en defensa de ideales sagrados, los de la familia y de la patria. Tiene gracia además, que Charpentier diga que «si esto continúa, será imposible colocar una novela cuyos personajes no sean todos vírgenes o legítimamente casados», y que por eso muere la novela de arte. ¡Qué disparate! ¡Cuánto ganaría la novela de arte con que eso sucediera, cuando precisamente quienes han matado la novela de arte son los explotadores de la curiosidad malsana del vulgo y de la juventud, los exhibidores de personajes de lupanar y de presidio, los cultivadores de las novelas de crímenes y de adulterios! Ahí, ahí es donde hay que buscar la caída de la novela de arte. El público se aparta del arte cuando se le ofrece el espectáculo del vicio; y la decadencia del arte empieza con el abandono de los únicos ideales en que se inspira, abandono que crea ese círculo opresor que obliga al artista al halago del mal gusto público para vivir, y que refuerza con los alimentos que ese halago proporciona el mal gusto que los inspira.

Precisamente de esa reacción que Charpentier señala con tanta amargura, y que atribuye a influencias anglo-sajonas,

cuando es sólo producto natural y espontáneo de los excesos mismos a que nos ha llevado la literatura zolesca, puede y debe esperarse un movimiento regenerador que devuelva al arte la misión redentora de que han pretendido despojarle muchos de sus modernos pseudo-sacerdotes: la de ser expresión del ideal, gran señor de las nobles y viriles ideas, en lugar de vil servidor de pasiones bajas.

PSICOLOGIA SOCIAL

LOS SEMITALENTOS.—Dice Max Nordau, en *La Revue*, que cuando las buenas hadas quieren bien a un niño, le obsequian, como donativo de nacimiento, con un gentil talento, talismán mejor para la dicha que la riqueza o el rango. La prueba del aprecio en que lo tienen sus poseedores, es la actividad con que lo cultivan. La reina Victoria, de Inglaterra, en medio de su ardua labor de gobernante concienzuda, hallaba siempre tiempo para lavar sus lindas acuarelas; su primo coburgués, el desgraciado rey Carlos, de Portugal, pintaba con fortuna, y sus lienzos llamaban la atención en las Exposiciones, aun sin saberse su procedencia; el emperador Guillermo dibuja en sus ratos de ocio, y si se terciaba, no se desdeña de componer algún *lied*; el tío de su madre, el duque Ernesto II de Sajonia-Coburgo, había compuesto una ópera que hizo representar anónima en su teatro de corte, y nada era para él más agradable que desempeñar un papel en una comedia; el infortunado emperador de Méjico, Maximiliano, era un poeta, y la que hoy sería reina de Sajonia, si no se hubiera convertido en la señora Toselli, ha hecho publicar un tomo de poesías no del todo despreciable. A estos ejemplos de personajes de regia estirpe, podríamos agregar los del gran Federico tocando la flauta, el desgraciado Luis XVI arreglando relojes, nuestra popular infanta Paz escribiendo artículos y poesías; su marido, el príncipe de Baviera, haciendo operaciones quirúrgicas; la simpática

reina de Rumanía haciendo de su pseudónimo de Carmen Silva un nombre de fama mundial, y el ilustrado príncipe Alberto de Mónaco echando los cimientos de la Oceanografía.

Si se dejan las gradas de los tronos, se encuentran también en las altas capas sociales aficionados ilustres al arte y a la ciencia. El conde de Beust componía madrigales aceptables en francés; la duquesa viuda de Uzés, modela estimables estatuas; y en España tenemos al conde de Balazote representando dramas maravillosamente, como tuvimos al duque de Rivas componiéndolos del mismo modo. En París, las damas del gran mundo cuentan con un salón donde exponen anualmente sus obras, y no hay carrera que no esté inundada de aficionados a la pintura, a la música o a la poesía, como flores que perfuman su existencia oficial, haciéndolos más humanos y mejores. Un talentito, un semitalento es una bendición.

Pero a este dón de las buenas hadas, las malas hadas suelen agregar otro, el de la ambición, y les hacen y nos hacen desgraciados. El semitalento con ambición, apunta y no da nunca en el blanco, ni siquiera lo alcanza. El semitalento no se cultiva entonces como planta de adorno para alegrar la vida propia, sino como planta de rendimiento, de la que se espera una gran cosecha, gloria, honores y riquezas, que no llegan nunca, pues no están al alcance del semitalento, ni siquiera del talento completo.

En la *Psicología del genio y del talento* ha dicho Max Nordau: «Un talento es un sér que ejercita actividades, general o frecuentemente practicadas, mejor que la mayoría de los que han tratado de adquirir la misma aptitud.» Es, pues, inherente a la naturaleza misma del talento—añade—no sorprender ni conmover por la novedad; no exigir del público esfuerzos personales, insoportables a los espíritus perezosos, pero que llenan a los activos y valientes de alegría y orgullo, como un sport viril. «El elemento fundamental es la imitación, que supone un modelo, estudio y ejercicio. Todo hombre normal puede ser un talento, forma enérgicamente activa de la cultura. Como

hoy la cultura está difundida universalmente, los talentos abundan: de cada dos hombres, hay uno con talento. Y como se habla del proletariado de levita, no tardará en hablarse del proletariado de talento. De ahí las horribles tragedias íntimas, no sólo de las necesidades materiales no satisfechas, sino del amor propio torturado y aplastado.

Schiller ha resumido, hace ya un siglo, en una frase lapidaria la pavorosa cuestión de los semitalentos. «Porque has logrado hacer un verso en una lengua cultivada que crea y piensa por ti, ¿crees ser un poeta?» La multitud de ocasiones que tiene cada cual de aprender un poco de dibujo o de manejar el yeso, hace creer a muchas personas que pueden ser pintores o escultores, alimentando en ellas la ilusión de que deben buscar en el cultivo del arte su porvenir. ¡Qué error tan grande! Su ocupación de pintor y escultor sería un noble pasatiempo, y contribuiría a embellecer su casa, si se dedicaran a ella por entretenimiento en los ratos de ocio. Haciendo de ella una profesión, es para ellos una plaga y para sus amigos una peste; esa profesión los envilece, trocándolos en mendigos que buscan encargos de limosna. ¿No es doloroso ver el tropel lamentable de hambrientos que acechan el maná de unas miserables pesetas en las antesalas de los ministerios o del municipio, donde se reúnen las comisiones encargadas de las compras en las Exposiciones? ¿No irían todos esos desdichados con la frente más alta si se hubieran dedicado a remendones o a mozos de café?

En literatura todavía es peor, pues aquí la ilusión es más fácil, el número de postulantes mayor, y el desconocimiento de la inexorable ley de la oferta y la demanda más difundido todavía. El repertorio de Kürschner contiene más de 20.000 escritores que persiguen el engañoso aspecto de la gloria poética; casi todos han conseguido hacer «el verso que una lengua cultivada ha creado y pensado por ellos». La mayor parte han firmado una novela, un drama, que no son obras supremas, pero que alcanzan generalmente al nivel medio del género; las nueve décimas partes permanecen perpétuamente desconocidos

fuera de su círculo particular, y cada contacto con la realidad les produce una herida. Sufren todavía más por el éxito de los otros que por su fracaso. Los anuncios de obras ajenas en los periódicos o en los escaparates de los librereros les mortifican. «¿Por qué él y no yo?»—se preguntan con amargura, y muchas veces hasta con razón.

Los genios son raros, y el éxito muchas veces se aparta de los verdaderos talentos, y hasta del genio mismo, para premiar, siquiera sea de momento, una obra mediana y aun menos que mediana. La causa del éxito no está en el valor intrínseco de la obra, sino en circunstancias de todo punto independientes de ese mérito: en el capricho de la moda, en la especulación sobre un artículo del momento, en la habilidad por sacar partido de un suceso sensacional, en las relaciones personales del autor con críticos y editores, en la competencia y empeño de un editor, en el reclamo, en un azar cualquiera estúpido e inexplicable. Si de las treinta mil novedades que aparecen anualmente, sólo cinco o diez sobrenadan en el naufragio, sin ser por eso mejores que la masa espantosa de las que se hunden, fuerza es convenir en que se trata de una especie de lotería, y se comprende que haya tantos desgraciados que maldigan de la Fortuna que pasa desdeñosa a su lado sin dignarse otorgarles uno de los lotes que con tanta liberalidad reparte.

El que funda en su semitalento la existencia, no puede sacar otro resultado que el triste y funesto de la degradación de su carácter. Quien, pudiendo ser un buen sastre o un excelente zapatero se empeña en ser un dramaturgo o un novelista, sin condiciones superiores para ello, se abona al desengaño y al disgusto si tiene otros medios de vivir, rentas, pensiones o cargos; y a la miseria, además, si tiene que contar con los productos de su ingenio para comer y vestir. Se ha hablado mucho del *odium theologicum* y de la *invidia medicorum*; pero no hay envidia ni odio como los de los vencidos en las letras contra los triunfadores. Todos están convencidos de que el éxito es debido a una competencia desleal; y esa herida, siempre abierta en

el alma, explica la maledicencia corriente en las tertulias literarias, la maldad con que se maltratan personas, obras y reputaciones de los compañeros de profesión, la maligna alegría con que se asiste a cualquier tumbo o derrota definitiva de cada cual.

El semitalento es antisocial. Su acritud irremediable, es quizá la causa principal del pesimismo ordinario de su labor, que se difunde luego por toda la vida contemporánea por lo difundido de esa literatura de los insuficientes, de los agriados, de los fracasados. Se buscan otras muchas explicaciones al fenómeno, y la verdadera explicación, o por lo menos, la más importante, está en esa disposición de espíritu incurable, reacción natural de tantas y tantas organizaciones defectuosas, y más que defectuosas, desviadas, extraviadas, que tienen forzosamente que percibir el mundo con hostilidad, como enemigos, pagando su desvío con su odio.

El genio, el talento completo, el verdadero aficionado agradece las indicaciones de la crítica, y sabe sacar partido de ellas para afinar y perfeccionar sus obras; pero el semitalento profesional se hace el sordo a esas indicaciones, por prudentes y benévolas que sean. Cuantas censuras se le dirijan, y hasta cuantas reservas se hagan, le parecen incomprensión o maldad. El semitalento es digno de compasión, sin duda; pero es más digno de lástima todavía el círculo en que vive, su familia y sus amigos.

A quien se quiera bien, se le debe desear la carencia total de talento, mejor que un talento mediano unido a la ambición, porque la ambición del semitalento, cuando la tiene, bastaría para satisfacer al genio más prodigioso. Y estas indicaciones, limitadas por Max Nordau al semitalento artístico y literario, se aplican, y tienen otra trascendencia, al orden político y social en todas sus manifestaciones, y por lo tanto, a los sentimientos de las profesiones liberales, industriales y políticas, al foro, a la tribuna, a la ciencia, a la enseñanza, al comercio, a la industria, a toda la actividad humana, en una palabra. Hay

en cada uno de estos órdenes amplio campo de investigación, y ahondando en el estudio, no sería difícil hallar la levadura de las revoluciones en la acción de los semitalentos, ya en la acción afirmativa del gobernante, ya en la negativa del gobernado. La lotería que favorece a los unos, engendra a veces los malos gobiernos, y la que olvida a los otros los lleva, en ocasiones, a los actos de desesperación que hacen bambolear las naciones.

OCULTISMO

LA MAGIA.—Dice en *Ultra* la Sra. Blavatsky—el verbo de la Teosofía—que la Ciencia esotérica es ante todo el conocimiento de nuestras relaciones con nuestro *Se* divino, y en la Magia divina, de nuestra inseparabilidad de nuestro *Se*, entendiéndose por *Se* divino algo más allá de nuestro propio espíritu superior. Hay millones de cristianos que conocen el nombre de Simón Mago, y lo poco que de él dicen las *Actas* de los Apóstoles; algunos conocen también la historia de sus pretensiones y muerte, por los relatos parciales y semifantásticos de San Ireneo, San Epifanio y San Justino, y especialmente de los anónimos *Philosophumena*; pero son poquísimos los que saben quién era y qué sostenía realmente Simón Mago.

El epíteto de Mago, aceptado por todos para caracterizarle, indica desde luego el poder sobrenatural que se le atribuía, independientemente de la cuestión del origen divino o infernal de ese poder. En el sistema de Simón y en el de su discípulo y sucesor Menandro es donde se encuentra el verdadero sentido que la palabra *Magia* tenía para los iniciados de aquellos tiempos. Simón, como todos los demás gnósticos, enseñaba que nuestro mundo era creado por los ángeles inferiores que el llamaba *Eones*. Para Simón, el ápice de toda la creación manifiesta era el *Fuego*, principio universal, potencia infinita nacida de la potencialidad oculta. Este fuego era la causa primera del mundo manifiesto, y tenía un aspecto ostensible y

otro secreto. El aspecto secreto está escondido en el visible u objetivo, y el objetivo es producido por el secreto; esta doctrina de Simón es la misma de Platón al hablar del *Noeton* (inteligible), y *Aistheton* (sensible) y está conforme con la enseñanza de Aristóteles sobre la Fuerza (*Dynamcis*) y el Acto (*Energeia*). El fuego lo contenía todo; así todas las partes de este fuego, estando dotadas de inteligencia y de razón, son susceptibles de desarrollo por medio de la extensión y de la emanación; es el símbolo del lado activo y viviente de la Naturaleza divina, tras de la cual se halla «lo que ha estado, era y estará», o sea la Estabilidad permanente, la Inmutabilidad personificada.

La Ideación divina pasó así de la Potencia del pensamiento a la Acción, y de aquí la serie de emanaciones primordiales por medio del pensamiento generador del Acto, en las que el aspecto visible del Fuego es la Madre y el secreto el Padre. Simón llamó a éstas emanaciones *sizigias* (parejas, pues se manifiestan de dos en dos, una como Eono activo, y otra pasivo). Así emanaron tres parejas: Mente y Pensamiento, Voz y Nombre, Razón y Reflexión (*Nous, Epinoia; Fone, Onoma; Logismos, Enzumesis*), siendo masculinos los primeros y femeninos los segundos de cada pareja. De estos seis Eones primordiales emanaron los otros seis del Mundo medio. Cada uno de ellos contenía en sí la Potencia infinita de su padre, pero en potencia, no en acto. Si excitada, despertada o conformada esa Potencia, se manifestaba en sus efectos, se hacía semejante al Padre; en otro caso quedaba atrofiada. Producir emanaciones o adquirir el dón de *Kriyashakti* (poder creativo), es el resultado directo de aquel poder, un efecto de nuestra propia acción. Tal poder es inherente al hombre, como a los Eones primordiales, y aun a las emanaciones secundarias, por el hecho solo de nuestra escisión del único principio primordial, la Potencia infinita.

Simón compara los Eones al «árbol de vida», y dice en *La gran Revelación*: «Escrito está que hay dos ramificaciones de los Eones universales que no tienen principio ni fin, ambas sa-

lidas de la misma raíz, la Potencialidad invisible e incomprendible, Sige (silencio). Una aparece en alto; es la gran Potencia, la Mente Universal (la Ideación divina, el *Mahat* de los Indios); lo ordena todo y es masculina. La otra es de abajo, el Gran Pensamiento (manifestado), el Eono femenino, que todo lo engendra. Ambos se corresponden, se unen y ponen de manifiesto la distancia media (la esfera o el plano), el Aire incompresible sin principio ni fin.»

Este *Aire* femenino es nuestro Eter, o sea la luz astral de los cabalistas, y ahí está el segundo mundo de Simón, nacido del Fuego, el Principio de toda cosa. Los teósofos lo llaman vida una, la llama inteligente divina, omnipresente e infinita. Este mundo está regido por un Sér o Potencia macho-hembra, activo y pasivo, bueno y malo. Cuando emanó de hecho de su Genitor, no era dual o andrógeno; es el Pensamiento, que se hizo semejante a su antetipo. «El Genitor—dice Simón—era uno, porque teniendo el Pensamiento en sí mismo, era solo. No era, sin embargo primero, aunque fuese preexistente; pero manifestándose él mismo a sí mismo por sí mismo, se hizo el segundo, y no fue llamado Padre antes que el Pensamiento le diera aquel nombre. El Pensamiento, ya manifestado, viendo al Padre, lo escondió en sí mismo, es decir, su Potencia; y así la Potencia (*Dynamis*, es decir, *Nous*) y el Pensamiento (*Epinóia*) son macho-hembra; y así se encuentra en las cosas de lo alto la Potencia, y en las de abajo el Pensamiento.

El tercer mundo de Simón con su tercera serie de seis Eones y el Genitor emana del mismo modo. En todo sistema gnóstico se halla la misma nota: el desarrollo gradual descendente en la Materia por semejanza, ley que se encuentra también en el Ocultismo y en la Magia primordial. Para gnósticos y teósofos, esa séptima potencia que las sintetiza todas, es el espíritu que vaga sobre las aguas oscuras del Espacio no diferenciado, Naravana o Visnú en la India, el Espíritu Santo en el Cristianismo. Todo sér racional—hombre en la tierra—es de la misma esencia y posee potencialmente todos los atributos

de los Eones más altos, los siete primordiales, y puede desarrollar por medio de la imitación *in actu* la potencia de que fueron dotados los elevadísimos entre sus genitores o padres: «Yo y tú, uno; antes que yo, tú; después de ti, yo.»

De estos triples Eones, el primero existe como «el que ha sido, es y será», o sea el Poder increado, Alma; el segundo es engendrado en las aguas oscuras del espacio (Caos o sustancia no diferenciada, en teosofía Buddhi) por, o a través de la imagen del primero reflejada en aquellas aguas; el tercero (hombre, Manas, la Mente) estará dotado de todos los poderes de aquella imagen omnipotente y eterna asimilada a sí mismo.

Los primeros tres capítulos del Génesis son tan ocultos como todo lo que precede. Según Simón, el Paraíso terrestre es el Útero, y el Edén la región que lo circunda; el río que viene fuera del Edén para regar el jardín es el cordón umbilical, dividido en cuatro cabos, y las corrientes que discurren por él son los cuatro canales que sirven para alimentar el feto; esto es, las dos arterias y las dos venas que transmiten la sangre y llevan el aire. Toda esta ciencia, con el empleo de exorcismos, encantos y filtros, dón de sugestión hipnótica y poder sobre los espíritus inferiores, era conocida de Simón y de sus discípulos, y constituía la Magia.

El discípulo directo de Simón, Menandro, fue también un gran Mago. San Ireneo lo menciona diciendo que era «un samaritano de nacimiento que llegó a los más altos vértices en la ciencia de la Magia». El poder del hechizo o encantamiento que tenían Simón y Menandro no pueden obtenerse, como sostienen los cristianos, sino «con ayuda del diablo», y, sin embargo, sus operaciones «eran idénticas a las de que se habla en el Nuevo Testamento, donde esos mismos fenómenos maravillosos se llaman milagros divinos». Veamos ahora cuál es el verdadero sentido de la palabra Magia, según la Blavatsky, que es casi el Simón Mago de nuestro siglo.

Hay la Magia blanca y la Magia negra, según se entienda la unión de Simón con Elena. Para los cristianos, Elena es un

sér real, una mujer que Simón encontró en una casa de mala fama de Tiro; para los simonistas, Elena era la *Epinoia* (el Pensamiento) de Simón. Los ángeles inferiores o terceros Eones, como son materiales, tienen en sí más malicia que los demás; el pobre hombre, creado o emanado de los mismos, tenía el vicio de su origen, y recibió en su cuerpo ya contaminado el Pensamiento divino maltratado por los Eones; tras esto, Epinoia pasó a través de multitud de cuerpos femeninos, hasta que Simón la encontró en la forma de Elena, «la prostituta», «la oveja extraviada» de la parábola. Los más altos hechos mágicos se atribuyen a Simón por medio de su unión sexual con Elena, y de aquí la Magia negra. Los que lo entendían directamente sabían que todo ello se reducía a la unión de Nous con Manas, en cuya virtud Voluntad y Pensamiento se hacen uno y son dotados de poderes divinos. La resurrección que Menandro prometía a los iniciados significaba simplemente el paso de las tinieblas de la ignorancia a la luz de la verdad, el despertar del espíritu inmortal del hombre a la vida superior y eterna. Y esta es la ciencia del Rajá Yoghi, la Magia.

Y aquí me detengo en este estudio de la Magia, en el que he hecho los imposibles para lograr que no se duerman mis lectores, pero temiendo siempre no poderlo conseguir.

PEDAGOGIA

LO QUE SABEN LOS SOLDADOS.—No viéndolo no se cree: parece mentira que en pleno siglo xx, con el desarrollo de la instrucción obligatoria, con lo que se gasta en enseñanza, con la difusión de la prensa, con este ambiente de superficial, pero constante comunicación del saber en que vivimos, haya miles y miles de personas que no sepan nada de tantas y tantas cosas. Un oficial del ejército francés, curioso y observador, ha recogido las respuestas de 50 soldados, que representan aproximadamente el promedio de instrucción, sobre diversos nom-

bres y hechos de los más conocidos y vulgarizados por unas u otras causas, y he aquí el resultado de esta información, que no vacilamos en calificar de interesantísima por la triste situación que revela, tal como la publican *L'Opinion* y la *Revue Hebdomadaire*:

1.^a pregunta: ¿Quién es Juana de Arco?—37 soldados sabían de quién se trataba, aunque sólo decían una palabra casi exacta.—8 lo ignoraban completamente.—5 no han podido contestar sino lo siguiente: 1.º, Juana de Arco entregó Francia a los ingleses (este soldado había estudiado cinco años en la escuela); 2.º, es una joven; 3.º, es una francesa; 4.º, una que fue quemada; 5.º, fue la que libró a Francia de los galos (este tenía seis años de escuela).

2.^a pregunta: ¿Quién es Enrique IV?—36 sabían de quién se trataba.—14 lo ignoraban completamente.

3.^a pregunta: ¿Quién es Napoleón I?—36 soldados lo sabían.—11 lo ignoraban por completo, y de ellos 3 habían ido cinco años a la escuela, otro seis años y otro siete.—3 respondieron lo siguiente: 1.º, era un emperador que reinaba en Orleans (este soldado había ido cinco años a la escuela); 2.º, ignoro su nacionalidad (siete años de escuela); 3.º, es un emperador de Rusia.

4.^a pregunta: ¿Quién es Víctor Hugo?—30 soldados lo sabían.—14 lo ignoraban completamente.—6 respondieron así: 1.º, un escritor que vivía hace doscientos años, no sé de qué país; 2.º, un escritor de no sé qué país (siete años de escuela); 3.º, un gran sabio; 4.º, un emperador; 5.º, un republicano que salvó a París (cinco años de escuela); 6.º, un general francés (seis años de escuela).

5.^a pregunta: ¿Qué es la Alsacia-Lorena?—38 soldados lo sabían.—12 lo ignoraban completamente, entre ellos 4 con cinco años de escuela.

6.^a pregunta: ¿Qué es «la guerra de 1870»?—39 soldados lo sabían.—9 lo ignoraban por completo (entre ellos 3 con cinco años de asistencia a la escuela).—2 respondieron que fue una

guerra entre Francia e Inglaterra (uno de ellos había ido a la escuela cinco años).

7.^a pregunta: ¿Quién es Bismarck?—25 soldados lo sabían.—17 lo ignoraban por completo.—8 respondieron así: 1.º, es un escritor (cinco años de escuela); 2.º, era un francés (nueve años de escuela); 3.º, era un francés (siete años de escuela); 4.º, es un emperador prusiano (siete años de escuela); 5.º y 6.º, es un general que hizo traición a Francia (cuatro y seis años de escuela); 7.º, es un francés (seis años de escuela); 8.º, es un rey (seis años de escuela).

8.^a pregunta: ¿Qué es Marruecos?—38 soldados lo sabían.—10 lo ignoraban completamente.—2 respondieron: el uno, que era una potencia extranjera en Italia (cinco años de escuela), y el otro, que «en Marruecos ha habido huelgas».

9.^a pregunta: ¿Cómo se llama el actual presidente de la República francesa?—40 lo sabían.—8 lo ignoraban, y 2 contestaban que Loubet (siete años de escuela), y Casimiro Perier (seis años) (1).

10.^a pregunta: ¿Qué es Inglaterra?—38 sabían, aproximadamente, de qué se trataba.—9 lo ignoraban por completo. Los 3 restantes dieron las siguientes respuestas: 1.^a, es un país francés; 2.^a, es una potencia enemiga; 3.^a, es una ciudad.

11.^a pregunta: ¿Qué es un aeroplano?—48 lo sabían.—2 lo ignoraban, y ambos sabían leer y escribir.

12.^a pregunta: ¿Qué es la patria y cuál es tu patria?—43 lo sabían.—6 lo ignoraban por completo, y de ellos uno contaba siete años y otro seis de asistencia a la escuela.—Otro contestó que «es una vida cristiana»; y sabe leer y escribir.

(1) Estas últimas respuestas me recuerdan una famosa instancia que recibí yo, estando en 1904 de Jefe de la Sección de Estadística e Inspección en el Ministerio de Instrucción Pública, de un Maestro de Andalucía, que se dirigía en súplica de mejora de sueldo a S. M. la Reina D.^a Isabel II. Para aquel infeliz habían pasado inadvertidas la Revolución, el Gobierno provisional, Amadeo I, la República, la Restauración, Alfonso XII, la Regencia y Alfonso XIII. ¡Dichoso él!

13.^a pregunta: ¿Qué es París?—46 lo sabían.—4 lo ignoraban.

14.^a pregunta: ¿Qué es la bandera?—43 lo sabían.—6 lo ignoraban, entre ellos uno con seis años y otro con siete de asistencia a la escuela.—Otro respondió: «Es una gloria de Francia» (cinco años de escuela).

15.^a pregunta: ¿Qué es «la gran Revolución de 1789?»—25 lo sabían más o menos bien.—25 ignoraban por completo de qué se trataba (de ellos 14 habían ido a la escuela, el que menos, cinco años, y el que más, nueve).

¿No es verdad que es asombrosa tanta ignorancia? ¡Y esos soldados serán luego electores y, lo que es todavía peor, elegibles!

IMPRESIONES Y NOTAS

LOS ERRORES DE LA CRÍTICA DE ARTE.—Un anticuario florentino, el anciano Juan Treppa, inteligente como pocos y muy estimado por su numerosa clientela nacional y extranjera, ofrecía en 1864 a los aficionados una *terra cotta* que era una maravilla. Se aseguraba ser una obra del Renacimiento, y todos la admiraban reconociendo su mérito indiscutible. En lo que no se estaba de acuerdo era en el nombre del autor. Unos la atribuían a Girolamo Benivieni, del siglo xv, amigo de Savonarola y de Pico de la Mirandola; otros a Mino de Fiésole, y algunos con Pablo Manz, que dedicó al busto un artículo magistral, a Bendetto da Maiano, que vivía por los años de 1498.

El conde de Nolivos, coleccionista francés de excelente olfato, según dice en la *Rassegna Nazionale* Foresi, ofreció por aquella joya 700 liras, y el anticuario aceptó el trato, pasando el busto a París. Algunos meses después, la colección Nolivos fue vendida en el hotel Drouet, y el conde Nieuwerkerke, director general de las galerías del Louvre adquirió para el Estado, en 15.000 francos, con el beneplácito de los artistas más eminentes, aquel magnífico ejemplar del arte italiano que pasó

a ocupar honroso puesto en una de las salas del Louvre, entre los *Prisioneros*, de Miguel Angel, y la *Ninfa del castillo de Anet*, de Benvenuto Cellini.

Pues bien: ahora resulta que el verdadero autor de la *terra cotta* era sencillamente Juan Bastiani, de Fiésole, que nació en 1830 y murió en 1868, antes de que se le hiciera justicia y de que la fama le consagrara. Oscurecido y necesitado, este maestro no ha logrado entrar en el templo de la gloria sino muy recientemente, gracias a los estudios de Martín Schaus, de Berlín, y de Andrés Michel, de París. Hoy se sabe con plena certeza que el supuesto *Benevieni* no era del siglo xv; que los cuatrocentistas se equivocaron de medio a medio sobre el origen del famoso busto, y que su verdadero autor fue el genial Bastiani, que murió pobre en 1868, y a quien le hubieran venido muy bien, no los 15.000 francos que dió por su obra *Nieuwerkerke*, sino las 700 liras en que se la compró Nolvos a Treppa. ¿En cuanto se la habría vendido Bastiani al anticuario?

*
* *

GAZAPOS Y PLANCHAS.—En el estado de fiebre en que hay que redactar, componer, corregir y tirar los grandes diarios, no es extraño que se cometan deslices de más o menos bulto, incorrecciones de más ó menos gravedad y erratas de mayor o menor cuantía. Dejamos a un lado todas estas minucias, salvadas por la inteligencia de los lectores avisados, e inocentes desde luego por su origen. Pero lo que no puede ni debe pasar es la incorrección que arranca de la incultura, el desliz que revela ignorancia; quienes lo cometen incurren en confesión de incompetencia periodística y deben ser licenciados en toda redacción que estime en algo su crédito. En la «Academia de periodismo» que yo fundé—la primera que haya existido de este género (V. ESPAÑA MODERNA, 1911, tomo de Noviembre)—dedicaba precisamente a este análisis crítico de la prensa uno de los ejercicios prácticos diarios, para ayudar,

por una parte, a formar el espíritu crítico del periodista, y para rectificar de paso errores fundamentales de fondo o de forma de su educación profesional y de su cultura general. Es la misión obligada de todo *regente de imprenta* para con los cajistas, y de todo director de periódico para con sus redactores.

Tomo, por ejemplo, *La Noche*, uno de nuestros diarios mejor hechos, literariamente hablando, nacido con grandes bríos, con redacción lucida y dirigido por periodista tan culto y tan experto como Antonio Palomero, y tropiezo, en la clasificación que hace de los diputados elegidos para formar el *Reichstag*, o Dieta del Imperio alemán, con que entre los diversos grupos, socialistas, conservadores, alsacianos, polacos, etc., que la integran, hay uno con el nombre de «lorenanos», es decir, representantes de Lorena o partidarios de la autonomía de la Lorena. Es un nombre formado por analogía con el de «alsacianos», pero es un disparate, tan grande como si nosotros llamáramos a los hijos de la Coruña *coruñanos*. El redactor que haya puesto semejante nombre no ha cometido un *lapsus* disculpable; es sencillamente un indocumentado que ignora el castellano, que carece de cultura y que podrá servir para barrer la redacción, pero no para emborronar cuartillas dignas de ser impresas. Los de Lorena se llaman *loreneses*, y no *lorenanos*, como los de Madrid se llaman *madrileños* o *matritenses*, y los de Castilla *castellanos*, y los de Palencia *palentinos*, y los de Cádiz *gaditanos*. Puede perdonarse que no se sepa que los de Calatayud son *bilbilitanos* y los de Ciudad-Rodrigo *mirobrigenses*; pero la ignorancia que supone llamar *lorenanos* a los de Lorena es indisciplinable.

En el extracto de la sesión de Cortes del 29 de Enero, el redactor encargado en *La Noche*, de este trabajo, pone en boca del Sr. Sol y Ortega esta enormidad: «El art. 47 de la Constitución de 1876 es hoy un artículo muerto, puesto que la Revolución de Setiembre lo anuló.» Claro es que Sol y Ortega no ha podido decir, ni por descuido, semejante disparate; el

último diputado rural sabe que la Revolución (así, con mayúscula y todo, para que la duda no sea posible en Historia de España) de Setiembre es la revolución de 1868, y claro es que una revolución de 1868 no puede anular una Constitución de 1876. Es, pues, evidente que el redactor quiso darse lustre, y puso en sus cuartillas, no lo que Sol y Ortega dijo, sino lo que él creía que quiso decir, conforme a sus apuntes. Y un redactor que tamaño gazapo deja escapar, merece también que se le mande a la escuela, para que aprenda la ración de historia elemental que le falta para poder alternar con personas cultas, cuanto más para dirigir la opinión. Pero ¡así anda el mundo! y ¡así andan los rotativos mejor hechos!

También el popular *A B C*, reseñando la sesión del Senado del mismo día, hace hablar mal a Rodríguez San Pedro, que, como latoso, tiene su fama bien adquirida, pero que, en cuanto a castellano correcto, puede dar lecciones a no pocos de nuestros Académicos de la Lengua. El falso testimonio levantado al aprovechado senador asturiano en la crónica de *A B C* es el siguiente: «El asunto es de tanta gravedad, que *no puede por menos que ser* examinado con detenimiento.» ¡Válate Dios, empecatado redactor de mi alma, con el girito de «no poder por menos que»! ¿No te bastaba decir «no puede menos de», y no tenías que arrastrar por los suelos la pobre lengua castellana, a la que tanto hacéis sudar con vuestros *sud-expresos*, *sud-africanos* y *sud-americanos*, que no se os caen de la boca, a pesar de que la misma Compañía del Norte, dirigida por franceses, os dan con su ejemplo saludable lección diciendo *Sur* y no *Sud*, como decís vosotros, renegando de vuestra lengua?

*
*
*

VERDIANA.—Del concienzudo estudio que Camilo Bellaigue ha dedicado a Verdi en la *Revue Hebdomadaire*, entresacamos algunas anécdotas.

Un día que preguntaban a Verdi cuál de sus óperas prefe-

ría, contestó: «Si fuera un maestro, *Rigoletto*; si fuera un aficionado, la *Traviatta*.» Lo que no dice Bellaigue es en qué época daba Verdi esta respuesta. ¿Era en sus últimos años, cuando ya podía tener presente toda su labor? Porque sólo en ese caso tendría su declaración verdadera importancia.

En 1859, en el momento en que se ventilaban los destinos de Italia, el ministro Cavour, el hombre a quien debe Italia su unidad, estaba en su gabinete, inquieto, nervioso, esperando el aviso del paso del Tessino por las tropas austriacas, señal segura de la intervención francesa. El telegrama no llegaba. Por último, llega. Cavour lo arranca de manos del portador, lo abre, lo lee, y su rostro se inflama. Quiere hablar, y no puede. Se tambalea, creen que se va a caer, y todos se apresuran a rodearle; pero de pronto, abre la ventana y rompe a cantar para desahogarse, con toda su voz, la ya famosa cabaletta del *Trovador*, «*Di quella pira*». Solo la música, aquella música, había sido capaz de servir de vehículo a su intensa emoción.

Verdi, que conocía el efecto de sus creaciones en sus compatriotas, sabía preverlo y prepararlo. Cuando se ensayaba *Rigoletto*, una noche que habían ensayado todo el tercer acto, el tenor Mirate, encargado del papel del duque de Mantua, dijo al terminar los ensayos a Verdi: —«Perdón, maestro, pero yo creo que ahí debía haber algo para mí. —¡Paciencia!—respondió Verdi,—más tarde será.» Siguieron ensayando otros días, y todo seguía lo mismo. Sólo la víspera del ensayo general, es cuando el maestro, sacando un papel del bolsillo, dijo al tenor: —«Aquí tienes; pero me vas a jurar aprenderte eso completamente solo, a no cantarlo, a no tranlarearlo, a no silbarlo a nadie ni en ninguna parte, ni en la calle, ni en la escalera, ni en el café, ni en góndola.» Mirate juró, y el secreto quedó guardado. La noche del estreno, cuando brotó, sin que nadie tuviera noticia de ella, la alegre balada *La donna è mobile*, fueron tales las aclamaciones, que le costó trabajo al artista empezar la segunda copla. Media hora más tarde, la multitud salía del teatro cantando *La donna è mobile*, y toda la noche

estuvo Venecia entera repitiendo lo que Verdi no había querido, prudentemente, entregar de antemano a los ecos.

*
* *

NAPOLEÓN Y LA REINA LUISA DE PRUSIA.—Uno de los episodios de la gran epopeya napoleónica, es el de la tentativa hecha por la hermosa y discreta reina de Prusia, cuya dulce figura ha popularizado el arte, para obtener de Napoleón las mejores condiciones posibles para la paz en Tilsitt. Se contaba con el efecto que la hermosura de Luisa podía hacer en Napoleón y con el deseo que éste parecía tener de ver de cerca a la hermosa reina.

La entrevista se preparó en Tilsitt. La reina había ido a Picktupöhnen, y como Napoleón no quería pasar el Niemen, iría la reina a la casa que el rey de Prusia había tomado en Tilsitt, y allí la vería Napoleón, que luego la invitaría a comer o a cenar con él. La reina, en efecto, llegó a Tilsitt a las cuatro de la tarde, siendo recibida por el emperador Alejandro de Rusia, que sólo estuvo un momento, y diez minutos después llegó Napoleón con su brillante séquito. La reina Luisa le recibió en lo alto de la escalera sin cortarse, y su hermosura pareció impresionar a Napoleón, que la invitó a cenar en su casa, después de una hora de conversación. La reina aceptó, y a las ocho y media fué con la señora de Voss.

En sus conversaciones con Alejandro de Rusia, Napoleón le habló varias veces de su *buena fortuna*, contándole que la Providencia estaba por él, y que durante la campaña de Egipto, «estando una noche acostado y profundamente dormido junto a la pared de un antiguo edificio, parte de esa pared se derrumbó sin que nada le tocara; al levantarse, se encontró con una piedra en la mano, que guardó maquinalmente; al examinarla después, vió que era un camafeo de Augusto, de gran belleza; y así es como todo lo que puede perjudicarme —añadió— me produce efectos felices y con frecuencia inesperados».

En la primera entrevista, la reina dijo a Napoleón, según el autor de *Cuarenta y cinco años de mi vida*: «—Señor, sé que me habéis acusado de mezclarme en política.—¡Ah, señora! No creáis...—No, señor, estoy segura de ello, y debo explicaros el paso que estoy dando en este momento.—Señora, no penséis que yo dé oídos a insinuaciones calumniosas.—Señor, soy esposa y madre, y esos son mis títulos para recomendaros la suerte de Prusia, a cuyo país tantos lazos me ligan y donde tantas pruebas de afecto nos han dado. El rey tiene empeño por la provincia de Magdeburgo más que por ninguna otra; por la orilla izquierda del Elba, que V. M. I. le arrebatara en las primeras proposiciones. Yo recurro a vuestro corazón generoso, y a él pido y de él espero la dicha...—¿Estaréis encantada, señora, de volveros a ver en Berlín?—Sí, señor; pero no con cualesquiera condiciones; de V. M. I. depende que volvamos sin dolor y que le debamos nuestro afecto y nuestra gratitud.—Señora, seguramente celebraré mucho... Tiene usted un traje soberbio; ¿dónde lo han hecho?—En casa, señor.—¿En Breslau? ¿En Berlín? ¿Se fabrica también el crespón en vuestro país?—No, señor... Pero V. M. no me dice una palabra consoladora acerca de lo único que interesa a mi corazón en este momento en que espero obtener de V. M. una existencia más feliz para todo lo que me es querido. El corazón de V. M. I. es demasiado noble, y une a sus grandes cualidades sobrado gran carácter para ser insensible a mis penas.» Napoleón se iba ablandando, cuando la entrada del rey de Prusia interrumpió la conversación. «Llegó bien a propósito—decía luego Napoleón al emperador Alejandro;—si hubiera venido un cuarto de hora más tarde, se lo prometo todo a la reina.» «Esta reina de Prusia—añadía—es una mujer encantadora, y su alma corresponde a su rostro; en lugar de quitarla una corona, se siente uno tentado de poner otra a sus pies.»

Todas estas frases corrían de boca en boca, y hacían esperar el mejor resultado para Prusia en las negociaciones. Alejandro mismo fué a felicitar a los reyes de Prusia por la buena

impresión que la reina Luisa había hecho en Napoleón, y todos contaban con que la paz se haría en excelentes condiciones para los vencidos. Pero Napoleón, pasada la primera impresión, recobraba su clarividencia, y al discutir con Alejandro de Rusia sobre las condiciones de la paz, había dicho: «Está en mi sistema debilitar a Prusia; quiero que deje de ser una potencia en la balanza política de Europa.» Por eso las condiciones fueron duras, y en la cena del siguiente día, conocida ya la resolución de Napoleón, apenas se habló nada. Sólo al partir dijo la reina: «—Señor, después de la cena que hicimos juntos anoche, después de todo lo que V. M. se dignó decirme de amable y de atento, yo le dejé consolada, creyendo deberle nuestra dicha, la de mi país y la de mis hijos; hoy, todas mis esperanzas están perdidas, y me despido con harto diferentes sentimientos.» «—Señora—la dijo Napoleón al darla el brazo para montar en el coche,—me habéis desollado por la buena boca...—Señor, os he expresado mi dolor.—Creed, señora, que haré todo lo que pueda para probaros el interés y la estimación que me habéis inspirado.—Señor, eso de vos sólo depende; todavía es tiempo y nuestra felicidad está en vuestras manos.» La reina montó, Napoleón la saludó, y no volvieron a verse, y la paz de Tilsitt se hizo sin que Napoleón cediera, ni el enorme sacrificio de aquella hermosa reina, que ponía en peligro su honor por salvar su reino, obtuviera nada del coloso.

*
* *

LA ESTÉTICA MIGUELANGELESICA.—Francisco de Holanda, discípulo de Miguel Angel, nos ha conservado en sus *Cuatro diálogos sobre la pintura*, las ideas que el maestro profesaba en materia de arte. «La pintura—decía—consiste en imitar un sér creado cualquiera, dotándole de toda la perfección de que es susceptible. Cuanto más imita la pintura la obra de Dios, más excelente es. Imitar a la perfección cada sér en su especie, es imitar el Arte de Dios mismo. La obra más noble es la que

reproduce a los seres más nobles, los que han sido concebidos con más ciencia y delicadeza. ¿Quién no comprendería que el pie de un hombre es más noble que su zapato; su piel, que la de las ovejas de que está tejido su traje, llegando así a encontrar el rango y el mérito de cada sér?» «Porque un gato o un lobo son seres menos nobles, no pretendo—añade—que quien los pinte con talento no tenga tanto mérito como si representara un caballo o un león. Un simple pez exige tanto arte y ciencia como la forma humana, y hasta diré que, como el mundo entero con todas sus ciudades.» ¿Hay contradicción? No: la jerarquía de los seres establece la jerarquía de las obras; pero en igualdad de perfección de la representación artística, «dotándole de toda la perfección de que es susceptible», hay también otra jerarquía, que es la establecida por la perfección; y en esta doble jerarquía, si por la primera vale más el hombre que el animal, por la segunda puede valer el animal más que el hombre.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Estudio filológico de la semana hebraica, vascongada y asirio-babilónica</i> , por Julio Cejador	5
<i>El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos: Amor, dolor, compasión y personalidad</i> , por Miguel de Unamuno	29
<i>Mis maestros y mi educación: Memorias de juventud</i> , por el doctor D. Federico Rubio	50
<i>De la influencia ejercida por la emigración judía de España y Portugal en el desenvolvimiento económico del globo</i> , por S. Schwarz.....	103
<i>Cruel destino</i> (novela), por Leónidas Andreief.....	109
<i>Relaciones artísticas entre Sevilla y Valencia</i> , por el Dr. August L. Mayer.....	130
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.....	148
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	173